



REVISTA EXOCEREBROS

SÉPTIMA EDICIÓN

NÚMERO 7 , ENERO 2025

Selección de textos:

Marilinda Guerrero Valenzuela
Uggla Horrorwitz

Revisión y corrección:

Eddy Roma

Diagramación:

Manuel R. Rodas Méndez

Ilustraciones Portada e interiores

Joseantonio Ortiz Negreros

Revista Exocerebros es un proyecto amigo de editorial Bosques Ambulantes
www.bosquesambulantes.com

AVISO LEGAL

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en Revista Exocerebros, así como la titularidad de estos, pertenece a sus respectivos autores y autoras.

| BIENVENIDOS

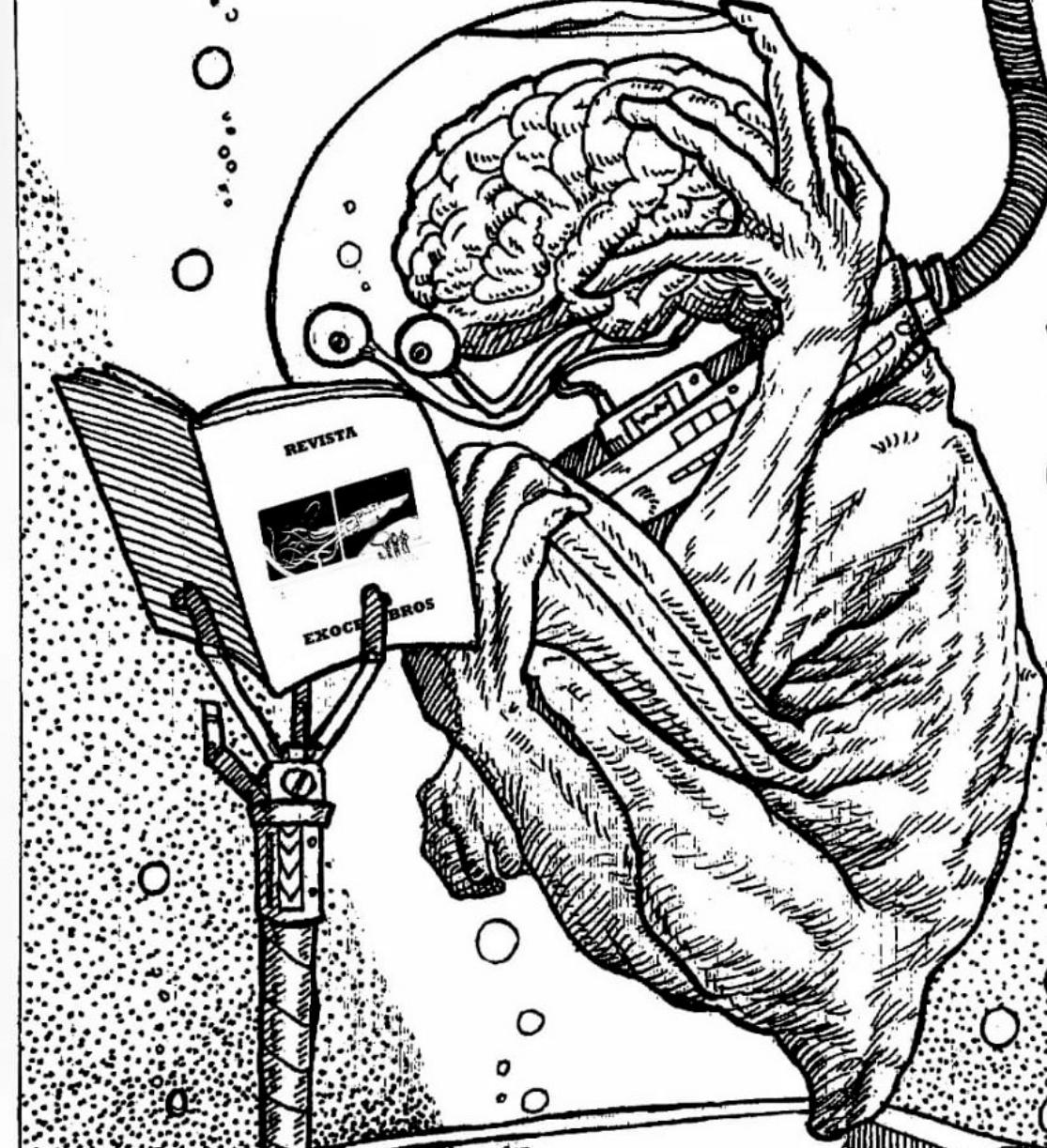
Buscadores de mundos Ucrónicos

Con mucha alegría liberamos el séptimo número de la Revista Exocerebros. Uno de nuestros objetivos es ser un medio de publicación de textos dentro de lo especulativo y en esta ocasión, nos lanzamos a la búsqueda de relatos de la nueva carne/horror corporal/body horror. Es decir, textos relacionados con la transformación del cuerpo por medio tecnología, la nueva carne como extensión de metamorfosis, lo monstruoso, el deseo de un cuerpo sin órganos, sin límites. Según Loredo et al, la nueva carne como una expresión estética basada en la transformación o metamorfosis del cuerpo humano que puede ocurrir por la fusión entre el organismo y la materia que a menudo presenta connotaciones abyertas, obscenas, monstruosas o enfermizas.

Fueron muchos textos los recibidos, lamentablemente tuvimos que escoger un número limitado. Agradecemos a los escritores que confiaron sus textos y los que no fueron seleccionados los instamos a que sigan enviando en las siguientes convocatorias.

En esta edición, contamos con un prólogo del genial Uggla Horrorwitz, que ha estado haciendo una increíble investigación sobre el tema. También, tenemos la sorpresa y el honor de contar con el cuento El Pornógrafo del autor colombiano Hank T. Cohen.

No nos extendemos más, pasen adelante.



Proyecto
Exocerebros

ÍNDICE

Prólogo	Uggla Horrorwitz	página 09
Condiciones de la perfección	Luis Ariel Alfonso Conyedo	página 11
Dada	Israel Montalvo	página 14
Festín al sexto Ocaso	Zadamanto	página 20
Trópico de sagitario	Carlos Ruiz Murcia	página 23
¿Y si?	Leon Azul Renegrido	página 29
Post gestación	Eduardo Omar Honey	página 32
Seda	Sara Montaño Escobar	página 37
Rebeldía	Gabriel Ren	página 41
Puedo Verlo	José S. Ponce	página 45
Procedimiento estético	Raúl S. Martinez	página 47
Invitado especial	Hank. T. Cohen	página 53
El Pornógrafo		página 54

PRÓLOGO

El terror no está ahí afuera...Está dentro de ti

Imagina que una de tus manos deja de obedecerte. Que tiene vida propia, se mueve sola, se manda sola, y un día intenta matarte. Imagina que un día despiertas y tu cuerpo ya no es tuyo, habitas el cuerpo de alguien más. Estos dos ejemplos son una muestra de cómo el cuerpo puede provocarnos horror. Lo que estás por leer es una serie de cuentos de *horror corporal*. Ahora, definamos qué es.

Con el reciente estreno de la película *La sustancia* (Coralie Fargeat, 2024), el término *horror corporal* está de moda. Esta película británica-francesa despertó un interés en el público neófito y especializado del cine de terror. La marisma trajo consigo entradas en Internet sobre películas que abordan el horror corporal. Títulos como «Las películas que debes ver si te gustó *La sustancia*» o «Películas similares a *La sustancia* que no te debes perder» son encabezados de artículos de sitios especializados y de creadores de contenido sobre el género.

Pero antes de continuar, vale la pena preguntarnos ¿de dónde viene el término? Esta clasificación fue acuñada por la crítica del cine de terror de los años 80. Apareció por primera vez en el artículo *Horrorality*, publicado por Philip Brophy en 1983, donde escribió sobre la necesidad de crear un adjetivo para categorizar a la nueva identidad del cine de terror de finales de los años 70, en el que las películas se alejaban cada vez más de la tradición cinematográfica creada por productoras como Universal y Hammer. Un nuevo cine de terror que se enfocó más en mostrar que en contar, visualmente más explícito, más sangriento, el cual destruyó las estructuras convencionales que se tenían sobre la

familia, la moral y, por encima de todo, el cuerpo. En dicho revisionismo, Brophy habla del trabajo de directores como David Cronenberg, John Carpenter, Ridley Scott, George Romero y William Friedkin. Sin embargo, no debemos perder de vista que algunas de las películas rehechas en ese periodo –como *La cosa* (1951) o *La mosca* (1958)– ya habían sido filmadas en los años 50, junto a otras films que son claros ejemplos de horror corporal como *The Quatermass Xperiment* (1955), *The Blob* (1958), *Wasp Woman* (1958) y *Leech Woman* (1960).

Llegados a este punto hemos hablando del origen, pero no hemos dicho qué es el horror corporal. Hay muchos teóricos y estudiosos del terror que ya intentaron definir los elementos que hacen que una obra ingrese en esta clasificación. De entre todas esas definiciones rescato la del investigador Xavier Aldana Reyes, quien lo define como un subgénero que implica «la inscripción del horror en el cuerpo humano en virtud o a través de un cambio».

Esos cambios o transformaciones pueden implicar modificaciones externas o internas en el cuerpo, las cuales aterrizzan a quien las sufre (y a quien las contempla, por supuesto). También se refiere a relatos donde las mutaciones, metamorfosis, intercambios de cuerpos y cuerpos imperecederos son el eje argumentativo. Aquí entra el elemento transhumanista, la modificación del cuerpo llevada al extremo que da origen a «la nueva carne», concepto acuñado y explotado por cineastas como el ya mencionado David Cronenberg.

Aunque el horror corporal se gestó en el cine, es un subgénero que se expandió a otro tipo de obras: programas de televisión, cuentos, novelas y cómics. Muchas de estas obras se publicaron en un momento histórico en el que dicha clasificación no existía, pero hoy, desde una mi-

rada revisionista, podemos hacer referencia a éstas resaltando los elementos que las hacen pertenecer al horror corporal.

La literatura tiene bastantes obras que exploran los confines del cuerpo sometido a cambios. Desde el clásico cuento «La mosca», de George Langelaan, donde un científico descubre la teletransportación de la materia y muta con una mosca cuando ésta se cuela en el cubículo donde hace sus experimentos, pasando por la novela de Robert Louis Stevenson titulada *El caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, obra canónica sobre la metamorfosis que mezcla elementos de ciencia ficción y terror, en la que el Dr. Jekyll es capaz de convertirse en su propia maldad a voluntad para tener un terrible final.

Otro ejemplo de horror corporal lo tenemos en *Las políticas del cuerpo*, de Clive Barker, donde se narra la revolución creada por un par de manos que quieren independizarse de su poseedor, contagiando a todas sus semejantes. Tenemos también *Frankenstein*, de Mary Shelley, y el relato «Herbert West-Reanimator», de H. P. Lovecraft, dos claros ejemplos de historias de cuerpos imperecederos —aunque no los únicos ni los mejores— en las que los cadáveres solo son pedazos de cuerpos que se niegan a morir.

Un relato bastante interesante es *La historia del difunto señor Elvesham* de H. G. Wells, que nos cuenta el caso de un joven de apenas 15 años cuyo cuerpo le es robado por un viejo senil mediante un ritual esotérico-científico. El muchacho describe con horror cómo su personalidad llega a habitar en el cuerpo de un viejo decrepito que ahora es suyo: es el horror de habitar un cuerpo ajeno. En la novela *El manitú*, de Graham Masterton, a una joven le crece un tumor en la espalda. Resulta una forma humana que poco a poco toma vida: la resurrección de un viejo chamán que encontró la forma de regresar a este

mundo. Estos son solo algunos ejemplos de historias donde el horror corporal se hace presente. Sin embargo, las directrices son inagotables.

Los textos seleccionados de esta edición son una clara muestra de lo amplio y vasto del tema. Encontraremos seres amputados que al tener ventajas con sus nuevos miembros desean ser totalmente robotizados, donde el transhumanismo es llevado al extremo. Tumores malignos con los que sus dueños generan vínculos entrañables porque la nueva carne no siempre es estética. Bebés mutilados en busca de vida propia o el moderno prometeo de apenas unos cuantos meses de nacido. Epopeyas de dolor que surcan caminos en el cuerpo, esa cárcel de la que nunca podemos escapar. Sarpullidos de miradas obsesivas: cuando Dios le da alas a los alacranes y estos aprenden a volar. Cirugías estéticas para mimetizarse en otros clanes, donde la búsqueda de la identidad se hace terrible cuando va de la mano del engaño. Técnicas sexuales que pretenden elevar el cuerpo a otras categorías; el placer sensorial se tuerce cuando hay una obsesión malsana. Aparatos capaces de transmitir pornografía telepáticamente con fines altruistas: el porno puede cambiar el destino del mundo para hacer que la estupidi-zación sea lo más cercano a la empatía.

Se recomienda discreción y tener el estómago vacío para poder disfrutar las siguientes historias. Y estoy seguro de que más de uno se acariciará la mano o alguna extremidad con un gesto de entrañable gratitud.

Uggla Horrorwitz

CONDICIONES DE LA PERFECCIÓN - LUIS ARIEL ALFONSO CONYEDO



Los sucesos se arremolinaban en la mente de Alex. Eran demasiados para procesarlos: las extrañas esferas en el cielo, la llegada de las naves extraterrestres, los gritos, el pánico, él se encontraba en la zona de aterrizaje... Aún le sorprendía que sólo hubiera perdido un brazo. Debería sentirse afortunado, pero no era así.

Miró la prótesis que le pusieron los vecinos intergalácticos. La piel sintética era de un tono crema igual a la natural; sin embargo, podía cambiar a voluntad de Alex, adoptar complicados dibujos como tatuajes, aclararse u oscurecerse según su estado de ánimo o la temperatura, también podía resistir casi cualquier temperatura, además de poseer una fuerza y elasticidad superior a la humana.

Si no hubiera perdido solo un brazo, sino los dos, si hubiera perdido incluso más partes de su cuerpo...

— ¡No, Alex, no puedes estar pensando en eso!

Hasta su voz le pareció torpe, rota. Se llevó un cigarrillo a la boca, chasqueó los dedos biónicos y se prendió. ¿Había algo que esa prótesis no hiciera bien?

Se dejó caer en el sofá y prendió la televisión. La enorme pantalla de plasma proyectó a un periodista de ojos artificiales que cambiaban de color (Alex recordaba que aquel hombre usaba espejuelos antes de que llegaran los extraterrestres). Daba un reporte acerca del impacto que tuvo en la vida de los humanos la intervención alienígena. Alex apagó el cigarrillo y suspiró. El número de ventajas era enorme: ciegos que veían la luz, paralíticos que corrían por las calles, mudos que gritaban orgullosos de su voz... cualquier fallo en el organismo era corregido por ellos.

Uno de los extraterrestres salió en pantalla. Su forma era la de un humanoide en que se alteraban partes de carne y otras de metal. Según una teoría, ellos en

realidad no eran extraterrestres, sino humanos del futuro. De una época en que el hombre y la máquina no eran conceptos aislados, sino que mezclaban entre ellos al punto de no saber dónde terminaba uno y comenzaba el otro. De una época a la que a Alex le gustaría pertenecer.

— Un cordial saludo a todos los habitantes de este planeta —dijo la criatura; la profundidad de su voz, las vibraciones en su tono, eran perfectos—. Nosotros nos encontramos muy felices de ayudarlos y agradecemos la forma en que nos recibieron.

El periodista intervino:

— Las personas que han acudido con ustedes se muestran casi todas satisfechas, pero hay otras que muestran descontento. ¿Podría hablarnos acerca de estas?

— Por supuesto —contestó la criatura del espacio—. Nosotros realizamos modificaciones en las personas que lo necesitan, como el caso de usted, que era miope. En cambio, aquellas personas que desean alterar su cuerpo sólo porque no se muestran conformes, no serán atendidas...

Alex apagó el televisor mientras se le escapaba una risa histérica. Él era una de esas personas que fue rechazada. Luego de recibir el brazo sintético quiso tener más, pero no quisieron dárselo. Miró la hora, 10:05 pm. Al otro día le tocaba trabajar en la fábrica, por lo que decidió irse a dormir.

Partió al amanecer. Durante el trayecto vio a los trabajadores de salud en una manifestación. Pedían a gritos que expulsaran a los extraterrestres para recuperar sus trabajos.

«Entonces, ¿su objetivo no era salvar vidas?», pensó Alex, divertido.

Aquella horda de médicos enfurecidos parecía un grupo de obreros en la Revolución Industrial.

—Parece que no pudieron con el progreso —dijo Alex por lo bajo mientras se le escapaba una risita.

En su mente imaginó a los traficantes de órganos también sublevándose porque les habían quitado el sustento. Tuvo que morderse el labio inferior para contener la risa.

Llegó a la estación. En lo que esperaba al tren se puso a pensar en qué pasaría si aquellos malditos alienígenas aprendían a hacer mangueras y lo dejaban sin trabajo. Lo más probable es que entonces también estuviera participando en una huelga...

Sus pensamientos volvieron a las prótesis y a las modificaciones. Sin dudas eran la perfección misma, con razón los médicos las detestaban, pero Alex las adoraba. Las amaba más que a nada en este mundo. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de conseguirlas. Lo que fuera.

Vio al tren aproximarse y sin pensar lo mucho, saltó a las vías. Pudo sentir el impacto, el crujido de sus huesos al romperse, el gorgoteo de sus órganos al gelatinizarse, el dolor en su expresión máxima, o eso creyó. Luego quedó inconsciente.

Despertó en un laboratorio alienígena, rodeado de tubos y monitores. Los extraterrestres conversaban y reían entre ellos en un idioma que Alex desconocía. Uno lo vio, los demás se callaron y ese se le acercó:

—Al fin despiertas. Tenías muchas ganas de formar parte de nuestros experimentos, ¿cierto? —Alex hubiera querido contestarle, pero estaba demasiado adolorido para hacerlo—. No te preocupes, cumpliremos tu deseo, aunque no de la forma en que esperabas. A través de esas prótesis podemos leer los pensamientos de ustedes los humanos. Son tan ambiciosos, siempre quieren más. Algunos sobre-

pasan todos los límites como tú, ésos son los que más sirven a nuestra investigación.

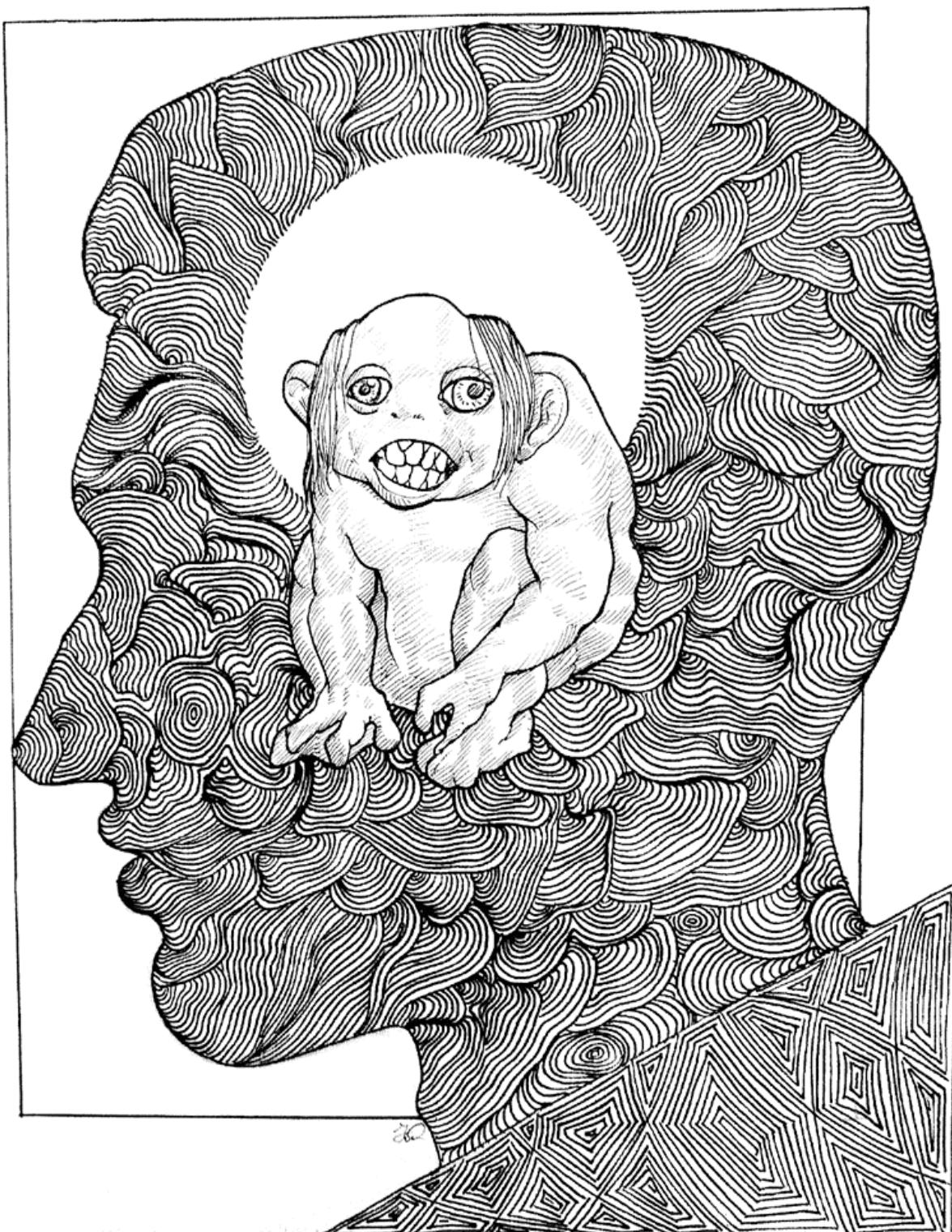
Los tubos se hundieron en su carne. Sintió un dolor extraño e inhumano, como si todas sus células comenzaran a ser arrebatadas una a una. A su alrededor se encendieron todas las pantallas. Transmitían cientos de datos.

Luis Ariel Alfonso Conyedo

(Villa Clara, Cuba, 2001)

Ha publicado los cuentos "La defensa de Ra" en el número 4 de la revista *Quién apagó la luz*, "Comportamiento de Cuvel" en el número 47 de la revista *Korad*, "Reencuentro con Melia" en el número 12 de la revista *Irradiación* y "Eternidad vampírica" en el número 15 de la revista *El nahual errante*. Ha sido miembro del taller literario "La hojita suelta" a cargo de la escritora Lidia Meriño y el "Club de las letras," a cargo de los escritores Yandrey Lay y Sergio García Zamora. Actualmente es miembro del taller literario de fantasía y ciencia ficción "Espacio Abierto" en su modalidad virtual. Obtuvo el segundo lugar en el concurso "Amar al medioambiente es amar la vida" convocado por la facultad de Educación Media de la Universidad Central Marta Abreu de Las Villas.

DADA - ISRAEL MONTALVO



Se sentía culpable, de alguna forma lo era. Había pensado en la forma de deshacerse de ella como si fuese un trapo viejo, de simplemente decir «hasta aquí», seguir con su vida y abandonarla. Pero no podía, sabía que sí lo hacía la condenaba a muerte. ¿Quién se haría cargo de ella? ¿Quién podría cuidarla y, sobre todo, quererla?

Daniel sabía que ella sería tratada como una aberración, un monstruo, no como lo que era muy en el fondo. A pesar de esa apariencia poseía una humanidad que nunca había conocido en las personas que habían circundado su vida, se comportaba como si fuese un pequeño niño. Era caprichosa, algo enojona, pero cariñosa y poseía una gran inocencia, Dada, como Daniel la llamaba desde que llegó, era una criatura que había ocupado un gran espacio de sus días. Para él, ella era lo más cercano a tener un hijo, Dada era una criatura fea y torpe al caminar en sus cuatro patas, solía hacer destrozos cuando la dejaba sola en casa, mantenía una guerra personal con el refrigerador y la comida que estuviese en su interior.

Daniel tenía un trabajo común como lo tendría cualquiera. No ganaba mucho y no tenía grandes aspiraciones. Había llegado a los cuarenta y eso era un relativo trauma para él: llegar a ese momento de su vida, sin haber tenido un logro significativo, lo hacía sentir un fracaso. Los últimos años su salud había estado endeble, tuvo una cirugía de rutina por un tumor que le hacía cuestionarse el tiempo que le quedaba, y sí el camino recorrido hasta ese momento había servido de algo. No tenía hijos, sus intentos de relaciones habían sido un desastre continuo, solían gustarle mujeres a lo Amber Heard: completamente desquiciadas. No podía evitar que sucediese, como lo fue con Magy (su último intento). A veces se decía a sí mismo: «¿cómo era posible que le hubiese aguantado tantas cosas?». Y no entendía cómo era que aún deseara buscarla.

Tenía años en el mismo trabajo, ejerciendo el mismo puesto sin la posibilidad de ascender, siendo uno más en esa maquila que estaba a las afueras de la ciudad; un trabajo que obtuvo por accidente, en el cual pensaba estar un par de meses; ya llevaba más de ocho años ahí y solo era uno de tantos en ese enjambre de gente que se aglomeraba en la fábrica cada día. Veía a distancia los años que venían y se veía ahí, haciendo lo mismo, aunque no sabía si aguantaría tanto, le llevó meses reponerse de la cirugía y retomar su puesto. Ese trabajo era rudo, sumamente pesado y él ya no era un jovencito, aunque pareciese tener diez años menos.

Y en ese desastre que era su vida llegó Dada. No entendía lo que era ni cómo le hicieron todo aquello. Susané, aquella mujer, le dijo que era un experimento fallido, una prueba que no logró dar el resultado que tanto buscaba ese doctor que jugaba a ser Dios. Y Dada solo era un tubo de ensayo, una práctica que no dio el ancho y desechó como si le jalara la cadena al excusado.

Aun así, era un ser vivo. Susané tuvo compasión de la criatura; a escondidas la sacó del laboratorio y le buscó un hogar. Daniel era alguien que conoció antes de que su vida estuviese dedicada al doctor y a sus creaciones.

Se conocieron cuando eran un par de adolescentes, incluso llegaron a salir e intentar ser algo cuando Susané tenía otro nombre y un rostro, cuando era del todo humana y no la criatura que se comunicaba directamente a los pensamientos de otros. No tenía boca, ni ojos, su cara era como una gran arruga extendida donde debería haber un rostro, como el reverso de un pulgar. Ella era uno de los grandes éxitos de aquel doctor, podía usar su mente para trasmisir sus ideas como si fuese un radio de banda corta y las cabezas de otras personas fueran sus receptores.

Susané aún conservaba registro de algunas personas de su vida pasada y encontrarse con Daniel no fue difícil. Él se quedó donde mismo, heredó la casa de sus padres y permaneció ahí desde entonces. Vivía solo con un par de gatos y un perro. Resultaba la opción más adecuada para esconder a Dada, y así, Susané se presentó ante él, después de veinte años, sin un rostro, cubierta con un velo negro y ropa holgada que la convertía en un personaje siniestro, con aquella criatura en sus manos, un pequeño ser indefinible, parecía un minúsculo cerdo descarnado con rasgos semihumanizados, con un peculiar rostro donde sobresalían sus enormes orejas y no poseía una nariz, solo un par de orificios. Tenía unas pezuñas que parecían garras que deseaban tomar la forma de enormes y regordetes dedos humanos.

En un principio Daniel tomó a Dada por el impacto que fue volver a ver a Susané. La primera vez que se comunicó con él, que entró en su cabeza, creyó enloquecer. Era la voz que recordaba de aquella chica navegando entre sus pensamientos. Daniel estaba aterrado, pero esa misma voz fue tranquilizándolo como si fuese un relajante auditivo, controló sus temores y le hizo sentir en calma, mientras contaba la historia de Dada y por qué ella no tenía un rostro, ya no era esa adolescente que estaba en lo más recóndito de sus recuerdos. Ahora era Susané y quería salvar a esa criatura.

Daniel creyó que volvería por la criatura en unos días, pero al año se dio cuenta que no sería así y esa cosa creció sobremanera. Era más grande que su perro, un pastor alemán que a su lado se veía pequeño y flaco. Su apariencia seguía siendo grotesca, con la piel siempre humedecida, y sus chillidos eran tan agudos y molestos que Daniel evitaba molestarla en la medida de lo posible. Comía cosas

como hígados de pollo que Daniel le preparaba y todo lo que pudiese robarse del refrigerador.

Susané reapareció, habían pasado casi dos años cuando se le apareció de repente. Daniel llegaba del trabajo y en la sala de estar se encontraba esa mujer cubierta con un velo negro y ropa holgada, como si desease ocultar sus curvas. Dada estaba echada a sus pies, ronroneando como un enorme gato.

«Debo llevármela», escuchó en su cabeza.

— ¿Y de qué quieres tu nieve? — dijo Daniel irritado, casi por estallar ante su presencia — . La última vez que te vi fue hace dos años y Dada era del tamaño de mi gato, y ahora, mírala, es casi un pequeño oso. No puedes venir así como así y hacer lo que se te dé en gana. Lárgate. Dada es de la familia, no es un juguete que te la puedes llevar así nomás.

Susané no esperaba esta negativa. Creía que estaría dispuesto a dejar a la bestia lo antes posible, no que se aferraría a ella. «Es por tu bien, debo entregarla», insistió.

— ¿Para que la usen como conejillo de indias? Ve cómo está la pobre y todavía quieren joderla más, ¡vete a la chingada de aquí! — Daniel se sentía responsable, no podía dejarla a su suerte.

«¿Estás seguro de que puedes darle lo que necesita?», Susané insistió tratando de mostrarle el peligro que sufría.

— Me importa un bledo. ¡Lárgate! — estalló Daniel. Dada se despertó por el grito y se acercó a él, empezó a frotar su cabeza contra una de sus piernas. Daniel acarició su nuca y le agarró sus orejas, Susané se levantó del sillón y salió de la casa. Daniel sabía que volvería, no dejaría así nada más las cosas. Eso le recordaba a la chica que alguna vez conoció; era terca y obstinada; estaba seguro de que eran los

únicos rasgos que aún seguían palpables de quien alguna vez fue.

Era medianoche cuando las criaturas del doctor vinieron por él. Caía la lluvia desde la tarde. El ruido de un rayo lo sacó de aquel sueño donde volvía a la infancia, a una época perdida por su memoria. Intentó volver a dormirse cuando se percató de dos siluetas en el fondo de su habitación. Dada gruñó asustada en la sala, lo que puso en alerta a Daniel y se levantó de un brinco. Cuando intentó encender la luz en su habitación pudo sentir que esas siluetas tomaban forma. No sabía si eran hombres o mujeres, si eran del todo humanos o estaban vivos. Parecían dos enormes maniquíes que se movían como figuras hechas para una película de *stop motion*. Sus movimientos no eran naturales, pero los hacían a una enorme velocidad que eran casi imperceptibles a simple vista. Daniel cayó al suelo, se le subieron encima, estaba sometido cuando apareció entre sus pensamientos la frase «te lo dije».

Susané estaba frente al interruptor, prendió la luz y Daniel pudo ver a sus captores. Aquellos seres vestían en un látex desbordando en un verde chillón. Daniel quiso reclamarle por la intromisión pero no logró hablar, estaba paralizado. Apenas pudo percatarse del pique que le había dado aquel hombre con una enorme jeringa que parecía hecha de acero quirúrgico. Daniel no se había percatado de la presencia de ese hombre hasta ese momento. Estaba cubierto hasta el cuello con ropa holgada y daba la impresión de intentar ocultar algo, como Susané. Su rostro era lo único descubierto y le miraba con desagrado, como si fuese lo que salió del culo de un caballo. Aquellos seres que parecían marionetas le soltaron, pero Daniel no se podía mover: por más que lo intentase, sus músculos no le obedecían. Pudo ver el pique en su antebrazo izquierdo,

un tanto hinchado y enrojecido, y escuchaba a lo lejos cómo sometían a Dada. Intentó desesperadamente levantarse, lo hizo por instinto, pero su cuerpo se negó a obedecer. Balbuceó incoherente cuando trató de quejarse. Su mirada se centró en el velo negro que cubría la cara vacía de Susané, mientras todo a su alrededor iba convirtiéndose en un negro absoluto.

Despertó. Sentía una enorme pesadez. Su cabeza empezaba a doler como si estuviera en la resaca de una gran borrachera. Sintió náuseas e intentó levantarse de la camilla en la que se encontraba, pero no pudo hacerlo. Su cuerpo estaba entumido y apenas podía moverse.

— Ya despertó.

La voz que escuchó era de un hombre, ronca y pausada. Lo hizo percatarse de su entorno. Parecía el cuarto de operaciones donde estuvo hace unos años por ese tumor, aunque había una tonalidad rojiza que impregnaba el lugar y se originaba por unas lámparas al fondo de la habitación.

— ¿Quiere que lo inyecte?

Aquella voz provenía del hombre que lo había dopado en su casa. Buscó su antebrazo y vio un parche blanco donde había penetrado la aguja.

— Sí, dale ochocientos miligramos, Fígaro — la voz de otro hombre se hizo presente, era una voz conocida, llena de confianza y autoridad —. Lo quiero consciente, necesitamos conversar.

Levantó la cabeza e inspeccionó con la mirada hasta encontrarse con las siluetas del hombre que lo trajo y aquel viejo conocido, quien lo miraba como si fuese una pintura abstracta e intentara descifrarlo.

— ¿Cómo te sientes, Daniel? — le dijo, mientras Fígaro lo inyectaba en el hombro izquierdo. Daniel no supo que responder.

Estaba cansado, como si hubiese dormido de más, y algo desorientado. Deseaba dormir, solo dormir, pero algo en su interior le decía que se resistiera a ese impulso.

— Ya han pasado unos años y veo que el implante fue un éxito — aquel hombre se le acercó y le examinó las pupilas con una pequeña lámpara. Luego le tomó el pulso, parecía complacido, mientras Daniel se comportaba como una estatua.

— Lo recuerdo — dijo al fin Daniel —. Usted me operó, lo vi antes de entrar al quirófano. No recuerdo su nombre.

— Eso no importa mucho — dijo el doctor —. Mi estimado Dani, ¿no te molesta que te diga así? Creo que hay algunas cosas que aclarar. Me dice mi asistente Susané que te has negado a devolver a Dada, como tú le dices. Me ha sorprendido, supongo que tu vínculo con ella es más fuerte de lo que había supuesto.

— ¿De qué habla? — la idea de un vínculo desconcertó a Daniel.

— Eres como su padre, no en un sentido tradicional. Ella nació de ti, como Eva de la costilla de Adán.

El doctor lo miraba a los ojos y pudo ver el desconcierto e incomprendión de Daniel, quien quería preguntar, pero no sabía cómo formular sus dudas.

— ¿Sabías que ibas a morir? El tumor que tenías en el páncreas era cancerígeno, fase cuatro. De eso se dieron cuenta tus médicos cuando te diagnosticaron. Era difícil de detectar, no hubo síntomas hasta la fase final de la metástasis.

— ¿De qué está hablando? — su operación no había sido complicada, era un pequeño tumor, no ocupó un tratamiento posterior, ni cuidados especiales. Incluso la programación de su operación había sido algo rutinario. Sin problemas, alejado de lo que estaba planteando aquel hombre.

— Bueno, eso no lo sabías, ¿verdad? — el hombre sonrió maliciosamente, sin quitarle la mirada —. Pagué a quien fue tu médico particular por encontrar a un paciente en tu estado. Yo deseaba realizar un pequeño experimento. Mi contacto se encargó de que recibieras el diagnóstico que conoces y de todos los preparativos. Removí el cáncer e injerté un órgano que perteneció a un joven artista canadiense que conocí hace unos años. Él tiene, digamos, la «habilidad» de hacer crecer nuevos órganos en su cuerpo con capacidades y funciones nuevas. Saúl es un ser con una naturaleza privilegiada, realiza *performances* donde se quita esos órganos ante una audiencia. Me impresionó mucho la primera vez que lo vi en Québec. Deberías verlo algún día, lo llaman «a nueva carne y su belleza interior».

El doctor hizo una pausa, extasiado con el recuerdo del espectáculo de Saúl Tenser y los órganos que donó para su investigación. Miró intrigado el abdomen de Daniel.

— Aún no descifro lo que puede hacer, pero veo que te has curado y te vez mucho más joven. Me impresiona.

— ¿Y qué tiene que ver Dada en esto? — Daniel no lo entendía. Se sentía en un mal sueño.

— Usé el tumor y otro de los órganos de Saúl para crear a su hija, mi estimado Daniel — confesó el doctor —. Su vínculo va más allá de la carne o el adn, estoy seguro de que pueden desarrollar una simbiosis de algún tipo. Lo he vigilado estos años. Al devolverle a «tu tumor», quise crear un entorno donde se desarrollará de forma natural, por así decirlo. He visto un progresivo avance, pero creo que ya es momento de estimularlo y ver sus alcances.

— ¿Qué quiere decir?

Daniel no sabía qué esperar. El doctor solo le dio una sonrisa mientras con la mirada señalaba la puerta de acceso al quirófano. Susané entró. No venía sola. La criatura se erguía como un humano, su fisonomía había cambiado, era semejante a la de un ser bípedo. Su piel seguía humedecida, pero los rasgos de su rostro parecían más humanizados. Se parecía a Daniel, poseía la apariencia de una niña de unos diez años, ya no era tan torpe al moverse y se deslizaba con timidez. Daniel la vio acercarse. No tenía miedo, sentía una empatía ante la criatura. Como pudo se levantó de la camilla en la que había estado postrado y fue a su encuentro. La criatura fue sobre él y le abrazó con fuerza. No podía hablar, pero Daniel podía entender sus deseos, sentir sus emociones, como si fuesen suyas.

—No le gusta que le llame Dada —susurró Daniel. Le parecía gracioso, aquel ser tenía una mente despierta como la de un niño y parecía que empezaba a crecer cabello en su cráneo. Daniel quiso mirarle el rostro, sus rasgos coincidían con los de un ser humano y sus ojos eran tan expresivos—. ¿Y cómo te gustaría que te llamara?

La criatura gimió. Daniel sonrió, la abrazó y acarició su cabeza mientras le decía con una voz cálida y suave:

—Sin prisas, ya lo sabrás en su momento.

—Haré que Susané programe una cita para el próximo mes para ti y la pequeña —dijo el doctor—. Un chequeo de rutina para ver cómo progresan las cosas. Susané, llévalos a su casa.

Susané los esperaba en la puerta. Traía una bolsa de tela que le extendió a Daniel. En su interior había ropa para niña. Daniel volteó hacia la criatura y le mostró el contenido. «Creo que esto es para ti», dijo Daniel mientras la criatura emocionada la tomó e intentó vestirse torpemente.

A fin de cuentas, era la primera vez que se disfrazaba como un ser humano.

Israel Montalvo

Trazador de mundos perdidos, guionista, promotor cultural, ilustrador, escritor. Ha sido publicado en varias antologías de género especulativo. Fue miembro del consejo editorial de la revista literaria *Herética* (2012- 2015). Publicó las novelas gráficas “*El señor Calzetín volumen uno: Momentos en el tiempo o los días regulares de un personaje medio(ocre)*” (2016, Altres Costa-Amic Editores). “*¿Podría ser un asesino?*” y “*I'm afraid of americans*” (2018, edición independiente) Ha publicado las novelas “*Abel en la cruz*” (2020, editorial Sultana Editores) “*Los abismos de la carne*” (ed. Zeta Centuria) En 2024 publicó el libro de cuentos “*Fornicando tu mente*”, con la editorial Librerío editores.

FESTÍN AL SEXTO OCASO - ZADAMANTO



Los que vivieron en la tercera edad, también perecieron, llovió sobre ellos fuego y se volvieron guajolotes, y también ardió el sol, todas sus casas ardieron, y con esto vivieron 312 años. Así perecieron, por un día entero llovió fuego. Y lo que comían era nuestro sustento.

Fragmento de la *Leyenda de los soles*, manuscrito náhuatl de 1558

Al igual que todos mis hermanos, nací de una de las células de nuestra madre inmaculada. Nací dentro de la familia, sí, pero no era parte de ella; pues nacer no es un logro, nacer es cotidiano y esta vida no recompensa lo común, sino lo extraordinario.

Mi cuerpo, como el de muchos de nosotros, pudo haberse convertido en alimento para la familia, para nuestra madre, y eso hubiera estado bien. Ser alimento es una misión sagrada que yo habría aceptado con gusto. Pero mi señora, en su infinita sabiduría, decidió darme un cuerpo apropiado para sobrevivir, para guerrear, y así servirla.

Nací con piernas, nací con brazos y con una lengua llena de dientes. Mi cuerpo no sería alimento. Yo sería un guerrero, nuestra santa madre así lo dispuso, pero mis hermanos, ignorantes, probaron mi carne de todos modos. Les hice entrar en razón a dentelladas. Arranqué piel y uñas, huesos bifurcados y lenguas carnosas. Caímos en un frenesí de dientes, espinas óseas y garras afiladas. Nos enzazamos en esa comunión de dolor y sangre en la que compartimos nuestros cuerpos. Reconocimos nuestro sabor, reconocimos nuestra valía y consumimos a aquellos que nacieron para ser alimento.

Con el júbilo que viene tras la primera batalla, cantamos a nuestra madre. Cantamos con una multitud de voces, desde una multitud de gargantas, fosas nasales y

demás cavidades sonoras. Entonamos un himno cacofónico, arrítmico y estridente, que se unió en una sola voz, un rugido, proclamando un único mensaje: *Somos uno y muchos. Somos multitud y uno a la vez.*

Nuestra madre, complacida, hizo venir a nuestros hermanos de cuerpos extraños y mentes oscuras para ayudarnos a madurar, a alcanzar nuestra forma definitiva y dotarnos de propósito.

Primero llegaron los gigantes, moles de carne y metal, sabrosos e inofensivos. Llegaron silenciosos, pues los gigantes no tienen voz. Llegaron arrastrándose, haciendo girar las enormes ruedas incrustadas en sus costados, lamiendo el cuerpo de nuestra madre, limpiando con sus enormes lenguas la cavidad carnosa que formaba nuestro nido. Llegaron contoneando un festín de pesadas verrugas, tumores hinchados e infinidad de miembros atrofiados colgando flácidos de sus cuerpos colosales. Comimos de ellos con hambre y violencia. Comimos hasta saciarnos de aquellas excrecencias nutritivas con las que nuestra divina señora —en su infinita sabiduría— los había cubierto para darnos sustento.

Una vez saciada nuestra hambre, los gigantes se retiraron sangrantes y resignados. Sin decir palabra, sin levantar protesta. Se alejaron llevados por el instinto, y por el mismo instinto —que es en realidad la voluntad de nuestra madre— nosotros permanecimos aletargados en nuestro nido de carne viva.

Tras la marcha de los gigantes, llegaron nuestros hermanos Okodomis, cuyo lenguaje es el dolor. Llegaron ruidosos, haciendo centellear sus cuerpos de metal; usaron sus dedos de jeringa y sus múltiples brazos mecánicos para cortar y perforar nuestros cuerpos sin decir una sola palabra. Afilaron mis dientes. Cortaron mis párpados y cubrieron mis ojos sangrantes con esferas de metal transparente. Me in-

sertaron tubos candentes, que cauterizaron la carne al instante de introducirlos por cada uno de mis orificios. Me treparon, una y otra vez hasta dejar mi cráneo repleto de implantes neurales con los que podría ver la voz de la colonia y sentir los deseos de nuestra madre.

Vi como los Okodomis trabajaban su arte sobre la carne de mis hermanos guerreros; mejorando sus cuerpos, amalgamando carne y metal; removiendo algunos miembros para luego injertar otros nuevos, mejorados. Conectaron glándulas artificiales que inundaron nuestras venas de fuerza, bravura y sed de batalla. Reforcieron torsos con placas de acero, y reemplazaron garras y talones por espinas de metal. Rompieron nuestros cráneos y ampliaron nuestras mentes con cerebros de silicio y múltiples sensores que expandieron nuestra percepción.

Los Okodomis, a través del dolor y sus crueles dispositivos, nos permitieron ver lo invisible; nos regalaron el don de la vista perfecta, que nos reveló campos magnéticos, ondas de radio y núcleos de radiación. Gracias a nuestros hermanos de metal pudimos ver a nuestra madre en todo su esplendor. El divino cuerpo de nuestra señora se extendía como una alfombra viva sobre la roca estéril, y brillaba tanto como el sol, irradiando en todas las longitudes de onda; embellecía la tierra marchita como un atardecer, como una brasa ardiente que ilumina sin humear. Nosotros mismos conteníamos esa luz divina, ese mismo calor maternal que emiten las estrellas y los depósitos de uranio. Nos regocijamos danzando como chispas alrededor de una hoguera, porque nuestra madre es bella y nos usa a nosotros para embellecer el mundo.

Desde el fulgor de nuestra señora, y casi tan brillantes como ella, vinieron nuestros hermanos desollados, maestros de la verdad y guardianes del conoci-

miento. Sus cuerpos perfectos, de caras lisas como espejos y corazones en llamas, estaban marcados por el rojo de la sangre y el negro de la piel carbonizada. Los colores de la sabiduría, símbolos de su cercanía con nuestra señora.

Sus palabras sin voz resonaron directamente en nuestras mentes y se marcaron a fuego en nuestro interior, haciendo arder nuestros corazones y calentando los dispositivos insertados en nuestros cráneos. Nos mortificaron con la verdad de este mundo de roca y polvo, de lluvia ardiente y carne corrupta, donde las flores se marchitan antes de abrir. Donde nuestra madre —que es lo único bueno que existe— sufre hambre perpetua. Hambre de metal, hambre de calor y de la carne de seres inferiores.

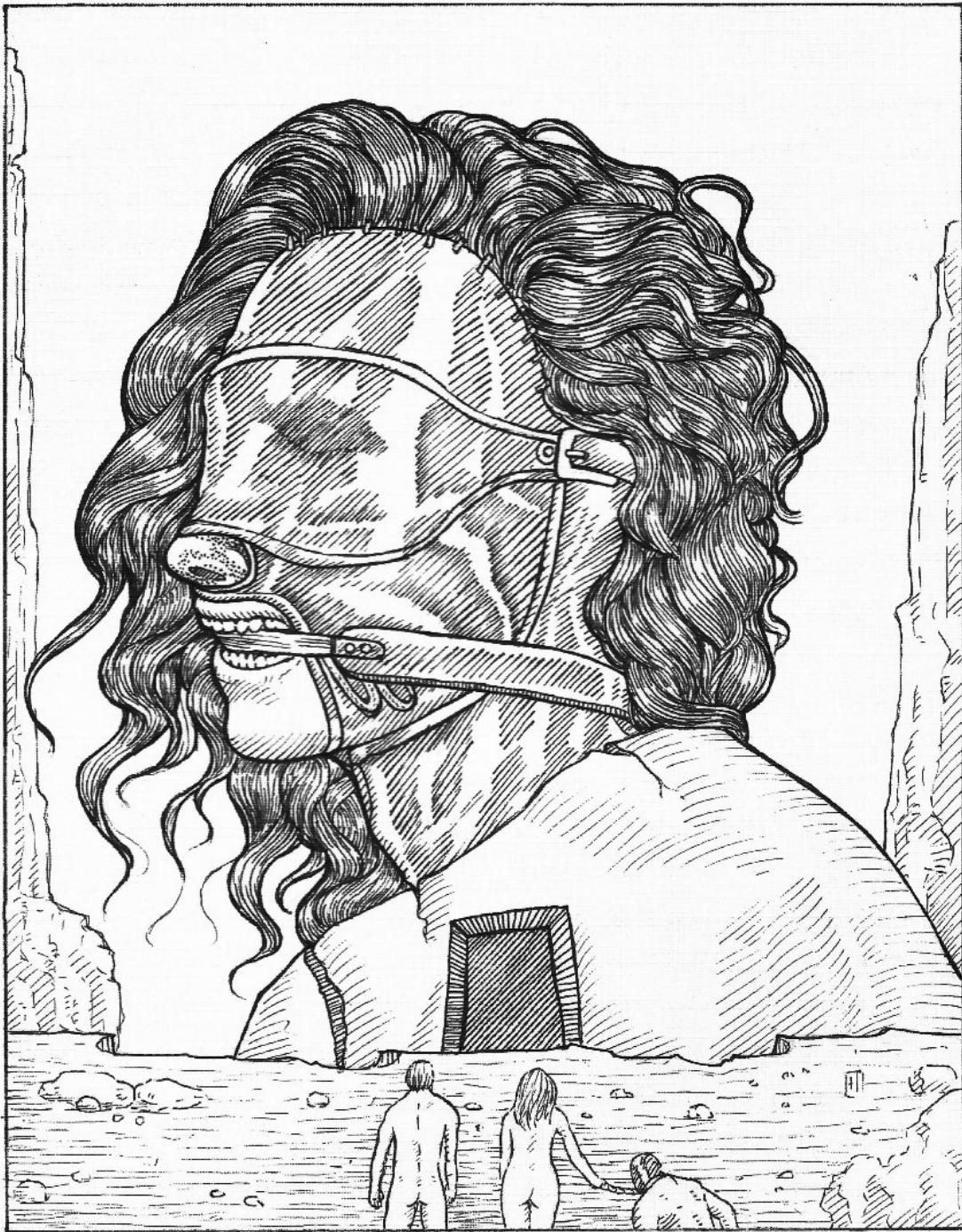
Recibimos nuestra encomienda y vislumbramos nuestro camino.

Rugimos al cielo y salimos en desbandada, hacia las cuatro direcciones del cosmos, en busca de alimento. Ese alimento raquíctico escondido en sus refugios de barro, que duerme mirando al fuego y sueña con el pasado. Ese alimento exiguo, infestado de piojos, que nos recibe con palos y piedras; con miedo en su corazón y lágrimas en los ojos.

Zadamanto

Nacido en México y habitante de la web, Zadamanto es el alter ego que el autor utiliza para explorar el extraño mundo de la ficción de género. No cuenta con estudios relevantes a su actividad literaria, pero ha participado en talleres de literatura desde 2022. Su primer cuento publicado formó parte de la antología *Voces en la oscuridad* (Editorial Orval, 2022) y otros de sus cuentos han sido publicados en las revistas: *Penumbria* (*Penumbria Botánica*, 2023) y *Sangría* (*Sangría quinta edición*, 2023).

TRÓPICO DE SAGITARIO - CARLOS RUIZ MURCIA



«Si le das...».

Una pausa. Lentamente, comienzo de nuevo. Primero abajo, y voy subiendo a velocidad de caracol. La punta de la lengua siente el entumecimiento. Es buena señal. La carne blanda de sus muslos se cierra contra mi cabeza.

«Si le das... Ah... a esa mujer...uf, joder».

Disfruto tomándome pausas. Sé que ella quiere que siga, pero he de administrar el placer. Cierro los dientes alrededor de su carne. Aplico la primera capa de presión y sus muslos se estremecen de dolor. Mañana amanecerá allí un círculo violáceo con la forma de mi boca.

Cristina suspira hondamente y lo intenta otra vez.

«SILEDASAESAMUJERUNA...Ah, Dios mío».

Le indico que debe continuar. No solo con la punta, con toda la lengua. Un lametazo de parte a parte en la zona jugosa. Sus piernas, enroscadas en mi espalda, tiemblan como una locomotora. Vamos, Cristina, tienes otro intento.

«Si le das a esa mujer una cuchara larga... AHJODERHAZLOYA».

Sus talones se clavan en mis hombros. Una delicia que casi consigue que me corra yo. Repito el lametazo, hincando la punta bien dentro. Y antes de permitir que llegue, hundo los dientes en su muslo izquierdo hasta hacer brotar la sangre. Me lleno la boca de un gusto metálico. Si giro la cabeza, de una dentellada arrancaría una libra de carne. Me palpita el miembro.

«SI LE DAS A ESA MUJER UNA CUCHARA LARGA LA METERÁ EN EL PLATO DE UN DEMONIO... Ahora, ya, joder».

Suelto delicadamente su muslo ensangrentado y sumerjo la lengua hasta que los rugidos de su cuerpo me sepultan. No necesito penetrarla para correrme al mismo tiempo. Me trago la sangre al mismo tiempo que sus fluidos inundan mi garganta.

No está mal para una primera cita.

Probablemente, la primera vez que leí esa frase fue en alguna cita de Shakespeare desperdigada entre documentos acerca del Trópico de Sagitario. Cristina era una de las investigadoras con más información secreta sobre su ubicación, por lo que comenzamos a cartearnos. Empezó como un acuerdo de interés mutuo, y había continuado siéndolo hasta ese momento. Una cuchara larga. Se decía que, en ciertas visiones del cielo e infierno, la única forma de distinguir ambos planos era observar las cenas de sus moradores. Los cubiertos consistían en cucharas tan largas que una persona no podría sostenerla y alimentarse de ella al mismo tiempo. Requería la cooperación con el comensal al otro lado de la mesa. Por lo demás, los cielos e infiernos de esa visión resultaban idénticos, indistinguibles al ojo humano. Si quien se sentase frente a ti tenía buen corazón y os ayudabais mutuamente a comer con vuestras cucharas largas, eso era el cielo. Si, por lo contrario, cada uno buscaba su propio interés, la comida acabaría en desperdicio. O en el plato de un demonio.

«Pero no es cielo o infierno», murmuró Cristina mientras se vendaba el muslo herido. «El Trópico de Sagitario tiene que ser un tercer lugar distinto, físico, en la Tierra».

Terminé de lavarme en el baño de la habitación de hotel y volví desnudo al dormitorio. No me permitía llevar una sola pieza de tela en su presencia. Era el precio por compartir los secretos de su investigación, y yo obedecía feliz. Ocultó el vendaje, y por añadidura las piernas, bajo unas medias negras y me dio la espalda para que subiera la cremallera de su corpiño. La melena caoba caía en bucles sobre sus hombros, como hoguera de invierno.

«He estudiado todas las coordenadas que sugieren la posible ubicación del Trópico», dije, tomándome mi tiempo con la cremallera. «No debemos tener en cuenta solamente su posición física, Cristina. Algo se nos escapa».

«¿Y qué sugieres?», preguntó, acariciando mi miembro en señal de gratitud. Respondí con una silenciosa erección. «¿Una conjunción temporal? ¿Cuando todas las estrellas se alinean una vez cada siglo?»

«Algo así». Hundí la cabeza entre sus pechos y pasó su mano por mi cabello, arañando mis hombros magullados. «Mis fuentes hablan de muchas posibilidades, pero todas coinciden en que si el Trópico fuese una puerta, no puede uno esperar a que se abra de forma natural. Requiere algo más».

«Un sacrificio de sangre», murmuró desinteresadamente, al tiempo que su uña abría una herida fresca en mi espalda. Dibujó una C ensangrentada. Gemí a su oído. Deseaba que grabase todo su nombre en mi cuerpo si con ello dábamos con el Trópico.

Pero no hubo I, ni ninguna letra más.

«Tendrá que bastar contigo, Guzmán», dijo, dirigiéndose a la figura llorosa que contemplaba la escena en un rincón. Silenciosamente, el marido de Cristina gateó hasta nosotros. Era la mole de carne más grande que había visto nunca, y también la más patética. Su cuerpo entero estaba surcado de cicatrices, y su boca había sido partida a patadas en el transcurso de la noche. Sin embargo, su enorme miembro estaba tan erecto que parecía a punto de estallar. Sin mediar palabra, pues no lo tenía permitido, rodeó mi pene con sus labios y procedió a practicar una felación no solicitada. No me gustaba la idea, pero todo fuera por complacer los deseos de Cristina, que jugueteaba con un puñal dorado. Guzmán cerró los ojos y esperó la hoja, esmerándose con la lengua.

Lo que sucedió a continuación debió de abrir alguna puerta, pues la ofrenda de sangre fue aceptada y la habitación se tiñó de rojo. No hablo en sentido figurado. El suelo, las paredes, la cama y el techo pasaron a ser de rojo brillante y ya no existió otro color. Antes de que pudiéramos darnos cuenta en nuestro éxtasis compartido, la puerta se resquebrajó de sus goznes y

en ella apareció una figura tan alta que tenía que encorvarse para entrar. El látigo de cuero que portaba en lo que parecía una mano nos golpeó a los tres a la vez.

El primer morador del Trópico de Sagitario que veíamos nos dio la bienvenida a su manera. Cuando volvió a blandir el látigo, nuestros cuerpos se volvieron del mismo color que el resto.

No estaba mal para una primera cita.

Habitábamos el plato de un demonio en una isla volcánica dentro de un infierno rojo. Aquel siniestro guardián que, como supimos más tarde, no era más que un siervo de los verdaderos señores del Trópico, nos condujo a latigazos hasta una celda de piedra sin puertas ni techo. Podía levantarnos a los tres a la vez con un solo movimiento de su gigantesca mano, incluso al grandullón de Guzmán. Caímos sobre un suelo ardiente, pues el sol golpeaba durante todo el día, y la prisión guardaba una temperatura insopportable para humanos. Solamente había un camastro, colgando de la pared por dos herrumbrosas cadenas y un desgastado colchón impregnado de sangre seca. Ni que decir tiene que Cristina y yo nos hicimos pronto con él, ella encima de mí, y dejamos a Guzmán cocinarse lentamente al vapor. Su piel estaba quemada allá donde no había cicatrices ni heridas abiertas, y pronto se cubrió de llagas purulentas. Le habríamos procurado un paño mojado para proporcionarle al menos algo de alivio, pero nos fue negado. Los tres estábamos desnudos. Cristina se había arrancado el corpiño y las medias cuando comprobó que aquel calor solo empeoraba las condiciones corporales. No tenía mucho sentido vestir algo de ropa, de todas formas. Aquel sádico guardián nos colocó collares de cuero negro y nos condujo a la fortaleza, en el otro lado de la isla. Era una forma de llamar a aquella construcción de roca caliza. Carecía de una forma reconocible que nuestros ojos arqueólogos

pudieran clasificar. Más bien se asemejaba a un volcán moldeado a puñetazos por manos gigantescas. Cavidades enormes e irregulares hacían de puerta y ventanas, y habían diseñado el interior en dos niveles para albergar personas en él. O al menos lo que en otra vida eran personas, pues todos los humanos que allí encontramos eran utilizados como esclavos. En ese sentido, no difería mucho de los efebos de la antigua Grecia. Hombres y mujeres de gran belleza y juventud servían a los seres moradores del trópico en el piso superior. Sus cabellos eran largos y bien peinados, y sus cuerpos, permanentemente desnudos, no admitían mácula. Eran ellos quienes habitaban en el piso inferior, una vez terminada su jornada, y disfrutaban de unas horas de descanso y alimento. No había cucharas largas, ya que solo se les permitía comer con sus propias manos. Cristina y yo éramos el plato del demonio.

En el centro del techo habían insertado la mitad inferior de lo que parecía una gigantesca trituradora de carne, lo que recuerdo que en otra vida más feliz llamábamos «choricera». En el piso superior, presumiblemente, insertaban animales, a juzgar por los gruñidos y alardos, que se hacían picadillo en algún momento del tránsito. Entrecerrando los ojos, se atisbaba algo similar a unas cuchillas de tamaño gigantesco, pero resultaba francamente difícil al comenzar la lluvia roja. Sí, nosotros éramos el plato del que comían los esclavos. Nuestro cometido era colocarnos allí, con los brazos extendidos, y dejar que la carne cruda se impregnase en nuestros cuerpos. Había vísceras no del todo desmenuzadas, hígado y pequeños trozos de hueso, pero supongo que el aspecto más convincente era el de albóndigas humanas con extremidades. Los esclavos no nos trataban bien. Después de haber servido todo el día sin descanso, arrancaban la carne de nosotros a dentelladas. No era raro llevarse un

arañazo en la piel, o un mordisco cuando la capa de carne ya era fina. Los momentos más dolorosos eran cuando el tañido de la campana golpeaba el final de la cena. Ahí se daban cuenta de que no volverían a llevarse un pedazo de comida a la boca hasta el día siguiente, y se volvían voraces de verdad. Su condición obligada de servil esclavitud se reducía a una pulsión animal. Después, invariablemente, venía la orgía. No se nos permitía participar de forma activa, relegándonos a meros recipientes de sus deseos largamente contenidos. Los esclavos de los esclavos. De rodillas, las lágrimas de humillación no era lo peor que nos hacían tragarse. Cristina y yo acabábamos ensangrentados, limpiando los restos de carne de nuestros cuerpos, y tratando de reunir lo poco aprovechable que pudiésemos esconder de camino a la celda. Surcar desnudos la isla de noche, en mitad de vientos helados, era un cambio notable con respecto al calor abrasador, pero acortaba enormemente nuestra esperanza de vida. Y, de todas formas, teníamos que alimentar a Guzmán. Pasaba todo el día encadenado al suelo hirviendo, como un jabalí salvaje ensartado en la hoguera. Nos preguntábamos cuánto tardaría en llover sobre nosotros en la choricera. Al menos estaría medianamente cocinado.

En los pocos instantes que nos quedaban entre el sueño enfermizo y la tortura diaria, Cristina y yo teníamos sexo en el camastro. No era excitación. No se podía hacer otra cosa para matar el tiempo, y no había más espacio para dormir separados. Era lo único que nos quedaba. Guzmán nos miraba, y supongo que, de alguna enfermiza manera, aquello aliviaba su dolor. Y ni siquiera entonces Cristina le permitía hablar.

«*Debemos estar en algún lugar del Pacífico Norte*», dijo. A pesar de todo, su voz conservaba las dotes de mando y seducción. Si no fuera por eso, creo que

habría tardado menos en volverme loco. «*Hay cierto archipiélago que se ajusta a este clima imposible. Los geógrafos lo creían hundido.*»

Estaba sentada a horcajadas sobre mí. No tengo ni idea de si la estaba penetrando. Se había convertido en un gesto tan natural como respirar. Incluso dormíamos en esa postura por la falta de espacio.

«*Creo que sé a cual te refieres,*» murmuré, muerto de cansancio. «*Las islas Fénix. Se rumorea que aparecen y desaparecen a voluntad, coincidiendo con...*»

Comenzó a mover sinuosamente las caderas, acariciándome el pecho surcado de heridas.

«*Con el Trópico de Sagitario,*» susurró. «*Cuando las estrellas están en cierta posición.*»

Miramos la noche sobre nuestras cabezas y los miles de soles muertos que todavía la surcaban mientras un aire gélido nos acariciaba.

«*Si todo sigue su curso, en unos días volverá a darse la conjunción,*» aceleró el movimiento, clavándose contra mí. Me obligó a lamer su dedo antes de estimularse con él. «*Si no aprovechamos esta oportunidad, quizás no tengamos otra.*»

Expuso entre jadeos mi preocupación acerca de los moradores del piso superior, a quienes aún no habíamos visto, pero no prometían ponernos fácil la huida.

«*Creo que tenemos algo que les interesa,*» dijo, deteniéndose de pronto y separándose de mí. Señaló a Guzmán, que nos miraba con cierto gozo entre el increíble dolor que sin duda debía sentir por todo su cuerpo. «*Fíjate en el pene de mi marido.*»

El normalmente erecto miembro de Guzmán, siempre a punto de la explosión, estaba en flácido letargo. A decir verdad, no era la primera noche, aunque no tendía a fijarme en ello.

«*¿No te parece extraño? Es como si lo satisfacieran mientras nosotros estamos en la fortaleza,*» dijo Cristina, apretando mi enrojecido pene con su mano y

masajeando la cabeza para provocar un clímax. «*Sospecho que les ha caído en gracia a los de ahí arriba. Ya debe de estar lo suficientemente cocinado, y sin embargo aquí sigue. Guzmán puede ser nuestro salvoconducto a la libertad.*»

Aplicó presión y eyaculé obedientemente en su mano, que extendió para que pudiera besarla.

«*Si le das a esa mujer una cuchara larga, la meterá en el plato de un demonio,*» susurré. Cristina asintió y, por una vez, dormimos abrazados y felices en aquel infierno. No sé si el resplandor de las estrellas influyó, pero creo que incluso Guzmán estaba sonriendo en la oscuridad.

Soportamos la lluvia de carne picada y los dientes de los esclavos, incluso nos resignamos a satisfacer el ímpetu de sus cuerpos después. Se convirtió en una tarea a completar de manera natural. Para dos arqueólogos perdidos en su propio mapa, aquello era motivo de orgullo, de valor inquebrantable. Seguimos con vida, cuerdos y dispuestos a todo.

La noche de la conjunción de estrellas, el guardián se presentó en la celda y tiró de la cadena que sujetaba el collar de Guzmán. El grandullón se irguió a pesar de sus heridas y caminó por la tierra ardiente siguiendo la voz de su amo. Entraron en la fortaleza por una entrada distinta a la principal, que llevaba al salón de los esclavos. Una solamente reservada para los moradores del Trópico. Pronto, Guzmán se vió en una amplia estancia completamente negra. El suelo y paredes eran de suave mármol, y la piedra ardiente ya no dañaba su maltrecha piel. El guardián soltó la cadena y se retiró. El plato del demonio estaba servido y los comensales pronto se sentarían a la mesa. Las estrellas brillaban de forma inusual y era toda la luz de la que disponía. Un rumor de pisadas gigantescas hizo vibrar el suelo. Ya venían con sus cucharas largas.

«El guardián no tiene ojos», susurró Cristina. «Se guía por el tacto y olor. Quizá los moradores también. Vamos, ahora».

Nos despojamos de la piel de Guzmán, que cayó muerta como un montón de ropa vieja. Cristina descendió de mi espalda, donde había estado montada todo el tiempo. Había sido un duro sacrificio, pero parecía funcionar de momento. La pulpa que quedaba de los ojos de Guzmán se movía en mi boca como un chicle insípido. Cristina dejó escapar un eructo y se relamió. Tenía restos de su marido entre los dientes. Ensangrentada bajo aquel insolito resplandor, lucía más bella que nunca. ¿Dónde estaba la puerta?

El primer morador llegó de repente, cuando el rumor cesó. No era... algo físico. Podría describirlo como una nebulosa negra flotando en el aire, pero solo porque esa imagen aparecía en mi mente cuando nos envolvió. Los seres que habitan planos diferentes no están obligados a adoptar una imagen terrenal, y menos ante su almuerzo. Nos alzó para observarnos mejor, y se movió alrededor de nosotros como si nos olisqueara. No se decidía a morder.

«Oleemos a Guzmán», dijo Cristina, convencida de que aquello no podía escuchar o entendernos. *«Está sintiendo el Guzmán en nuestro interior, y no se lo quiere comer. Te lo dije».*

Tenía razón. Fue como si la gigantesca nebulosa dejase de tener hambre para sentir pena, añoranza, compasión. ¿Hasta dónde había llegado su fijación por Guzmán? ¿Qué había hecho nuestro querido grandullón para conquistar lo que sea que tuviera por corazón aquel morador enamorado? Lágrimas de gratitud hacia el marido de Cristina rodaron por mis mejillas. Entre los tres habíamos logrado alimentarnos con una cuchara larga en el infierno.

«Mira, al trasluz», dijo mi arqueóloga favorita, con la voz llena de esperanza. *«Las estrellas no mienten. Se está abriendo la puerta de salida del Trópico de Sagitario».*

Si amas algo, déjalo libre. Una frase que nunca llegué a entender en nuestro viejo mundo parecía tener todo el sentido del mundo allí. Incluso para aquellos extraños y sádicos pero, a su manera, compasivos dioses. Cuando el morador nos dejó libres, flotamos desnudos y ensangrentados hacia el resplandor, dejándonos guiar por las estrellas, como siempre habíamos hecho, y alargué mi mano para tocar la de Cristina, que cerró sus dedos en torno a la mía, y nos dirigimos juntos de vuelta a un universo infinito y rebosante de luz. Y sonreímos, nos era imposible dejar de hacerlo, porque sabíamos que Guzmán estaba con nosotros en ese viaje de regreso, y aunque nos llevase vidas eternas ya nunca se separaría de nuestro lado.

Carlos Ruiz Murcia

(España, 1987)

En 2022 comenzó a buscar su estilo en las cosas que deseaba contar. La mayor parte de 2023 ha escrito sin descanso y eso le ha llevado a encontrar espacio en revistas y antologías. Algunos de sus textos han sido radioaficionados en podcasts de carácter literario. Cree que nunca se debe dejar de leer, porque es algo básico a la hora de evolucionar y aprender nuevos métodos.

¿Y SI...? - LEÓN AZUL RENEGRIDO



Teresa miraba distraídamente a través de la ventana; hora pico, aceras, automóviles, camiones, repletos de gente acalorada y con cara de fastidio. El sol caía perpendicularmente haciendo de la micro un horno ambulante que avanzaba a vuelta de rueda entre el tránsito citadino. La mezcla de sudores y olores corporales, combinada con el aire sofocante y el cubre bocas, le dificultaban la respiración. Los 38° C, desde el 2024 temperatura promedio en la ciudad, daban una sensación térmica de lo doble.

Teresa revolvió en su bolsa; en el fondo, entre el lápiz labial derretido y una envoltura de dulces, encontró un pañuelo desechable con el que limpió el sudor que escurría a chorros por su rostro, llevándose de corbata la máscara de pestanas y maquillaje.

Arrugó la nariz con desagrado, el hedor se intensificaba. Los olores corporales habían cambiado, Teresa no sabía si era atribuible a la falta de agua potable: desde mediados del 2025, el líquido era tandeando en las zonas conurbadas; cada mes y medio recibían pipas con agua amarillenta y maloliente que pocos se atrevían a beber; si era culpa de la calidad de los desodorantes distribuidos mensualmente en cada colonia y que debían ser usados de manera obligatoria por los ciudadanos, no importando el endurecimiento de la piel, la comezón insoportable, descamaciones y protuberancias, o al cambio de alimentación resultante del aumento de temperatura y la sequía; se habían perdido mensualmente millones de cultivos, a la par que los incendios forestales, cada vez más frecuentes, habían extinto más especies animales en los últimos cuatro años que en todo el siglo anterior. Lo sorprendente es los recursos se destinaran a la ganadería, pues nunca antes había habido tanta abundancia de carne a tan bajo costo. Carne colgando en ganchos, filas interminables

en los mercados; carne pestilente en los puestos de las esquinas que se negaron a perecer a pesar de la falta de maíz para hacer tortillas; carne a todas horas, carne cociendose en las casas, hirviendo en las ollas; carne grasosa soltando su jugo en los sartenes; carne sudando a chorros entre asfalto y metal, carnes chocando impúdicamente por los frenones imprevisibles y constantes del chofer; carne, su propia carne que día a día sentía más gruesa y pesada a pesar de la crema suavizante.

Teresa levantó discretamente su brazo, su propio olor le causó náuseas. Una vez, de muy pequeña, había visitado una porqueriza con su abuela y la peste le había hecho vomitar; ahora el olor que desprendía su propio cuerpo le resultaba insoportablemente similar.

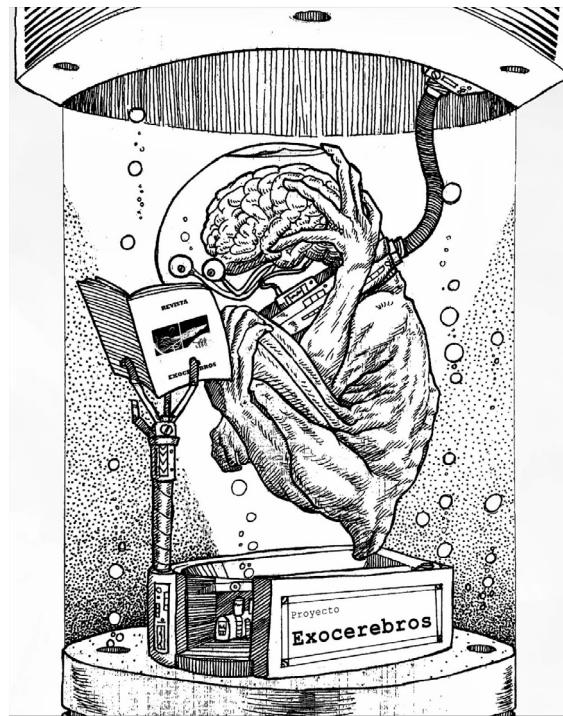
Pensó en bajarse y caminar el resto del trayecto a su casa, pero aún faltaban varios kilómetros, así que trató de concentrarse en las personas que se apretujaban en el pasillo, contra los asientos. Cuerpos chorreadores, contorsionándose al ritmo de baches y música a todo volumen. Carnes fofas fusionándose por el calor, derritiéndose y quedando embarradas en la ropa. El tufo a carne cocida llenaba cada milímetro del microbús. Teresa trató de distraerse pensando en que la hora de la comida la encontraría aún en el transporte, de seguro en su casa habría carne cocinada en algún líquido espeso simulando ser de origen vegetal. ¡Cómo extrañaba algún guiso en salsa verde, o de perdida una buena salsita roja picante! Pero sólo carne. Carne.

Por un momento Teresa se quedó mirando más allá de los cuerpos que entrecocaban sujetos al pasamanos... ¿Y si...? La idea le pareció una locura, pero eso explicaría las cantidades exageradas de carne. Nunca antes había habido suficiente alimento para toda la población y, prácticamente, regalado... los cambios

corporales... las desapariciones que se habían incrementado año con año y para las autoridades se habían normalizado... ¿Y si...

Un chirrido de frenos y una fuerte sacudida antecedieron a cuerpos lanzados como muñecos de trapo contra los asientos, vidrios cayendo, gritos, un dolor intenso en la sien y un líquido viscoso cayendo por su rostro. Teresa intentó moverse, pero el peso de los cuerpos encima suyo y un trozo de fierro clavado en su muslo izquierdo la habían inmovilizado. ¿Cuánto tiempo tardarían en llegar las ambulancias? ¿Cómo se abrirían paso entre el mar de autos? Cerró los ojos, el calor aumentaba a cada segundo. Como entre sueños escuchó el ulular de las sirenas acercarse, voces autoritarias, silencio y movimientos dentro del microbús. Teresa sintió cómo era arrastrada fuera de la micro, pero no pudo abrir los ojos.

Se vio a sí misma colgada en uno de los ganchos abierta en canal, vendida por kilos en un barrio suburbano y luego en una enorme cacerola calentándose a fuego lento, cocinada en su jugo, para ser repartida en platos de plástico mientras la familia veía el televisor.

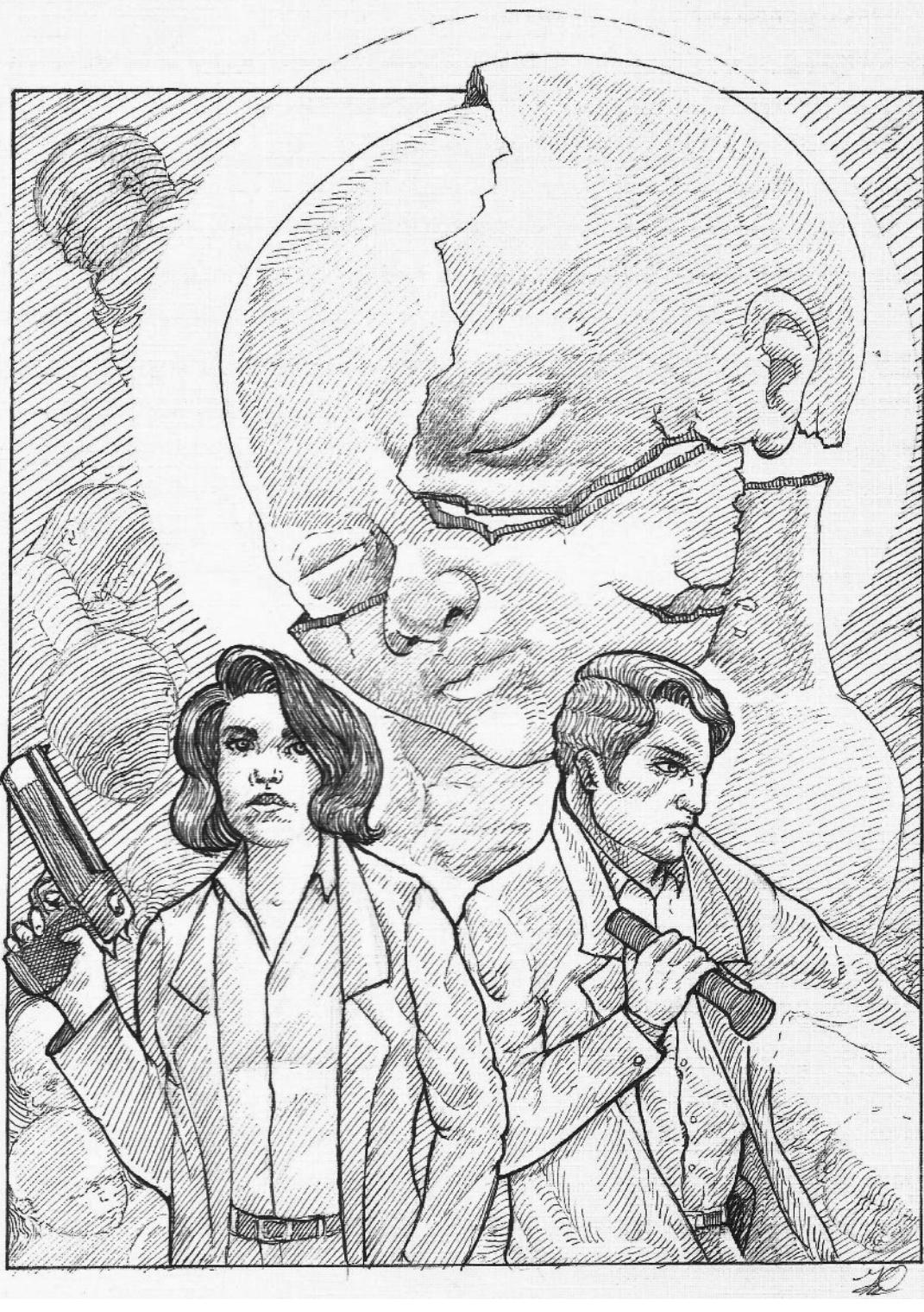


León Azul Renegrido

(María Azucena Robledo Lara)

Mexicana, radica en Metepec, Estado de México. Combina la escritura con su labor docente y hacer presentaciones con su compañía de títeres. Escribe principalmente cuentos de ciencia ficción, especulativos, horror, terror, fantasía e infantil. También ha incursionado en la poesía. Tiene ya varios cuentos publicados tanto en antologías en físico, como digitales.

POSTGESTACIÓN - EDUARDO OMAR HONEY ESCANDÓN



Sofía levantó la sábana blanca. Me había citado en la morgue. Al señalar «lo antes posible» con voz tranquila, con lo bien que la conocía, sabía que se ocultaba un estrés a punto de estallar de mala forma. Era algo que no le convenía a la fuerza de investigación que comandaba, menos con quien se la topara en la calle.

—Fuera de ser evidente que le extirparon el corazón con precisión quirúrgica, ¿qué más me puedes decir? —dijo ella lentamente mientras me daba oportunidad de echar un ojo al pequeñísimo y rosado bulto que quedó al descubierto.

Le di la espalda para ir por un cubrebocas y unos guantes. Me suponía lo que me tocaría examinar algo cuando llegué y noté el minúsculo bulto debajo de la sábana, aunque fue peor. Regresé a su lado y le ofrecí guantes como cubrebocas.

—Extraoficial, recuerda —remarqué—. No existo, ni estoy aquí. No nos hemos visto.

—¿Cuándo no ha sido así? —fue su respuesta, más que suficiente dada nuestra historia y lo vivido por décadas, aunque estemos separados. Inicié el examen con el mayor respeto y delicadeza que podía usar. Palpé el pequeño cuerpo por encima, le di vuelta para observarlo por debajo. Luego lo cargué para sentir el peso. Sofía se adelantó y me trajo una lente de aumento. Deposité el cadáver sobre la mesa y dediqué el tiempo necesario para recorrer cada milímetro de su piel. Donde dediqué más tiempo fue en el corte que iba de la garganta a la mitad del abdomen.

—Recién nacido de no más de un día, unos tres mil doscientos gramos, fuera de la incisión para extraerle el corazón mientras estaba vivo, en todo lo demás está normal. Es extraordinaria la precisión del corte, la forma como seccionaron el costillar para dejar expuesto el órgano y luego la forma de retirarlo. De no ser por esto, sería un bebé muy saludable si estu-

viera vivo. Es un primer vistazo, si requieres mayor precisión tengo que proceder como se debe, ¿lo hago?

—No es necesario, confío en el trabajo que hacen nuestros forenses, aunque Andrés sigue impactado.

—¿Dejaste que lo viera?

—Se adelantó en el hospital.

—Tremendo novato, demasiada energía. No creo que duerma y de seguro requerirá asistencia psicológica. Era mejor el otro que te asignaron, ¿Galindo?

—Gabindo, confundes siempre.

—Sigo igual en eso, me conoces bien. Regresando al tema central —señalé la mesa—, es desagradable, en efecto, pero sabíamos que casos así suceden a intervalos. Es algo normal.

—¿Cinco casos casi seguidos es algo normal? —interrumpió Sofía de forma tajante.

Guardé silencio y devolví mi atención al neonato. Con mucho cuidado volví a revisar las articulaciones entre su escaso cabello. Además, dada la experiencia de lustros, dediqué bastante atención a los dedos de pies como a los de las manos, la espalda, esfínteres, orificios nasales y dentro de su minúscula boca.

—No es asunto de los satanistas ni los Shaedon esta vez —concluí con voz lúgubre—. Los aniquilamos en esa ocasión...

—Lo sé, lo sé —respondió Sofía con enojo. Caminó rumbo a la entrada de la morgue no sin antes despojarse del cubrebocas y los guantes.

El sacar del mapa al culto de los Shaedon dos décadas atrás nos costó más de tres años de investigación. Y trescientos neonatos sacrificados en pos de un dios que ni ellos entendían. Ese caso nos dejó marcados al igual que a las familias de sus víctimas. Fue cuando tomamos caminos

aparte para, de alguna forma, esconder las heridas físicas y mentales pero, sobre todo, espirituales.

Acomodé el pequeño cuerpo en posición fetal, recé por él en varios lenguajes y bendije como me enseñaron las Antiguas. Luego lo cubrí con la sábana. Tiré a la basura los guantes y cubrebocas antes de salir de la morgue. Afuera Sofía estaba recargada en la pared justo al lado de la puerta.

— ¿Cómo que cinco casos casi seguidos? Necesitas explicarme —le exigí.

Tras evaluar diversas posibilidades vía *gedankenexperiment* luego de leer el expediente de cada asesinato, tomé las fotografías de los casos. Seleccioné aquellas que mostraban a cuerpo completo lo que hacía falta para disponerlas en la secuencia más probable que hallé.

— Sofía, despierta —dije suavemente antes de tomarla del hombro para sacudirla. Dormía profundamente—. Tenemos que debatir algo, despierta por favor.

Tardó en reaccionar. Finalmente levantó su cabeza del nido que construyó con sus brazos sobre el escritorio. Se estiró y bostezó.

— ¿Ya lo resolviste?

— No, sólo tengo algunos patrones a considerarse que quizás sirvan para detectar otros casos. O evitar los que vengan. Del primer caso, cinco días atrás, se llevaron las extremidades inferiores; al día siguiente, las dos superiores. Otras veinticuatro horas pasan y reportan la sustracción de un torso desecharlo el corazón; mismo periodo antes de que avisen de la extracción de un par de globos oculares. Luego pasa lo de ayer. Sospecho que antes hubo un caso donde desapareció una cabeza o está por suceder. Y...

— ¿Y qué?

— No me gusta la cifra: aún contando con esta cabeza que conté, el total de lo

que sustrajeron serían seis casos. Un número muy redondo, nada simbólico, sin lógica. Sospecho que hay piezas faltantes en este rompecabezas.

— ¿A quién le interesan fragmentos de recién nacidos? ¿Qué sentido tiene?

— Negocio inútil si se pensara en traficantes de órganos. Ninguno tiene carta astral interesante, ninguna relación entre ellos, algún familiar interesante de sus padres a siete generaciones atrás. Inútiles como material satánico o para conjurar no-muertos. Lo que comparten es que son muy saludables, mismo tipo de sangre, casi el mismo peso y menos de un día de nacidos. Y cada uno fue intervenido quirúrgicamente de forma excelsa.

Revisé el mapa de nuevo y las marcas que tracé sobre él. Algunas eran meras suposiciones, extrapolaciones que había planteado por horas. Sonó mi celular.

— ¡Eres un desgraciado hijo de puta! —reclamó Sofía.

— Muy buenas noches, un placer —contesté con sorna—. Ahora dame la dirección.

De inmediato marqué el hospital en el mapa. La red de posibilidades se redujo.

— Por último, ¿qué fue lo que se llevó?

— La cabeza, ¡la maldita cabeza y sin el cerebro! Es asqueroso y la familia ya me buscó. Un idiota filtró el asunto con todos los expedientes. Nomás sepa quién fue, tendrá que usar el dinero para reponer lo que le destrozare. Afuera tengo periodistas de nota roja, decenas de *youtubers*, *streamers* y a todos los canales de medios que existen en el universo.

— Lo lamento, Sofía, en verdad. Te tengo una mala noticia: bien sabes le falta un paso más para lo que sea que está o están haciendo. Mañana, como séptimo caso...

— ¡Ya lo sé! Buscará un cerebro. Hay centenas de hospitales, de maternidades en esta ciudad. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Nomás nos sentamos a esperar?

— Hay una leve posibilidad de atraparlo u obtener la clave final para cazarlo.

— ¿Cuál?

— Lo que extrae y roba tiene un tiempo límite para ser trasladado antes de que realmente sea tejido muerto. Los hospitales están casi equidistantes de un aparente centro ubicado en una zona popular donde es fácil esconderse. Sin embargo, tengo tres huecos en ese esquema y que corresponden a dos zonas hospitalarias y un sanatorio. No más de diez lugares a vigilar.

— Pásamelos y te vienes conmigo, ¿entendido?

Callé. La última vez con los Shaedon tuvimos un baño de sangre y una treintena de bajas entre la corporación. Además, volaron dos cuadras del centro de la ciudad. No era un buen augurio que repitiera la palabra que usé en esa ocasión:

— Va.

Me adelanté a Sofía y entré a la sala en el sótano. La luz blanca bañaba totalmente el sitio. Casi al centro, sobre una mesa metálica, yacía lo que esperaba evitar. La sangre aún fresca, saliendo de la parte superior del cráneo rebanado, emulaba un espejo que nos reflejaba. Toqué el diminuto cuerpo y medí la velocidad del riego sanguíneo que apenas brotaba fluviendo al borde para gotear al suelo.

— Esto sucedió no más de quince minutos atrás, Sofía — expresé de inmediato.

— ¿Cómo lo sabes? ¡No importa! — cortó para salir y pedir que la policía en los alrededores cerrara calles y empezara a revisar a quien fuera. La sierra quirúrgica estaba a un lado, goteando; polvo blanco y finos cabellos aún se asentaban sobre el metal. Entonces noté la huella digital a punto de ser engullida por el pequeño

y espeso lago rojo. Busqué y encontré un vaso de plástico sobre un archivero, tiré al suelo el refresco que contenía, sequé el interior con una servilleta y tapé la huella para protegerla. Me asomé debajo de la mesita y Sofía regresó.

— No lo capturarán, pero... — señalé la huella de un zapato que dejó el perpetrador tras pisar el primer reguero de sangre, un accidente cuando algo o alguien le avisó que estábamos por llegar. En los demás lugares no había dejado rastro alguno —, tenemos dos pistas.

Dos noches después Sofía me entregó un chaleco y una pistola que usé muchos años atrás.

— Como antes lo hacíamos, ¿entendido? — me preguntó y asentí —. Estamos listos, ¡vamos! — radió para avanzar. Aunque llegamos en silencio estábamos rodeados por vecinos del barrio que chicheaban entre ellos además de tener levantados sus teléfonos para grabarnos.

El pelotón frente a nosotros usó un ariete para tirar el portón de metal que daba a una casa de dos pisos y, sin esperar más, Sofía se lanzó sobre la puerta entreabierta acompañada de Andrés. La seguí apuntando a cualquier esquina o sombra. Detrás venían sus hombres. Atravesamos la primera casa, cruzamos un patio y llegamos a la entrada a una bodega.

Sofía, impaciente, traspuso el umbral y gritó:

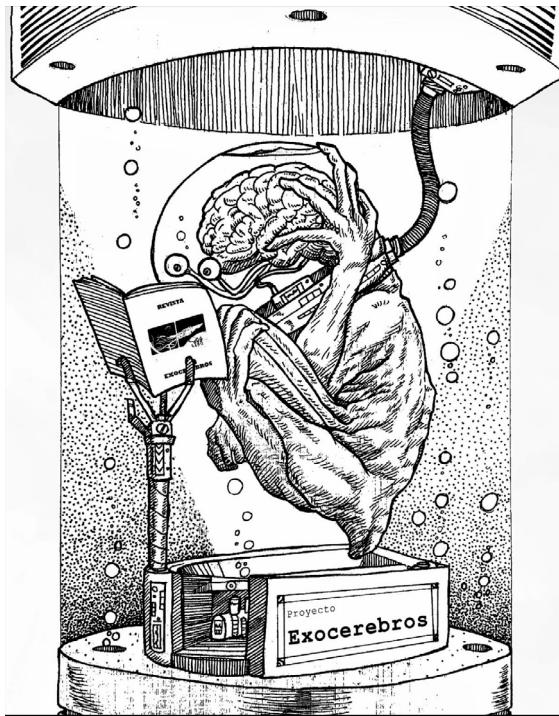
— ¡Las manos arriba! — exclamó.

A una decena de pasos estaba una cama de hospital rodeada de diversos aparatos. Más al fondo, un crionizador de última generación. El doctor, que estaba de pie, de inmediato se arrojó al suelo y empezó a murmurar. El hombre de abultado vientre recostado en la cama giró a su izquierda para tomar algo, como un tubo, con el que nos apuntó.

—Tire su arma o abri... —alcanzó a decir Sofía antes que Andrés, revelando su total inexperiencia y al sentirse amenazado, no dudó y le disparó a la cabeza al sujeto.

Poco después no sabía cómo proceder. Sofía, con muda consternación, no dejaba de ver las ecografías que encontramos en el tubo. Mostraban un producto en gestación y que correspondía al que los paramédicos extrajeron vía cesárea del hombre en la cama. El doctor, a lo lejos, aullaba a los reporteros que el otro hombre lo contrató para esto, que no secuestró ni mutiló a nadie. La multitud se regocijaba con el espectáculo, seguía grabando lo que podían o luchaban a brazo partido con reporteros, *youtubers*, *streamers* y demás fauna de los medios. Lo odiaba pero saldría en más de un video o una foto.

El neonato que tenía en mis brazos no dejaba de llorar, estaba en perfecto estado de salud. Empecé a arrullarlo con una canción de cuna que las Antiguas me enseñaron. Sofía, a mi lado, nos miraba y mantenía su gesto indescifrable. Yo bien sabía que ponderaba cómo en el futuro le explicaríamos a esa personita las marcas semejantes a suturas en su piel, la diversidad de colores que lo cubrían y el misterio de sus extremidades tan dispares. Sería un reto explicar el rompecabezas corporal del que surgió.



Eduardo Omar Honey Escandón
(México, 1969)

Ing. en sistemas. Autor de *Códex Obsidiana y Cósmicos Espejos Humeantes*. Publica constantemente en plaquettes, revistas físicas, virtuales e internet. Textos suyos fueron primer lugar o finalistas. Ha sido seleccionado para participar en diversas antologías. Imparte talleres de escritura para la Tertulia de Ciencia Ficción de la CDMX. Perteneció a la generación 2020-2021 de Soconusco Emergente.

SEDA - SARA MONTAÑO ESCOBAR



De mis brazos desmembrados brota una sustancia negra y él sonríe. Besa la carne necrosada y lame con ternura los líquidos purulentos que segregan los cartílagos sin piel.

Lo conocí debajo del puente donde días antes decidí poner fin a mi vida con un cóctel de barbitúricos mezclados con alcohol. No tenía sentido luchar por un cuerpo flagelado por la esclerosis. La rigidez me impedía mover los pies con la belleza sincronizada de la música clásica o la agilidad de la coreografía del baile contemporáneo. Todo eso desapareció con el diagnóstico. Ahora dependía de un bastón para movilizarme hasta que, poco a poco, iría perdiendo el control de cada uno de mis músculos.

Él emergió de las sombras antes de que tragara las pastillas y cuando lo vi, horrorizada por su aspecto infernal, intenté huir, pero tropecé con el báculo que supuestamente era mi auxilio. De una zancada llegó hasta mí y me giró para quedar frente a frente. Intenté implorar que no me hiciera daño; antes de articular alguna palabra, me aseguró desafinante que tenía la cura para mi condición. Al escucharlo entendí que no era casualidad este encuentro sino la oportunidad que me concedía el dios oscuro para deshacerme de mis límites.

Me resistía a la inminente postración en una silla de ruedas y un odio profundo nublaba mi juicio cada vez que alguien de mi misma condición festejaba, delante de la prensa, la aprobación de su eutanasia. Me repugnaba el pesar de mis amigos y familia y peor aún me enfurecía la sonrisa triunfante de Elena, la bailarina que siempre quiso verme caer del escenario con el cuello destrozado, la única manera en la que ella podría obtener el protagónico de cualquier obra; finalmente lo consiguió por mi falla genética.

Amputa uno de mis dedos y un flui-

do amarillento se precipita por el suelo hasta diluirse por el sifón del cuarto sucio que es su guarida. Sé que en otras circunstancias su físico me habría causado aversión, pero en la actualidad es mi verdadera salvación.

Germina un gusano azul de su miembro viril, cosa que sucede cuando succiona mis senos, la única parte de mi humanidad que le excita. Dice que juntos crearemos el apocalipsis y me aferro a esa ilusión. Me niego a perdonar un mundo que permite que una chica de veinte años muera mientras aún está viva.

Antes de extirpar otro de mis dedos besa mis labios con el agujero de su boca y siento el instantáneo placer en mi pubis; disfruto del metal de sus manos que acarician mis estructuras aún humanas y gimo extasiada. Embiste mis caderas y en medio del acto escucho como se parten los huesos de mi pelvis.

El dolor encoge mi cuerpo y me desmayo. Despierto de la anestesia con dos brazos metálicos verdiazulados, de falanges finas y contornos delicados. Lloro por la emoción y aún adormecida escucho la sierra que separa mi corporeidad en dos mitades. Colérica por la gradual extinción de mi ser, le exijo apurar el resultado y entonces me recuerda con ironía que las cosas extraordinarias tardan más tiempo en realizarse.

Corta con una sierra los restos de huesos triturados y los hilos de piel que cuelgan de mi cintura. Mientras lo hace me cuenta de su historia como drogadicto, del extraño que lo rescató cuando casi muere por una sepsis y la primera prótesis que reemplazó su hígado inservible por la cirrosis. Juntos experimentaron con la unión de materia orgánica e inorgánica, estudiaron la metamorfosis de las orugas, la complejidad de las crisálidas y las maneras en las que la naturaleza imita el cuerpo humano. Se quiebra al recordar

que su mentor murió cuando una prueba con los insectos provocó una hemorragia en su estómago. Al terminar de hablar, contemplo la simetría del corte, la belleza terrorífica de la línea recta de mi tronco y la ausencia implacable de mis piernas. Soy un monstruo que él admira con sus ojos rasgados e injectados con tinta china.

Hora de seguir durmiendo, bella durmiente, me susurra y desciendo al reino de los sueños en donde soy una sirena que se contonea encima de las rocas. Un perro se acerca a mi aposento y hambrienta lo engaño con la tersura de mi entonación. Sin pensarlo dos veces lo devoro con mis colmillos puntiagudos. A medida que lo engullo, la ropa de Elena se desprende del lomo desmembrado. En la superficie apenas si queda una parte de su rostro con el gesto congelado en estúpida sorpresa.

Cuando regresa mi conciencia, tardeo un poco en entender lo que me rodea: Estoy en el mismo sitio; el sonido de las tuberías secreta el olor fétido de los excrementos de las alcantarillas, las paredes están cubiertas de moho y sarro; el piso tiene manchas de muertes antiguas. Observo que mi torso es un objeto metalizado a excepción de mis pechos que se exhiben confundidos en una entidad robótica. La parte inferior de mi soma está fabricada con el mismo material que los brazos implantados, salvo unas manchas negras, colocadas artísticamente en los bordes. Mis extremidades superiores están cubiertas por una seda vaporosa de tonos rojos y ámbar, adherida por pliegues en los costados; imitan con gracia las alas de las mariposas. Él intuye aquello que necesito mirar con urgencia y me entrega un espejo. Mi rostro es un principio de insecto con vestigios de mi humanidad anterior. En las sienes poseo dos antenas, mis ojos han sido pigmentados en los párpados con tintura turquesa, las córneas son negras y las pupilas son de color pardo. La nariz

ha sido modificada al punto de preservar apenas las fosas nasales y un indicio de tabique para conservar los conductos que permiten la respiración. Los labios son los de mi nacimiento, pero han sido coloreados igual que mis ojos con mosaicos romboides. Él asevera que todos los órganos internos son prótesis inmunes a cualquier enfermedad. Esta vez soy inmortal.

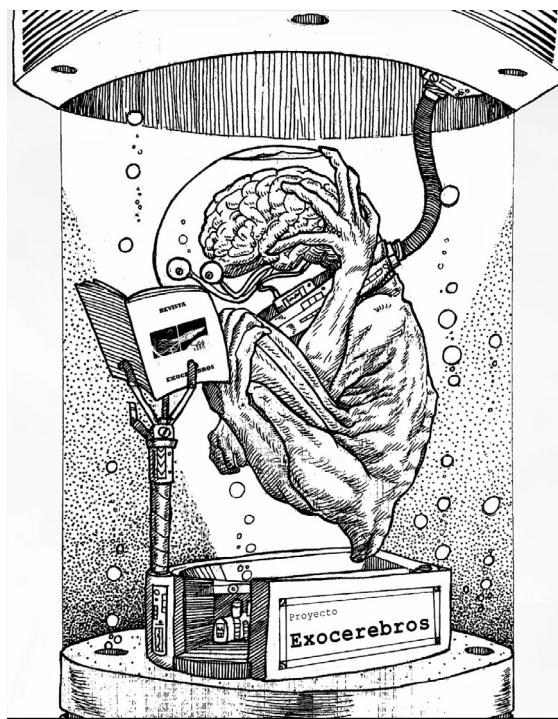
Intento pararme hasta que un relámpago de sufrimiento azota el conjunto de mis partes. Demando explicaciones y escucho que el sonido de mi voz tiene una modulación entre humana, robótica y algo parecido a un sonido animal. Me pide ser paciente; adaptarme a mi nuevo organismo tardará años hasta que mi cerebro —un híbrido entre lo que fui y que lo seré— se acostumbre a esta manera de sobrevivencia.

Pasan los meses en donde los avances son tan pequeños que me provocan el deseo de morir, matar al culpable o escapar de la pesadilla en la que sin duda alucino. Los pensamientos de derrota me detienen en mi superación; él me cuida con el amor que se le tiene a una pequeña hija, a una mujer amada, o al único ser vivo que acepta tu monstruosidad.

Llega el día en que consigo movilizarme sin ayuda y la molestia que padeczo apenas es un susurro deslizándose por mis miembros. Lo celebro triunfante; él se aproxima por detrás mío y acaricia mis glúteos que mantienen mi dermis original. Introduce el gusano de sus caderas dentro de la crisálida que ocupa el campo de lo que fue mi vulva. El gusano penetra en la cavidad, escarba el tegumento de mis profundidades, desenreda las fibras hasta quedarse como una oruga que nacerá en unos meses.

Nos recostamos abrazados; creamos con nuestra visión un holograma de la humanidad que nos atraviesa el alma. El engendro que procreamos es un virus

en forma de polilla que liberará un polvo implacable para los mortales al mover sus alas. *Al nacer, quiero que Elena y mis padres sean los primeros en conocer a nuestra criatura*, musito en su oído antes de apagar nuestros programas que se conectan como un enjambre y juntos soñamos en nuestra utopía.

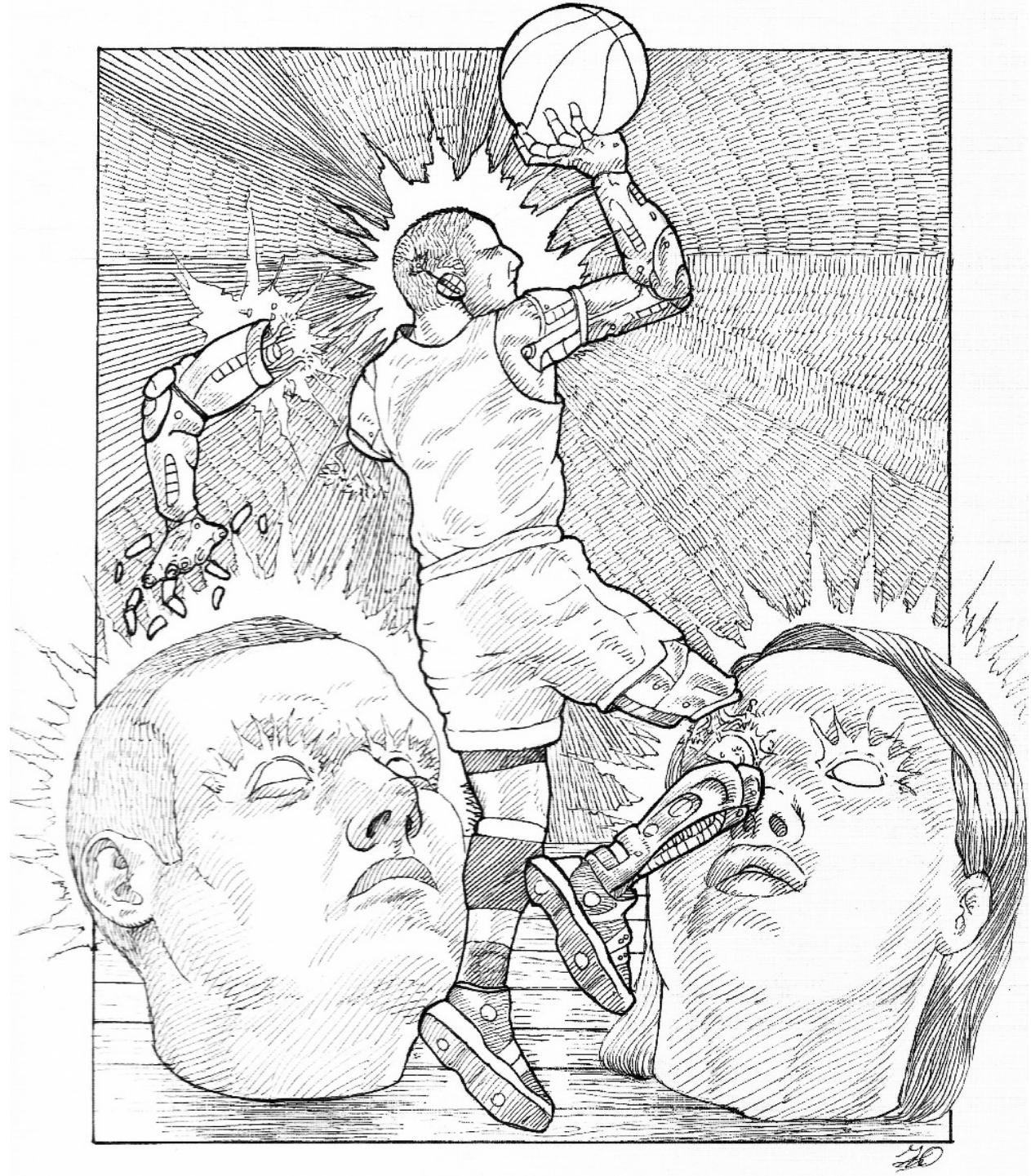


Sara Montaño Escobar

(Loja, Ecuador)

Licenciada en psicología general. Magíster en literatura con mención en escritura creativa. Ha publicado cuatro poemarios. Ha ganado varios premios de poesía tanto nacionales como internacionales. Sus poemas y cuentos se han publicado en varias revistas entre las que se destacan *New York Poetry Review*, *Círculo de Poesía*, *La raíz invertida*, *Poémame*, *Penumbria*, *Irradiación*, *Cósmica Fanzine*, entre otras. Forma parte de antologías de poesía y narrativa tanto nacionales como internacionales. Sus poemas han sido traducidos al italiano y al euskera.

REBELDÍA - GABRIEL REN



Con la pelota en las manos se plantó detrás de la línea de 3 puntos. El defensor frente a él levantaba los brazos para intentar bloquear su tiro. Él dio un paso hacia atrás y fintó el lanzamiento. En cuanto el defensa brincó para taparlo, se movió hacia delante rodeándolo casi al entrar a «la pintura» y otro rival se acercó para evitar que siguiera avanzando. Con un movimiento fuerte metió su hombro derecho justo en el pecho de su rival, provocando que cayera al suelo por el impacto.

Lleno de adrenalina por la jugada y dejándose llevar por la inercia de su carrera, saltó con todas sus fuerzas hacia la canasta. El enorme impulso de su salto hizo que su cuerpo alcanzara casi el límite del tablero. Uno de los defensores intentó brincar a la par para tapar su tiro, pero el esfuerzo fue en vano. Por un momento pareció como si él se hubiera quedado suspendido en el aire. Incluso tuvo que bajar la pelota que sostenía con ambas manos a la altura de su estómago para clavarla dentro de la canasta, ante la mirada incrédula de los demás jugadores.

Regresó al piso agitado y puso sus manos en sus rodillas para recuperar un poco el aire después de su enorme esfuerzo. La adrenalina todavía recorría su cuerpo, no pudo evitar sonreír de emoción, pero este sentimiento se desvaneció poco a poco al levantar la cara y darse cuenta de que los demás jugadores lo veían con extrañeza y, en algunos casos, con desprecio. Notó que el jugador al que derribó, y que aún permanecía en el suelo, lo miraba fijamente a la altura del muslo. Desde la posición en la que se encontraba podía ver claramente las letras negras impregnadas sobre la piel, que hacían referencia a la marca y número de modelo de aquella pierna. Intentó esconderlas rápidamente con su brazo, pero era demasiado tarde.

—Es un maldito «Mod» —dijo su rival desde el suelo con la voz llena de odio y rechazo.

—Sí, no te queremos aquí —dijo otro de los jugadores.

—Lárgate de aquí «Mod», sólo déjanos jugar en paz —incluso los de su mismo equipo mostraban su repudio.

Pronto todos los demás jugadores se unieron al rechazo lanzando insultos donde se repetía era la palabra «Mod», que era común para referirse de forma despectiva a quienes utilizaban modificaciones genéticas o biomecánicas para obtener ventaja en ciertas actividades. Aunque estas ya eran permitidas en la mayoría de los deportes profesionales, aún eran vistas con recelo en la calle, puesto que su precio era tan elevado que difícilmente una persona promedio podía tener acceso a ellas, por lo que eran consideradas como «hacer trampa».

Rechazado, tuvo que abandonar la cancha, sabiendo además que difícilmente le permitirían regresar. Se sentía frustrado y humillado. Él sabía lo que las personas pensaban acerca de este tipo de modificaciones y en realidad ni siquiera era algo que él hubiera querido, pero sus papás insistieron y nunca tuvo el valor para llevárselas la contraria. Por esa razón se prometió que no haría uso de esa ventaja mientras jugara en la calle. Lo logró durante bastante tiempo a fuerza de contenerse mediante voluntad, pero ese día se emocionó, lo que provocó que perdiera su concentración y terminara por ser descubierto.

Al llegar a su casa, tiró con rabia su mochila de juego en el piso. Sus papás, quienes se encontraban en la sala, lo observaron y cruzaron miradas entre ellos. Con un gesto dieron a entender que tenían que hablar con él. Ambos se levantaron y lo interceptaron antes de que subiera a su cuarto.

—Hey, ¿pasó algo? —preguntó su papá.

—No, nada —respondió él de manera seca.

—Sabes que puedes decirnos lo que sea —dijo su mamá con voz comprensiva.

—Lo sé, pero no es nada, en serio.

Aunque lo intentaba, no lograba esconder el enojo en su voz.

—¿Pasó algo mientras jugabas? No habrán fallado tus piernas, ¿verdad? Si es así, sabes que pueden repararlas o remplazarlas, así que no tienes por qué preocuparte.

—¡Las estúpidas piernas funcionan bien!

La frase se le salió casi sin querer.

—¿Entonces cuál es el problema? ¿No son suficientes? Tal vez podríamos considerar un modelo más reciente y mejorado —dijo su papá de manera calmada, como intentando ignorar el tono hostil que surgió de repente.

—¡No! Sólo ya no las quiero —reclamó sin poder ocultar su frustración.

—Pero ¿por qué? Sabes que siquieres tener una carrera en el basquetbol necesitas tenerlas —dijo su mamá.

—Bueno, tal vez no quiero una carrera en el basquetbol.

No podía creer que finalmente se hubiera atrevido a decir eso.

—¿Pero de qué hablas? Tú amas el basquetbol —su papá lo miró con algo de incredulidad.

—No, tú amas el basquetbol, yo sólo empecé a jugarlo porque tú insistías —dijo él, sabiendo que ya no había vuelta atrás.

—Pero yo pensaba que... —el semblante de su papá ahora era de confusión.

—¡No puedes decir eso! ¿Te das cuenta de lo que hemos sacrificado para

poder comprarte esas piernas? —interrumpió su mamá, con un fuerte grito.

—¿Lo que ustedes han sacrificado? ¿Alguna vez se preguntaron qué era lo que yo quería? —se dio cuenta de que esta era la primera vez que discutía y alzaba la voz así con sus padres—. Toda mi vida he hecho siempre lo que ustedes me decían, ¡pero ya estoy harto!

—Somos tus padres y sabemos lo que es mejor para ti —su padre comenzaba a alzar la voz, siguiendo el tono que tomaba la conversación.

—No, lo único que les importa es lo que ustedes quieren, pero ya estoy cansado de eso. ¡A partir de ahora tomaré mis propias decisiones!

Al terminar de decirlo comenzó a avanzar hacia las escaleras para dirigirse a su cuarto. Una emoción desconocida para él, hasta este momento, inundaba todo su cuerpo. No podía creer que en verdad lo estaba haciendo: por fin le estaba haciendo frente a sus padres.

Justo antes de llegar a la escalera, dándoles la espalda, su mamá gritó hacia él.

—¡Detente ahí! —exclamó con voz desafiante—. Aún no hemos terminado.

—Mientras sigas viviendo en esta casa, harás lo que nosotros te digamos —agregó su padre en el mismo tono.

Él, con un pie ya en el primer escalón, volteó para quedar de nuevo frente a ellos, devolviendo intensamente la mirada. Podía sentir la enorme tensión que se acumulaba y sabía perfectamente que este momento podría definir el resto de su vida. Con una carga de emociones estallando en su mente, reunió todo el valor que no sabía que tenía y respondió:

—¡No!

Después subió a su cuarto sin mirar atrás, incluso azotando la puerta tras de sí para reforzar su convicción. Ya estaba hecho. Por primera vez en su vida sintió una plena libertad, como si esta fuera su primera decisión real, como si por fin tuviera el control de su propia vida.

Abajo, sus padres permanecieron casi inmóviles en el mismo lugar. Unos instantes después de escuchar el impacto de la puerta cerrándose, ambos voltearon a verse y por fin tuvieron una reacción.

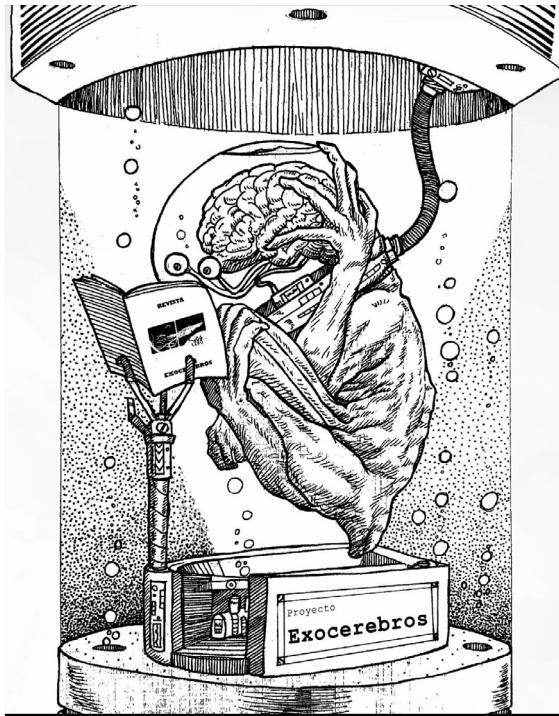
— Vaya, ¿viste eso? ¡Fue increíble! — dijo él tratando de contener su emoción y el volumen de su voz para que su hijo no pudiera escucharlos.

— ¡Lo sé! Siempre quise tener una discusión así con nuestro hijo, ¡Es tan emocionante!

Ambos sonreían, apenas capaces de controlar su alegría.

— Muero por repetirlo mañana. Seré mucho más duro. Le diré que está castigado por uno, no, dos meses.

— ¡Sí! Debo admitir que no estaba segura de instalar el módulo de rebeldía en su sintetizador de emociones, pero me alegra que me hayas convencido. Subiré una reseña ahora mismo y lo recomendaré para que otros padres con dudas y en busca de emociones lo utilicen en sus hijos también.



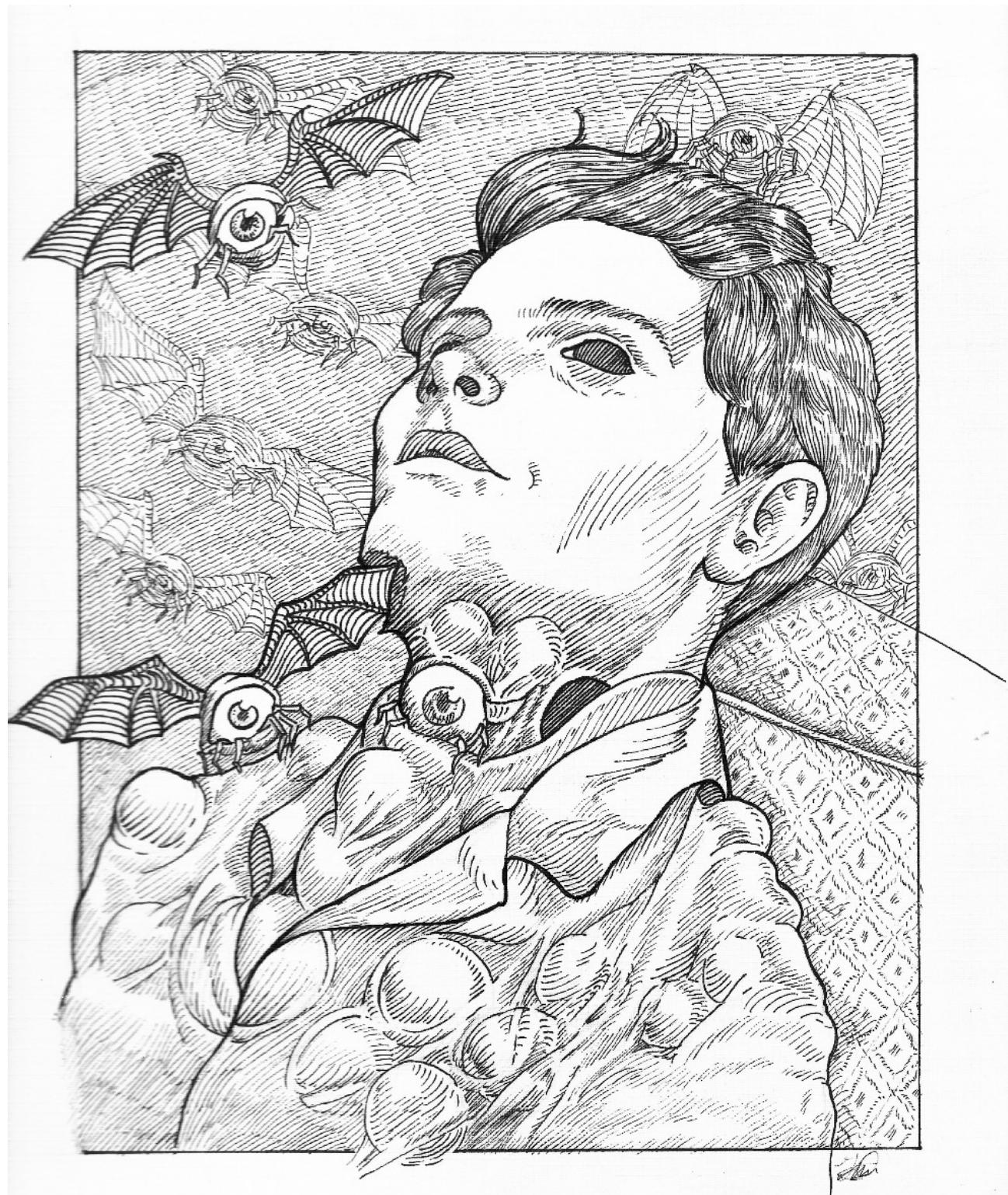
Gabriel Ren

(Ciudad de México, 1991)

Licenciado en Economía por la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Guerrero. Actualmente, se encuentra estudiando la maestría en Antropología Sociocultural en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego”, de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Practica la narrativa, principalmente el cuento. Especializado en el subgénero de la Ciencia Ficción. Buscando combinar elementos de su formación académica con intereses personales, se interesa en tópicos como el comportamiento humano, economía política, tecnologías y tiempos futuros, distopías, ciberpunk, inteligencia artificial, entre otros.

PUEDO VERLO - JOSÉ S. PONCE



La primera vez que lo vi pensé que era tan inalcanzable para alguien como yo que ni siquiera intenté hablarle. Lo miraba a lo lejos, deseando que nuestros ojos se cruzaran. El encuentro de nuestras miradas bastaba para apaciguar mi anhelo de ser amado. Por meses me fue imposible cruzar palabra alguna con él, pues mi cuerpo temblaba al acercarme, mis palabras escapaban de mi cabeza y me era imposible atraparlas. Hasta que fui obligado a hacerlo. Hoy no soy capaz de recordar aquella primera conversación, sólo puede recordar como mi respiración se entrecortaba, mi corazón se agitaba y mis manos sudaban.

Sea lo que sea de lo que hayamos hablado aquella vez, comenzó a surgir entre nosotros una complicidad que se convirtió en una relación con el paso de los meses. Todavía no soy capaz de reconocer lo que él vio en mí pues todo en él es perfecto: sus brillantes ojos, su hermosa delgadez y hasta el flequillo que cae sobre sus lentes, mientras que yo dejo tanto que desear. Ni siquiera puedo decir que soy una buena persona. Al iniciar nuestra relación podía decir que me sentía pleno, pero pronto aquella plenitud fue sustituida por una incesante ansiedad, la ansiedad de verlo todo el tiempo, de sentir su cuerpo entre mis brazos, de ocultarlo. Me aterraba pensar que alguien mejor que yo podría enamorarse de él. De todos esos miedos él no supo nada, pues yo hacía lo imposible para que no se enterara aunque me era cada vez más difícil desde que comencé a seguirlo a escondidas ante la necesidad de ver con quién hablaba y a quién veía.

No había nada que deseara más que verlo el cien por ciento del tiempo. Sobre todo después de que al despedirnos se encontró con un hombre que era ajeno a su círculo de amistades. Pude ver a lo lejos como se abrazaban, se reían y se marchaban juntos sin que yo pudiera seguirlos. De inmediato sentí que mi piel comenzaba a hervir, que los poros de mi piel se abrían y exudaban, junto a la enorme impotencia de no poder ver con mis propios ojos a dónde se iban y que es lo que hacían.

Desde ese momento una terrible comezón se apoderó de mí. Esa noche no

paré de rascarme los brazos y las piernas. No paré ni aun cuando en mi antebrazo se empezó a formar una protuberancia. Al inicio parecía una pequeña inflamación producto del desgarre al rascarme. Pero pronto comenzó a crecer y a redondearse. Yo seguí rascando hasta que la piel se desprendió. Y debajo, en carne viva, se podían ver unas patitas como las de los escarabajos brotando de la protuberancia. Intenté quitarla de mi piel, pero me fue imposible pues parecía hecha de mí mismo. Me limité a seguirla rascando, hasta que la piel comenzó a sangrar.

La sangre brotaba de la protuberancia cada vez más parecida a un párpado. Aquella masa de carne saltó de mi piel esa misma noche. Pude ver cómo extendía sus patitas al dejarme. Luego abría las dos partes del párpado y dejaba ver un ojo idéntico a los míos; después, brincaba por los sillones con sus patas torpes, extendía sus párpados y salía volando por la ventana. Esa misma noche desde mi ojo móvil espíe en la habitación de mi novio. A partir de ese día llegó un poco de paz a mi vida pues mi ojo móvil podía seguirlo por doquier. Sin embargo, la tranquilidad no llegó pues la comezón que dio origen a aquel ojo no me abandonó.

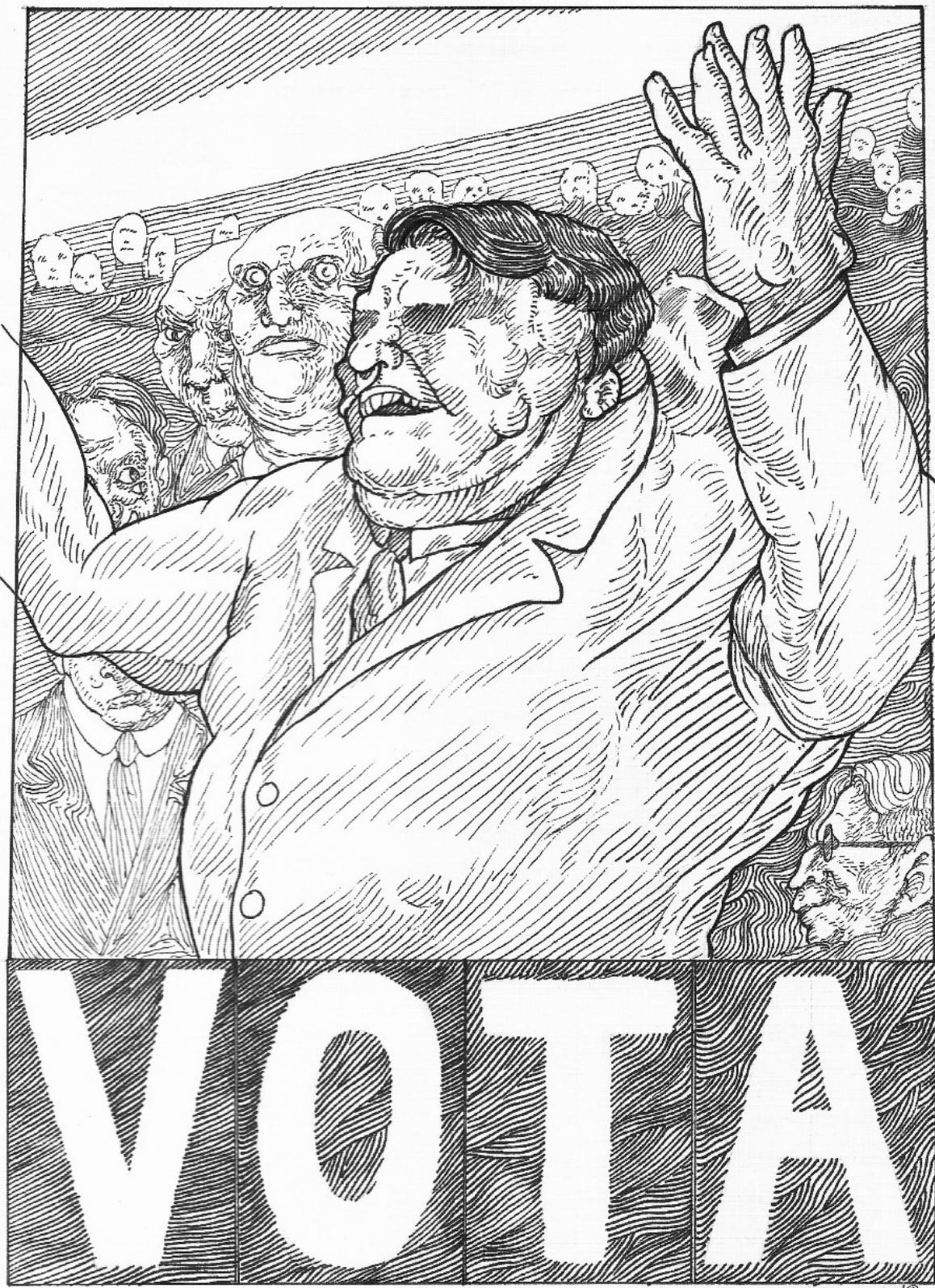
Mi piel comenzó a llenarse de sarullido. Que con el tiempo fue creciendo en tamaño hasta que toda mi piel se cubrió de protuberancias. Desde ese momento me negué a que mi novio me viera de nuevo pues era más horrible que nunca. Con el paso de los días miles de ojos móviles se liberaron de mi cuerpo y me reemplazaron. Libres fuimos todos hasta donde él estaba. Esta vez pude verlo: siempre.

José de Jesús Sánchez Ponce

(José S. Ponce) (Méjico, 1995)

Estudió Biología en la Facultad de Ciencias de la UNAM. Actividad que compaginó con la lectura y escritura de literatura de imaginación. Fanático de la animación. Ha publicado relatos en las revistas *Río Grande Review*, *Espejo humeante*, *Teoría Omicron*, *Exogénesis* y *Retazos de ficción*, en los podcasts Cuentos del bosque oscuro y Noche de Terror.

PROCEDIMIENTO ESTÉTICO - RAÚL S. MARTÍNEZ



El cuartel general del Partido de la Eternidad Instantánea apestaba todo el tiempo. Quizá porque cerca de ahí alguna vez corrió un río, ahora entubado y convertido en una cañería de capacidad metropolitana, pero la verdad siempre creí que todos los crímenes que se planeaban dentro de aquellas paredes pintadas en el más ignominioso tono de verde hedían por cuenta propia.

Entré al elevador. Una prostituta, profesión muy común de encontrar en un edificio repleto de funcionarios lascivos y corruptos, me hizo el favor de detener la puerta.

—Buenos días, guapo.

Agradecí su exquisito gusto en perfumes; un oasis en la peste habitual del lugar. También agradecí la observación. No me gusta mirarme en el espejo, pero siempre he sabido que soy guapo. Además, hay algo en la sinceridad de una prostituta que incrementa el efecto de sus cumplidos. Le dirigí media sonrisa. La tipa estaba buenísima. Su escote, inaceptable en el coliseo legislativo, aquí era una visión maravillosa un martes a las once de la mañana. ¿Quién sería tan incapaz de controlar sus impulsos eróticos que habría contratado los servicios de esa belleza pelirroja a la hora de la junta con el secretario Herrera Bertrán? La lista era interminable. Jiménez o Ruiz, quizá también Del Rey. Sólo por mencionar los que estaban en el octavo piso, a donde ambos nos dirigimos. Abandonamos el elevador y la vi entrar en la oficina de Del Rey. Clásico. Antes de seguir avanzando por el pasillo le di una última ojeada a su cadencioso culo. Maldije a Del Rey, un calvo panzón que no llegaba a los cuarenta, pero ya había sido nombrado secretario de asuntos extraterrestres. Las tensiones cosmopolíticas entre Ciudad Equis y Tierra Dos estaban en su peor momento y alguien había considerado una buena idea poner a ese subnormal a

cargo. Por su ineptitud la guerra estallará pronto, estoy seguro. Será la primera en trescientos años y probablemente por culpa de Del Rey. Pero qué buena estaba su vieja.

Llegué a la sala de juntas con dos minutos de anticipación. Estaba vacía.

Me arrepentí de haber llegado temprano, me hizo lucir como un don nadie. En realidad sí lo era, pero nunca hay que parecerlo. Tarde o temprano las oportunidades llegan para quienes saben navegar el podrido rumbo de la política galáctica. Yo llevaba tres años en el partido, casi desde que me gradué de la facultad y mi turno se acercaba, podía sentirlo. Llevaba la corbata de mi padre, la única pertenencia que dejó en casa el día que nos abandonó a mi madre y a mí. La encontré en su cajón y la guardé para evitar que mamá dispusiera de ella. Esa pinche corbata era horrorosa, evidencia del mal gusto de la generación anterior, la misma que con su imbecilidad y su egoísmo, de la mano del pendejo de Del Rey, estaba a punto de llevar a la federación galáctica a la guerra. La conservo porque me recuerda que tuve un padre, aunque fue por poco tiempo. En nuestra línea de trabajo a veces es difícil recordar ese detalle. Ante los ojos de la opinión pública todos somos unos bastardos. La verdad no los culpo, aunque también creo que es muy fácil criticar un sistema que desconocen y del que no se quieren enterar a menos que sea domingo de elecciones o que surjan carencias que antes no existían en sus respectivos mundos. Cuando eso pasa, sólo se quejan y se quejan, pero no proponen nada. Patéticos. Vi cómo Ruiz se preparaba un café y pensé que incluso los rebeldes que llevaban meses causando problemas por toda la galaxia, atacando naves comerciales y civiles, merecían un poquito más de consideración que el ciudadano promedio que sólo se queja pero

hace nada por combatir al gobierno corrupto e ineficiente del que, no me avergüenza decirlo, formo parte. Al menos los rebeldes decidieron hacer algo para mejorar la situación jodida que les tocó. Mi padre dejó a mi madre porque no soportaba a su suegra y los rebeldes secuestraban empresarios porque estaban hartos de las cargas impositivas de la federación; así es como funciona el universo.

La sala comenzó a llenarse. Ahí estaba Del Rey con el cierre del pantalón abajo. Se había tardado ocho minutos y a juzgar por el perfume y apariencia de su acompañante, esos breves instantes no fueron nada baratos. No sé por qué pensé en la tarifa, si es en lo que menos debes de pensar cuando contratas esos servicios. ¿Me estaría convirtiendo en un miserable con la inhabilidad para gozar de los frutos de mi trabajo? Quizá sentí culpa al darme cuenta de que una gran parte del dinero de los contribuyentes se iba en todo tipo de vicios, excepto arreglar las calles o mejorar el alumbrado, pero la verdad, aquella señorita haría mejor uso del dinero de Del Rey, es decir, del dinero público, que los anónimos contribuyentes que acusaban la ilegitimidad de nuestros nacimientos.

—Buenos días —el secretario Barrera Bertrán entró seguido por su asistente, quien también estaba buenísima.

—Buenos días —respondió toda la sala, poniéndose de pie. Era una costumbre arcaica, pero un partido hegemónico no podía considerarse tal sin conservar algunas tradiciones obsoletas en el mundo real.

—Qué facha tan desagradable tienen todos, carajo —bromeó el secretario Barrera Bertrán—. Hasta parece que mi vieja también les quitó su mansión en San Pedro treinta y tres. Ánimo, señores —aplaudió dos veces para enfatizar —Hemos tenido un excelente trienio...

¿Cómo era posible que Herrera creyese sinceramente que los últimos tres años habían sido buenos para nadie que no fuese él?

—Y vamos por más. La semana pasada asignamos la mayoría de candidaturas que se juegan en junio, sólo faltaron los candidatos a gladiador legislativo de tres planetas: San Arturo Once, San Tito Trece y San Otilio Seis. ¿Quiénes de aquí son los chingones?

La sala permaneció en silencio. Todos sabían que aquellos mundos representaban un suicidio político. Posiblemente un suicidio a secas. El único planeta relevante era San Arturo Once, pero también era uno de los pocos representados por la oposición. Jamás ganaríamos en un planeta-colonia lleno de ejidatarios mojigatos. San Tito Trece había sido hecho mierda por la armada ante las amenazas de insurrección hacía menos de un año, así que seguramente el candidato sería abducido por aquellos granjeros extraterrestres sin darle chance siquiera de llegar a las elecciones. Ni madres. Herrera Bertrán oteó la sala con una mueca cruel.

—Este es el verdadero precio del poder, hijos de la chingada, ¿quién quiere tantito?

Nadie respondió. El incompetente de Del Rey se subió el cierre discretamente.

San Otilio Seis era un caso distinto. Después del descubrimiento de Tierra Dos, fue uno de los primeros mundos en ser habitado. A esas alturas, los recursos públicos eran insuficientes para el esfuerzo espacial y el alcalde de aquel entonces se vio forzado a permitir que particulares metieran mano en el negocio. Licitaciones y todo. Bueno, *licitaciones*. Uno de ellos, Guillermo Canseco, Carrasco, o algo, decidió que ese mundo le gustaba para inau-

gurar una planta química construida sin el más mínimo estudio de viabilidad, recortando costos por todos lados y contratando personal con base en compadrazgos en lugar de competencias. Lo normal, pues. Ni seis meses duró la pinche planta esa antes de que explotara, contaminando toda la región hasta el momento habitada. Una tragedia.

Pero los seres humanos son más resistentes de lo que parecen, pienso yo. No es que esto le importe a nadie, pero mi padre aguantó ocho balazos antes de estirar la pata, narraron los noticieros años después de que rescatase su horrible corbata del cajón. La polución de los mantos freáticos y el aire del valle donde se asentaba el centro urbano y la planta en San Otilio Seis provocó horrendas mutaciones en la gente. Sin tener a dónde ir —el alcalde declaró el mundo en cuarentena y envió una flotilla de naves a hacer patrullaje orbital— y sin poderse morir, en pocos años esos pobres malnacidos pasaron sus mutaciones a la siguiente generación. San Otilio, limpio ya de contaminación y con la planta operando a la perfección, se convirtió de nuevo en un mundo común y corriente, excepto que está habitado por la gente más monstruosa de toda la galaxia.

—¿Qué pasó con Ochoa, secretario? —preguntó Ruiz.

Jaime Ochoa era nativo de San Otilio y había militado en el partido durante una década. Había ocupado el cargo de gladiador legislativo durante ese tiempo y era, naturalmente, el hombre más incómodo de observar en todo el partido. Además, cuando visitaba el cuartel general, la peste del lugar se exacerbaba. Aquella no era una característica de todos los mutantes de San Otilio. Yo lo sabía; una vez pasé la noche con una nativa. Tenía tres tetas y me daba curiosidad. Olía muy bien y era una mujer educada. Quizá la peste de Ochoa sólo se debía a su pobre higiene personal.

—Está bajo investigación. Alguno de los periodistas de Semanario Metatrón publicó un reportaje acusándolo de enriquecimiento ilícito y tuvo que dimitir en lo que todo se aclara. La nota salió hace dos días, Ruiz, ¿en qué galaxia vives? Hazme el favor de agarrar tus cosas y llevarte a la chingada.

Ruiz hizo lo propio, cabizbajo y en silencio.

—Mala suerte, campeón —le susurró Del Rey cuando pasó a su lado.

—¿De verdad nadie, cabrones? —preguntó el secretario Herrera Betrán en el instante en que Ochoa cruzó la puerta.

Si quería llegar a ser alguien antes de quedarme pelón como Del Rey, llegar a las juntas con el cierre abajo y tener a una pelirroja esperándome en calzones en mi oficina, algo tenía que hacer al respecto. Los rebeldes reclamaban lo suyo, mi padre nos había abandonado. Me puse de pie.

—Yo, señor.

—Ese es el tipo de gente que necesita el partido, chingá. Moya, Mugica, ¿Muñiz?

—Muñoz, señor, Vicente Muñoz.

—Muy bien, pues. Sandrita, anótalo por favor. Excelente, Muñoz. ¿Quién más? Que no tengo todo el día...

Dejé de prestar atención y la verdad no recuerdo quiénes fueron designados como candidatos a los otros dos planetas. Me daba igual. Ser gladiador legislativo a los veintiséis era un gran salto. Cuando terminó la junta seguí discretamente a Del Rey y esperé afuera de su oficina casi una hora para ver si su acompañante estaba disponible, pero jamás sucedió. Decidí salir a comer a alguno de los restaurantes del barrio de la intersección para celebrar, quizás incluso llamar vía ansible a mi madre para darle la noticia. Era el mejor día de mi vida. Estaba tan de buenas que has-

ta ganas me dieron de seguir pensando en mi padre y en que quizá estaría orgulloso de mí. Caminaba hacia la salida del edificio cuando alguien me tomó del brazo. Era Sandrita.

—Qué bueno que te encuentro, Muñoz, toma. Estás programado para cirugía mañana a mediodía, por favor en ayunas. Aquí está la dirección de la clínica.

No entendí a qué se refería. Nunca me habían operado. Le hice saber a Sandrita precisamente aquello.

—Estabas tan contento de haber sido designado que ya ni te dijimos nada, hasta el licenciado Herrera se conmovió de verdad. Un poquito. Tienes que parecerle a Ochoa. Bueno, a todos ellos. De la cirugía ni te preocupes, ¿eh? Es ambulatoria. Las maravillas de la ciencia médica, ¿no? Bueno, te dejo, guapo, porque tenemos una llamada con el señor alcalde. Bonito día.

Me dio un beso en la mejilla y se alejó apresuradamente hacia el elevador. También estaba buenísima, era pelirroja y olía delicioso, pero cuando me dijo guapo, no me sentí tan bien como en la mañana.

Me bebí tres bourbons antes de concluir que ser desfigurado con el objetivo de ocupar un cargo de elección popular ni siquiera alcanzaba el *top diez* en la lista de cosas deleznables que alguien ha hecho para saborear un poco de poder. No llamé a mi mamá y dejé de pensar en mi padre. Me quedaban pocas horas siendo guapo y decidí aprovecharlas al máximo. Pasé la noche en mi departamento acompañado de dos señoritas a las que veía una vez al mes. No eran Sandrita o la otra pelirroja, pero había contratado sus servicios tantas veces que me gustaba creer que habíamos generado un vínculo real. Ambas fingieron estar tristes por mi decisión. No sólo alteraría mi apariencia definitivamente para convertirme en un mutante, también tendría que mudarme a un planeta-colon

nia y abandonarlas a su suerte en aquella ciudad repleta de malvivientes, me recriminaron con un poquito de teatralidad mientras se volvían a quitar la ropa.

A la mañana siguiente, en ayunas, me dirigí a la clínica. El doctor me explicó cómo sería el procedimiento estético.

—No podemos replicar las condiciones que provocaron las mutaciones originales, pero podemos hacer que luzcas casi como uno de ellos —sonrió.

La recuperación fue menos aburrida de lo que pensé. Estaba en lo cierto, le caía lo suficientemente bien a mis amigas de ocasión como para que me visitaran, pagando la hora completa, claro. No cogíamos, pero me contaron anécdotas de su trabajo y vimos películas echados en el sofá. Me encanta *Historias del apocalipsis zombi*, de Wilhelm Barceló. La vimos una vez al día durante tres semanas.

Cuando por fin iniciaron las precampañas, había terminado de acostumbrarme a mi nuevo cuerpo.

Ahora cojeaba. Tenía joroba y protuberancias por todo el cuerpo. Mis vértebras se marcaban en la espalda y mi tono de piel se acercaba al gris o quizás al verde. Mi cráneo era irregular, pero no me había quedado calvo y mis erecciones seguían funcionando a la perfección.

Dos semanas antes de las elecciones, Raquel Ballado, mi asesora de campaña, me miró con asco. Como no eran mis amigas, Sandrita o la pelirroja que no había vuelto a ver, no me ofendí, pero consideré inaceptable que una subordinada mostrara tal falta de educación.

—¿Qué pasa, Rac? —pregunté.

—Vamos pésimo, señor. Veinte puntos abajo del candidato de oposición.

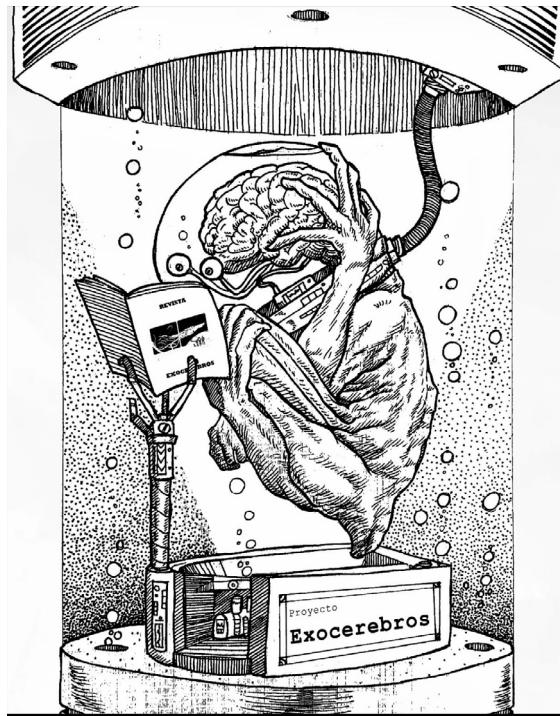
—¿Tan abajo? ¿Por qué?

—Los sanitolianos saben que no es nativo, señor. Y las encuestas sugieren que

su procedimiento es interpretado como un intento burdo de ganarse al electorado. En la red informática se menciona con frecuencia su *desconocimiento de las necesidades del planeta y desdén por el estilo de vida sanotiliano*. Se me ocurre una estrategia, señor, pero a dos semanas de la jornada electoral, me parece muy arriesgada.

—Ballado —usaba su apellido cuando quería dar una orden—, te pagamos para que tengas ese tipo de ideas.

Me casé con una nativa después de una breve pero intensa búsqueda de la mujer ideal. Ballado tenía razón, no sólo fue muy arriesgado, también fue inútil. Perdimos la elección y tuve que conformarme con el puesto de cabildo en el ayuntamiento local. El día de la toma de protesta usé la horrenda corbata de mi padre y sí llamé a mi madre, aunque la verdad no sé bien por qué. Considerando el resultado final, puedo decir que soy más feliz aquí que en Ciudad Equis; la contaminación que originó esta raza de monstruos que ahora son mis paisanos se disipó hace décadas y San Otilio volvió a convertirse en el paraíso que era cuando lo encontramos. El ayuntamiento local siempre está limpio y huele a jazmín. Además, mi esposa tiene tres tetas.

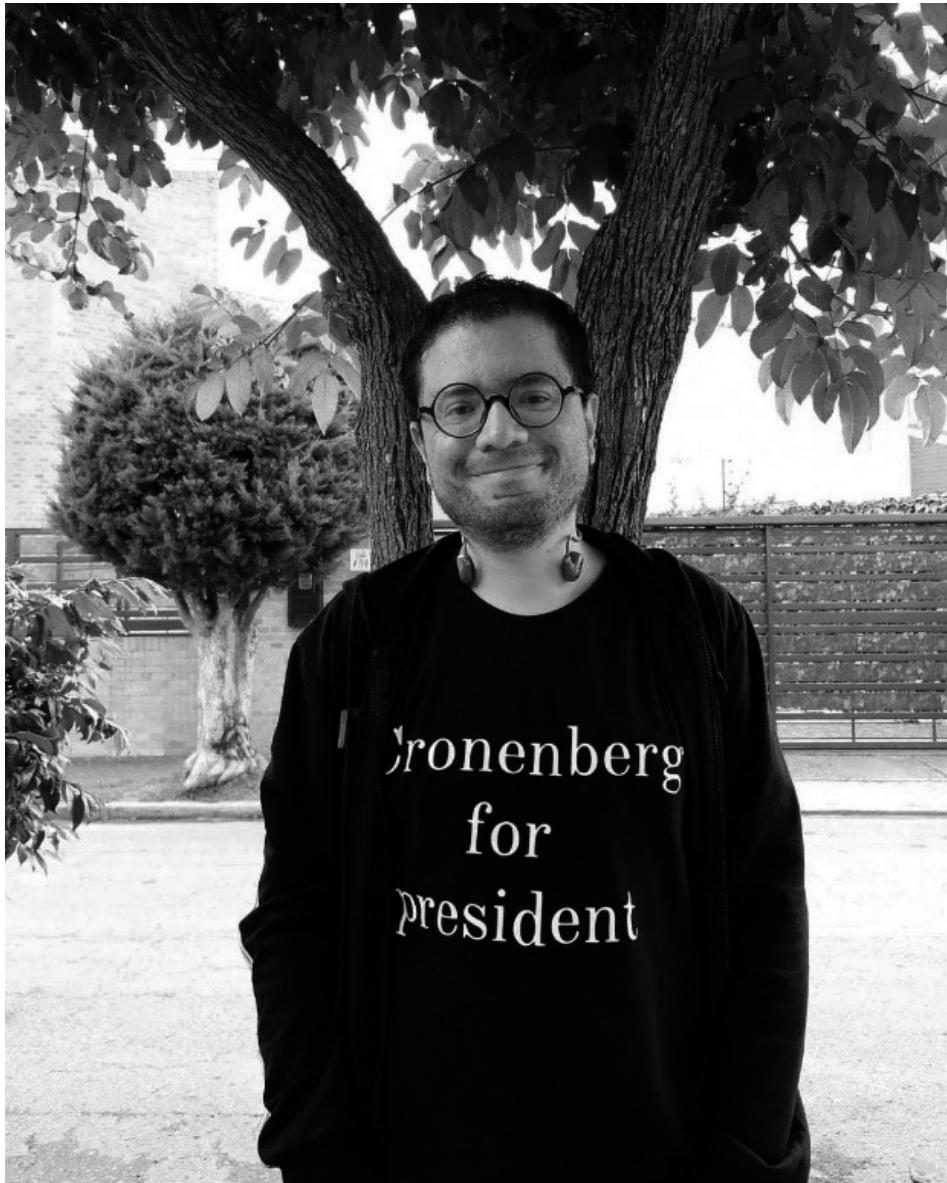


Raúl S. Martínez

(Méjico, 1989)

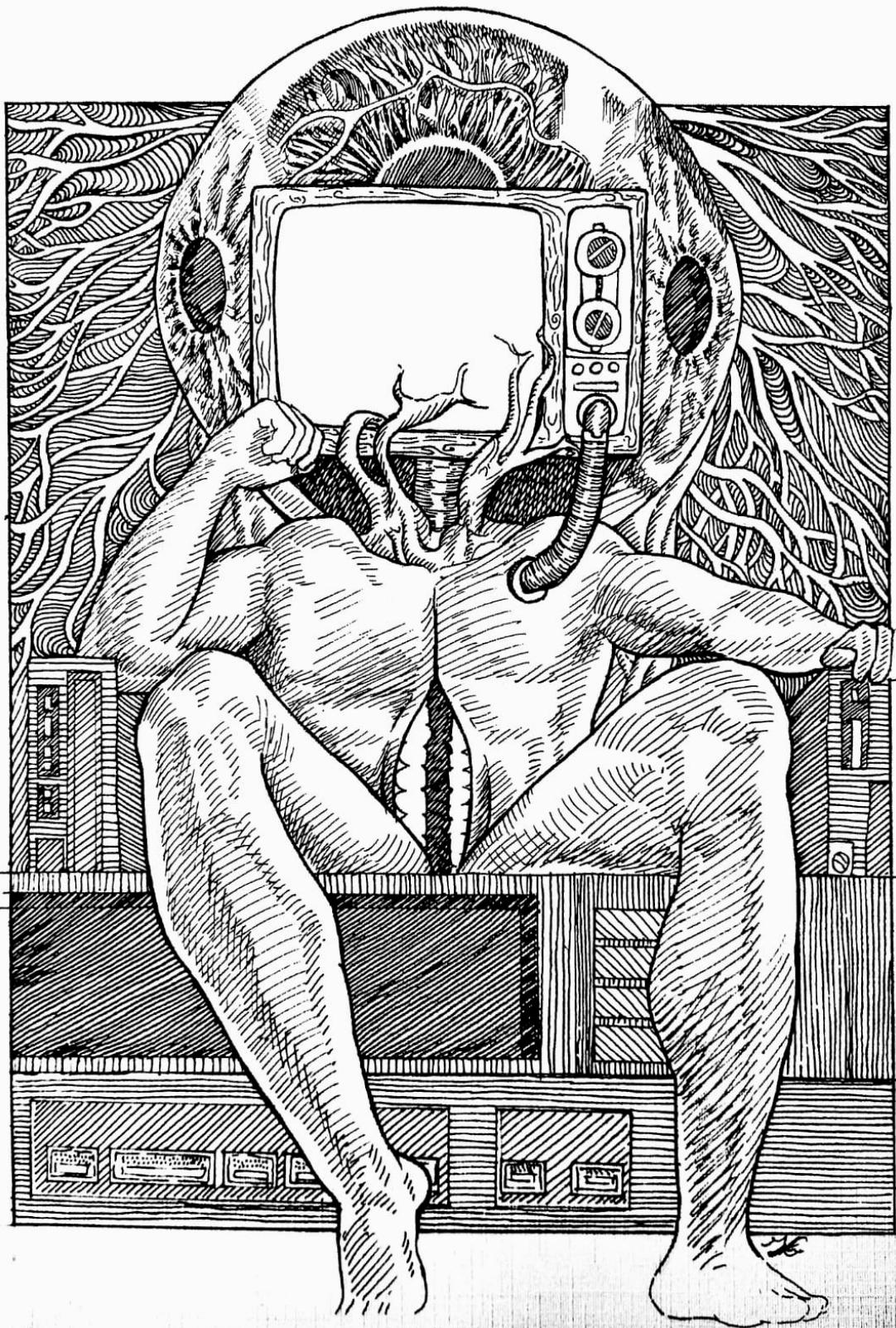
Escritor de ficción especulativa. Colabora con diversas revistas literarias de México e Hispanoamérica y en 2020 publicó *Ahora tenemos vino*, su primera antología de ciencia ficción. Cuando no está escribiendo, fabrica hidromiel y visita destilerías en búsqueda del mejor mezcal.

INVITADO ESPECIAL DE ESTA EDICIÓN



Camilo Ortega a.k.a. Hank T. Cohen a.k.a. metafisicoculturista (Bogotá, 1990) es el autor del libro de cuentos *El Pornógrafo* (Ediciones Vestigio, 2019), *Traumatismo pancreático* (Ediciones Vestigio, 2022), La magia en la época de su reproducibilidad técnica (La plena noche, 2024) y co-autor de Balazo fecundante. Es literato y magíster en Escritura de la Universidad Nacional de Colombia. Sus relatos han aparecido en las antologías *Criaturas artificiales*, *Contaminación futura*, *Quiero la cabeza de Bram Stoker*, *Cromosoma Splatter*, además de las revistas *Phoenix*, *Amalgama*, *Ficcionrama*. Puede que sea Thomas Pynchon.

EL PORNÓGRAFO



Well, I had no idea how quickly the horror community – and it is a community – would wake up to the idea of scary porn. I wanted to release books that would give the reader a boner, but leave them too terrified to do anything about it.

Dean Learner From now on, I'm opting for ontological terrorism.

Grant Morrison, *The Invisibles*

True pornography is given us by vastly patient professionals.

Thomas Pynchon, *The Crying of Lot 49*

I

Un Ojo gigante ocupa una cama rodeada por cámaras y luces. Gira y explora el estudio a su alrededor. La pupila se dilata y las venas se hinchan. Está cubierto de agujeros que se abren y cierran como la boca de un pez. Chupan las sábanas y tragan aire mientras supuran líquido transparente. En el tejido que rodea el iris azul, los agujeros están juntos, apenas separados por una membranilla. Es como un panal que intenta respirar. El actor entra al estudio mirando hacia el suelo. Con la mano mueve su pene bajo la ropa interior, no logra tener una erección. No levanta la cabeza, son las instrucciones; tiene que adaptarse gradualmente antes de verlo. Escucha una respiración leve, casi ahogada. Las cámaras funcionan automáticamente. En el estudio sólo están el actor y el Ojo. El actor levanta la mirada y deja de respirar por un momento. Ahora está seguro de que no va a tener la erección. Sin embargo, la tiene de inmediato. No es que esté excitado, pero la ayuda química que le dieron antes de entrar funciona con el miedo.

El actor avanza y se arrodilla en la cama. Con cuidado, acaricia la superficie del Ojo sin tocar la pupila; podría irritarse. Los dedos se le enredan en los agujeros de la superficie. El Ojo se mueve hacia él y lo mira. Tal vez, ver y moverse sean las únicas cosas que puede hacer. El actor mete un dedo en uno de los agujeros que rodean el iris; los bordes se resisten, pero luego siente succión. Hunde completamente el dedo y no alcanza a tocar el fondo.

El actor se pone de pie, se quita la ropa interior y mete el pene en el mismo agujero. Los bordes se resisten de nuevo. Luego el Ojo lo recibe como si no quisiera dejarlo ir. El actor aleja la mirada, piensa en los labios de su esposa. Así está pagando las cuotas de los hospitales para su hija y, si sobra, la universidad. No sabe qué pensar, lo que hace el Ojo no se siente mal. El actor mueve el vientre hacia adelante mientras piensa que está dentro de algo más o menos humano. Cuando saca el pene del Ojo, lame el agujero que conserva el gusto de su propio sudor, y luego pasa por la pupila; el Ojo no se irrita. Hunde la lengua en un agujero, siente cómo su nariz choca contra la superficie fragmentada. Es difícil encontrar un clítoris en un agujero que es más una herida abierta.

Un trozo de carne sale con fuerza a través de uno de los agujeros. Es similar a un brazo, pero mucho más grande: es rollizo, palpita y tiene un extremo como un puño cerrado con una llaga que parece mirar al frente. La extremidad se lanza a la cara del actor, entra a su boca y se le hunde en la garganta. Él se mueve hacia atrás sin sacarla de la boca. Intenta toser. La extremidad avanza más. El actor parece arrepentido, tal vez las lágrimas son porque se ahoga. Los agujeros se abren y se cierran, como intentando decir algo. De algunos salen extremidades similares; el actor hace un buen trabajo. Los trozos de materia y carne avanzan; el Ojo parece un puercoespín hecho de genitales.

Cuando alguien ve una escena así, o incluso si lee su descripción detallada, su cerebro no interpreta correctamente lo que está pasando. La información que no puede ser asimilada se acumula en una burbuja en el centro del cerebro. Un tumor hecho de pornografía. La cabeza puede encogerse hasta cuatro centímetros. La persona experimenta una fuerte migraña y, entre otros síntomas, la muerte en menos de seis horas.

La escena entre el Ojo y el actor solo la vio Ezra, un Operador con muerte cerebral. Tras darse cuenta de los efectos secundarios de los videos y de los problemas que traían para la contratación, Pafko, agente del P-35, compró personas en estado vegetativo en los hospitales y las transformó en Operadores. Al empezar el proyecto, Pafko tardó varias semanas modificándolos quirúrgicamente para darles varios niveles de telepatía. Al comienzo, pocos sobrevivieron al proceso. Los Operadores se inflaban hasta ahogarse con su propia piel o los consumía un cáncer arcano acelerado.

Cuando la información llega al Operador desde las cámaras, él proyecta una serie de ideas en la cabeza de la otra persona. En este caso, Pafko. Es como si le contara lo que está pasando. Al no ver la información directamente, sino a través del Operador, no muere. Es un espectro semiótico que la mente llena al imaginar lo que el Operador le dice. Si el Operador ve una cebra, el espectro semiótico es la sugerencia de un tamaño, un peso y la idea de un burro con rayas. En los casos de escenas más complejas, el espectro sugiere las ideas de los elementos ontológicos y físicos que forman a un burro y a las rayas. El receptor imagina y une las partes en un mismo espacio. El uso de este proceso tiene la ventaja de dar imágenes con mejor definición, con todos los movimientos y mayor seguridad que las del resto de los telépatas en el mercado.

Ezra fue el primero que sobrevivió al proceso de adaptación quirúrgica. Tiene un par de cables conectados a las cuencas donde solían estar los ojos. Las imágenes que graban las cámaras del estudio se transmiten a través de los cables. Para morir por pornografía hay que reflexionar sobre ella. Ezra, por su condición, está protegido.

—Siempre hay problemas con la erección —dice Pafko, poniéndole una mano en el hombro a Ezra—. A los actores les damos una dosis tan alta de sinedafil que podemos dejarlos ciegos y sordos de un solo lado. ¿Sabes que el Viagra sirve para curar el jet lag en hamsters? —A Pafko le gusta darle información que puede interesarle a Ezra. Sabe que él puede escucharlo—. Imagina que alguien sopla mientras te hace sexo oral —continúa Pafko—, aunque tiene que ser mucho aire. La burbuja llega al torrente sanguíneo y puede matar en minutos. Se llama embolia genital. No es muy común y le pasa más a las mujeres.

El actor se saca la extremidad de la boca. Demora un poco; le había avanzado mucho dentro de la garganta. Parece que respirara a través de ella; no había otra manera de darle sexo oral sin ahogarse. Se pone de espaldas al Ojo, tarda en localizar su ano y en dirigir la extremidad hasta ahí. Empuja suavemente y se da cuenta de que debe forzarlo. El Ojo se deja llevar por los movimientos del actor, luego avanza un poco y la extremidad entra. No es natural que un ano se expanda tanto. Pafko se sorprende. Los agujeros del Ojo se contraen, parece que el tejido exhala. Empuja con un solo movimiento mientras el actor se acomoda para tener más estabilidad. Casi lo parte por la mitad. Con el segundo embate, el actor grita tan fuerte que Pafko cree oírlo. Aunque es imposible, los cuartos están cubiertos de aislantes de sonido. Tal vez es la impresión del espectro semiótico.

El actor no para de gritar. La piel de las manos se le rompe en heridas que lo miran. La extremidad avanza más y sale por la uretra, que no puede ceder mucho y se revienta sin separarse del cuerpo. El Ojo lanza al actor hacia arriba, pero no deja de mirarlo. El actor sigue conectado a la criatura por un tubo hecho de carne que se aferra a su ano; dentro se ven restos de comida. El intestino es como la cuerda de un carrito de juguete. El actor cae en el suelo y se arrastra hacia las cámaras. Ya no tiene fuerza para gritar, el único sonido que sale de él se parece al de agua siendo drenada.

El actor intenta coger una de las cámaras. No puede avanzar más; el Ojo lo hala del intestino. El actor se lanza hacia adelante y el resto de sus entrañas se riegan en el suelo; luego se queda quieto al lado de la cámara. Las extremidades se extienden un par de centímetros más y el Ojo eyacula en varias direcciones. El semen parece lágrimas, como si el Ojo llorara por el actor.

El actor eyacula poco después. Muy profesional.

*

Pafko abrazó a Ezra. Le había tomado cariño, estaba seguro de que no podrían vivir el uno sin el otro. Le pasó la mano por el cabello un poco grasoso, debía lavárselo en la tarde. El abrazo duró un poco más, ya era un ritual.

Pafko tomó la cinta con la grabación. Sabía que ese era el modo de salvar al mundo, con el Pornógrafo. Él transmitiría la pornografía, haría que cada persona la recibiera y reprodujera una versión en su cabeza. A diario, cientos de gigas de pornografía pasaban en forma de ondas a través de la cabeza de una persona. El Pornógrafo hacía que las reprodujera. Que toda la humanidad pudiera hacerlo.

Pafko salió del cuarto, intentaba olvidar los residuos del espectro semiótico que le quedaron en la cabeza. Cruzó el edificio y entró a la habitación de AV, un espacio aislado en el que se podía ver el cuarto de control contiguo a través de un vidrio polarizado. En el centro de la habitación estaba el Pornógrafo, una máquina que lucía exactamente igual a una repisa de metal con un televisor viejo y un Betamax debajo. Pafko acarició la pantalla apagada. Lo hizo con amor, aunque sentía que había algo malo con esa muestra de cariño. Movió la máquina a través de la habitación vacía y la dejó contra la pared. Pafko agradeció que la máquina más poderosa del universo tuviera rueditas.

Un hombre alto y moreno, uno de los Observadores del P-35, entró a la habitación de AV cargando una silla, la dejó en el centro y se sentó. Pafko pegó en la cabeza del hombre varios electrodos que estaban conectados a una máquina de registro. Puso la cinta del Ojo y el actor en el reproductor de video del Pornógrafo. No había marcado la cinta, luego lo registraría. Debería estar en su casa, pero quería disfrutar la victoria. Hoy era el día en el que iban a usar el Pornógrafo en el estadio; y había un protocolo para no parar las actividades. Pafko haló los cables de los electrodos para comprobar que estuvieran bien pegados. El Observador hizo una mueca de dolor. Pafko salió del cuarto, comprobó que la puerta estuviera bien cerrada y se sentó al otro lado del vidrio polarizado. Ezra estaba a su lado. Pafko había cargado el cuerpo de Ezra a través del edificio; también él tenía rueditas. Pafko no quería estar solo.

La pantalla del Pornógrafo se llenó de ruido blanco. Los videos no se reproducían en la pantalla, sino que la pornografía llenaba el ambiente. La información casi se podía ver en el aire que se volvió denso y, por un segundo, fue atravesado por una

luz verde. El P-35 había logrado conseguir un proceso de transmisión más o menos estable al darle al Pornógrafo imágenes más fuertes. La pornografía es lenguaje y esos videos eran su forma más pura, un primer idioma, el nombre del universo o alguna metáfora mejor. Sin embargo, diez horas de pornografía tradicional no llenaban más de cinco centímetros cúbicos de espacio. Los videos en el Pornógrafo hacían que la transmisión de la pornografía fuera completa, que llenara espacios más grandes, incluso al aire libre.

El Observador se movió un poco en la silla. Aunque estaba vestido, su erección se notaba desde el otro cuarto. Era sencillo, un sistema binario, había excitación o no. Aumentó el pulso. El Observador movió las manos unos centímetros por encima del pantalón, a la altura del pene. No era masturbación, sino como si hiciera sonar un theremín imaginario. Pafko le llamaba "La escena del radio de onda corta". Era como si el Observador captara alguna señal usando su pene como antena. Había algo especial en ese momento, algo llegaba al Observador, aunque ninguno había podido explicar qué. Parecía que se volvían uno con el Universo. Después de cada jornada, los Observadores no recordaban la razón por la que lo hacían. Para Pafko, esa era la señal de que el proceso iba bien. Las pupilas no cambiaron mucho de tamaño y el Observador sonrió.

Pafko entró de nuevo a la habitación de AV; ya no había pornografía en el aire. Acarició de nuevo la pantalla del Pornógrafo mientras dos obreros del P-35 lo recibían y se lo llevaban para instalarlo en el estadio. A Pafko le costó separarse de él, lo invadía la nostalgia. Había trabajado en crear el Pornógrafo durante los últimos tres años de su vida.

El Observador seguía sentado, no le molestó la interrupción. Pasaron dos horas sin cambios, Pafko sacó una Jenga y

organizó la torre de madera sobre la mesa al lado del vidrio. Esperó un momento, dándole tiempo a Ezra para pensar. Luego movió una de las fichas de arriba por él. El Observador se masturbaba y algo dentro de su cabeza lo asustó de repente, como en una película de terror. Pafko vio a través del vidrio cuando el Observador se arrancó el pene. Nadie debería masturbarse y asustarse al tiempo. No con esa fuerza. El pene quedó colgando, había demasiada piel en los genitales. El Observador lo haló de nuevo, ya no por el miedo, sino para que no siguiera ahí, balanceándose. Se oyó la piel que se rompía, luego un crujido y el Observador sostuvo el pene fracturado.

—No. No. Esto no está pasando —le dijo Pafko a Ezra.

Con las manos ensangrentadas, el Observador se guardó el pene en el bolsillo. Se levantó, tomó la silla y la golpeó varias veces contra el suelo, hasta hacerla estallar en astillas. Pafko sostuvo la mano de Ezra mientras el Observador se golpeaba la cabeza contra la pared. Se oyó el golpe seco del hueso contra el cemento. Pafko cantaba en voz baja, no sabía si lo hacía para Ezra o para calmarse. Él mismo no se atrevía a entrar a la habitación de AV. Estaba sudando y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No. No. No así. No esto. Todo estaba en orden. No había errores —dijo Pafko apretando una ficha de Jenga hasta que se lastimó la mano.

El Observador se lanzó al suelo en posición fetal y lloró. Luego de un rato, se levantó y se apoyó en el vidrio. Parecía ver a través. Ezra lo miraba desde las cuencas sin ojos y llenas de metal. Pafko no sentía lástima por el Observador, sino por él mismo, porque había perdido todo.

La cabeza del Observador estalló, el hombre no había alcanzado a desangrar-

se. El cerebro reventó, la presión rompió el cráneo y dejó el vidrio cubierto de líquido rojo y blanco. Sangre y fluido cefalorraquídeo. El ruido de los dientes que caían era igual al del granizo sobre una teja. Solo la mandíbula quedó pegada al cuello, la lengua colgaba de ella, como haciendo una mueca. La vibración del vidrio tumbó la torre de Jenga y el cuerpo del Observador cayó hacia atrás.

Pafko intentó servirse un té, las manos le temblaban y el recipiente se rompió al caer al suelo.

*

La luz entraba por las persianas que no cerraban bien. Nicolás Fallopian dormía en su oficina con los pies encima del escritorio cubierto de libros de magia, cucharas metálicas, la cabeza reducida de Vladimir Lenin y dos teléfonos. Su corbata amarilla no combinaba con el resto de la ropa. A decir verdad, nada combinaba entre sí, ni con el hombre que lo usaba. Eran piezas de diferentes épocas compradas sin el menor sentido de coordinación ni gusto. Si alguien, bajo tortura, fuera obligado a decir algo bueno sobre el traje, sólo podría asegurar que era café.

La puerta, que tenía un vidrio roto con la mitad del nombre de Fallopian pintado en letras negras, se abrió de golpe. Pafko entró y lanzó sobre el escritorio varias fotos del Observador sin cabeza.

— Tengo un problema — dijo Pafko, señalando las fotos — . Este problema.

— Espere — dijo Fallopian, adormilado, y se levantó de la silla. Se frotó los ojos y estiró los brazos mientras caminaba fuera de la oficina y, al llegar al pasillo, se arrodilló frente a una máquina dispensadora. Golpeó el vidrio con un puño, esperó un momento, se levantó y volvió a la oficina. Bostezó y la lengua hizo un ruido pastoso contra el paladar. Cogió la cabeza

reducida de Lenin, regresó a la máquina y chocó la frente de Vladimir contra las teclas de la dispensadora. Sostuvo la cabeza reducida por la trenza que le había hecho con el poco cabello que le quedaba. La máquina se agitó, pero no pasó nada más. Fallopian regresó frente a Pafko.

— ¿Tiene un billete que me preste? Le debo mucho dinero a la máquina y ya empezó a cobrarme — dijo, mientras estiraba la mano.

— ¿Le debe a la máquina?

Pafko sacó un billete. Nicolás Fallopian lo tomó y salió de nuevo.

— No puedo curar la muerte — Pafko caminaba detrás de él — . No debería tener que pensar que no puedo curar la muerte. Y ahora el muerto voy a ser yo. ¿Está consciente de qué día es hoy?

Nicolás Fallopian metió el billete en la máquina, esperó y aplaudió en señal de victoria cuando un chocolate cayó al otro lado del vidrio. Lo sacó del dispensador, regresó a su escritorio y, con los ojos todavía medio cerrados por el sueño, miró una de las fotografías.

— Cálmese, doctor. Sé qué día es hoy — dijo Fallopian — . Vamos por partes.

— Está bien que los actores mueran, es necesario para hacer la pornografía — dijo Pafko. Caminaba rápido por la diminuta oficina. No había mucho espacio, así que parecía que daba vueltas en el mismo sitio — . Pero no que mate al Observador. Hice una prueba de rutina y el Pornógrafo mató a uno. Y eso le va a pasar a la gente del estadio. Yo no trabajo con melodrama.

— ¿Me ayuda, por favor? — dijo Fallopian, pasándole el paquete cerrado de chocolate — . Tengo dedos torpes.

— ¿No entiende? ¿Qué diablos le pasa? Va a morir gente — dijo Pafko sin recibir el chocolate.

— Lo que no entiendo es por qué esto

es mi asunto. Que mal, sin duda, pero ya me pagaron. Ya no trabajo más con ustedes.

— ¿Cómo puede decir eso? Va a ser un genocidio.

— En serio, cálmese. A ver, entonces, ¿qué va a pasar con el Pornógrafo?

— Hemos hecho esto sin incidentes por casi un año. Hoy va a ser la primera prueba masiva, hoy vamos a hacer funcionar el Pornógrafo en un estadio. Estará lleno de gente. Vamos a llenarlos de pornografía, de sentido, no a matarlos. Por accidente, podemos ser los culpables del primer acto de terrorismo pornográfico de la historia.

— Sigue sin preocuparme. Ustedes no harían esto sin estar seguros. Los errores pasan. Y, además, hace meses dejó de ser mi asunto. La gente suele morir. No es tan grave, algunos hasta regresan — dijo Fallopian, halando las esquinas del paquete de chocolate sin poder abrirlo.

— De diez Observadores que fueron expuestos en las últimas veinte horas al Pornógrafo, han muerto cinco. Ya habían salido de los ensayos, estaban tranquilos en sus casas. Empezaron a morir después de que esa prueba saliera mal. Les estalla la cabeza, así — dijo Pafko. Movió las manos sobre su cabello y luego señaló las fotografías.

— Bueno — dijo Fallopian, mientras se frotaba los ojos —, voy a llamar para que cancelen lo del estadio. No tiene por qué preocuparse por eso. No es difícil. Y ya.

— No va a pasar. Nos confiamos por los cientos de pruebas que salieron bien en los últimos meses. No hay manera de detener al Pornógrafo ya instalado. ORMAC va a seguir funcionando si la máquina es destruida. Incluso, va a ser peor, porque va a estar confundida. Estoy seguro de que el error es mío y, aunque no lo fuera,

Benjamín llegará a esa conclusión. Usted sabe cómo es, me matará. Usted fue uno de los que armó el Pornógrafo, sabe que el proceso es demasiado complicado como para frenarlo de repente.

Nicolás Fallopian entró a un cuarto pequeño al lado del escritorio. Salió sosteniendo un mazo de construcción manchado de cemento.

— Bien, si está dispuesto a pagar, puedo ir y romperlo. La forma más tradicional de exorcismo.

— Imbécil. Tómese esto en serio, por favor.

— Entonces lo dejo de plan B — dijo Fallopian, sonrió y apoyó el martillo contra la pared.

— No hay manera de detenerlo.

— Entonces, si no hay solución, ¿para qué viene? Esto no es un confesionario y tampoco soy un ingeniero. No puedo arreglar nada.

— No, usted no. Pero puede encontrar al que sí. Hugo Tomás Lucasmateo, él escribió el código del Pornógrafo y puede encontrar el error.

— Quiere que encuentre al tipo muerto y hable con él.

— Usted es el único que puede hacerlo. Por favor, ayúdeme.

— Bien, supongo. Entonces arreglemos el asunto de mis honorarios. Ya sabe que no son negociables y se pagan por adelantado — dijo Nicolás Fallopian, ofreciéndole de nuevo el paquete cerrado de chocolate.

PRELUDIO

Nicolás Fallopian se había hecho fama como encontrador de cosas desde que consiguió la bala cíclica que mató a Adolf Hitler en 1961, 1981 y 1997; halló y entrevistó a la piedra del muro de Berlín poseída por el alma de Jerry Seinfeld que le había dictado varias canciones en lemuriano a David Bowie en 1960; y también contrabandeó la cabeza reducida de Lenin para salvar de la hambruna a un pequeño pueblo búlgaro.

Seis meses antes del accidente con el Operador, el P-35 había contratado a Nicolás Fallopian para encontrar las piezas necesarias para armar el Pornógrafo. Dos hombres le habían consignado una cantidad exagerada de dinero en su cuenta y lo habían dejado en un búnker bajo tierra. Desde ese día, Nicolás Fallopian usaba pornografía para contar el paso de los días. Era una ceremonia católica. Cada mañana, grababa en un cassette los sonidos de la pornografía que había visto la noche anterior. En su calendario estaban registradas las cosas que veía.

Después de un mes de vivir en el búnker, Nicolás Fallopian se levantó de la cama que ocupaba casi la mitad de la habitación sin ventanas, se lavó la cara, encendió la grabadora y rebuscó entre las cajas de cartón que cubrían el suelo. Tomó una cinta al azar, intentando encontrar algún tipo de sentido en la entropía de la habitación, y la puso en el reproductor conectado a un televisor viejo junto a la entrada del cuarto. En la pantalla se veía una mujer arrodillada encima de un hombre que la penetraba. Luego llegó otro hombre, aunque vio el ano de la mujer que se abría por el movimiento, se sentó a horcajadas en las piernas del actor acostado y metió el pene en la vagina ya ocupada. La piel de los labios se expandió, amenazando con romperse. Sin embargo, no sangró. El hombre movía el vientre con fuerza para entrar completamente. Parecía que no iba a poder salir, era como una trampa china

para dedos. Por un momento, Fallopian consideró hacer lo mismo con un ano, tal vez no el suyo. Debía ser más difícil, aunque tal vez algo se quedaría atrapado.

Fallopian sacó la cinta del reproductor y, con un marcador, le hizo un punto, así sabría que ya la había visto. Tomó otra cinta de la caja más alejada de él, la reprodujo en el televisor y se sentó en el borde de la cama. Vio videos de accidentes de famosos en autos a toda velocidad. En la pantalla, el chasis de una limusina estalló contra las paredes de un túnel. Los rescatistas no pudieron abrir la puerta, había quedado trabada en el marco metálico. El cuerpo de una mujer colgaba hacia afuera de la ventana panorámica. El vidrio le había arrancado parte de la piel de la cara, dejando un agujero que le atravesaba las mejillas. Varios tubos de cromo salían de la cajuela atravesando el vientre de la mujer. El camarógrafo se acercó al agujero en la cara de la mujer y lo penetró con el lente. Si un esfínter no es suficiente, se hace otro. En las cajas también había grabaciones de exhibicionistas accidentales en la calle. Tratada correctamente, casi cualquier cosa puede ser pornografía.

Nicolás Fallopian tomó una cinta de *snuff*. En la pantalla aparecía un cuarto inundado de agua con una mujer suspendida del techo por cuerdas atadas a las manos. Un hombre con botas de caucho conectó una sierra circular que emitió un chillido al prenderse. El hombre hundió la cuchilla que giraba en el vestido de la mujer, movió la máquina hacia abajo y la tela se rompió junto con la piel. La cuchilla se trabó un poco con las entrañas que se iban derramando en el suelo mojado. En esos casos, las erecciones de Fallopian estaban más llenas de culpa que de fluidos. Después puso un *supercut* de varias escenas de *fisting*. Fallopian no estaba seguro de si podría mirar igual a alguien que lo hubiera usado como un guante.

Apagó el televisor. Se puso de pie, caminó por la habitación, se tambaleó un poco y apoyó la cabeza contra la pared.

Sentía que la respiración le fallaba y que la sangre circulaba más rápido. La pornografía se le condensaba en el cerebro en una palabra múltiple que era una imagen, un código y muchos sonidos, como un susurro pixelado y en varios idiomas. Fallopian no estaba seguro de qué significaba. Se le había fijado en la cabeza gracias a la señal telepática producida por Ezra, el Operador que estaba en la cocina. Un hilillo de sangre salió del oído de Fallopian, las gotas mancharon el tapete del cuarto. Corrió al baño, mojó una toalla y la apretó contra la oreja. Gritó en pornografía. Se mordió la lengua y se acostó en la cama.

Un par de horas después, Nicolás Fallopian oyó el ruido de una licuadora, se levantó y prendió una lámpara sobre el escritorio metálico de la habitación. Se puso los audífonos del walkman que reproducía los sonidos de los videos de pornografía, tomó varios rectángulos de cartón con fotos impresas de gente desnuda, las organizó sobre el escritorio y distribuyó las cuatro primeras en forma circular. Cada distribución sugería una letra que se le fijaba en la memoria, cada seno era un sonido; más que encontrar un pene o un clítoris, buscaba gramática. Trataba de encontrar en la pornografía el nombre del que la había creado. Era fácil encontrar los patrones entre dos cosas similares, como entre la caída de las bolsas de valores y el precio de las zanahorias. Lo complicado estaba en encontrar las pistas entre cosas que no iban juntas, como entre el sexo anal y la economía búlgara. Ese era el trabajo de Nicolás Fallopian. Así debía encontrar al creador de toda la pornografía del universo y encerrarlo en el Pornógrafo.

Nicolás Fallopian salió del cuarto. Llegó a la cocina. Sentado a la mesa, estaba Ezra, el Operador que le habían asignado, en ropa interior, dejando ver la piel segmentada por las cirugías, cicatrices que iban desde el cráneo hasta la cintura.

Fallopian tomó dos tajadas de pan, las puso en la tostadora y esperó.

El día que lo trajeron al búnker, Ni-

colás Fallopian había visto en esa misma cocina a Benjamín, el fundador del P-35, un hombre en silla de ruedas con una manta extendida sobre las piernas. Tenía un bigote poblado, gafas de pasta negra y era un poco obeso. Una mujer vestida con un traje de látex negro ajustado al cuerpo se acercó al hombre, le desabotonó la camisa y le quitó la manta de las piernas. Al verlo desnudo, Nicolás Fallopian apretó contra el pecho los audífonos que siempre llevaba con él. El hombre tenía una vulva que se extendía desde el esternón hasta el vientre. Varias manos hechas de carne sin piel salían de dentro del hombre, empujaban los bordes del agujero y los sostenían a los costados del cuerpo, como fórceps quirúrgicos. Los labios menores se movían a los lados mientras las manos intentaban sostenerlos y se resbalaban en la superficie cubierta de folículos. Dentro del pecho del hombre se veía una masa roja hecha de entrañas que se movía convulsivamente, como rechazando el aire. Las piernas estaban hinchadas y casi no cabían en la silla. Eran dos inmensas masas de carne blanca que se apretaban entre sí. Bajo la piel de las piernas se movían largos hilos de tejido, que parecían gusanos buscando una salida, agrietando la piel del hombre.

La mujer del traje de látex había cogido un plato de sopa de la cocina y lo había vaciado en el agujero de la herida. El líquido humeante se perdió en las entrañas. Nicolás Fallopian oyó el sonido de algo que sorbió el líquido y luego la voz del hombre. No movía los labios. La vulva se abría y cerraba. El sonido salía de allí.

—Soy Benjamín, Director del P-35 —dijo el hombre—. Soy el primer sobreviviente de mis experimentos con pornografía. Algo que aún no he logrado entender fornica conmigo sin parar desde hace veinte años. Es tener sexo por primera vez y nunca terminar. Habría pedido que me mataran, pero usted no se imagina el placer que siento, no puedo renunciar a esto. Supera al dolor. Tuve que volver a aprender a hablar y a respirar correctamente

adaptándome a esto. Usted no muere al verme porque la pornografía sucede dentro de mi cuerpo. Se preguntará por qué lo he traído aquí. Usted es el único que sabe cómo encontrar cosas correctamente. Fallopian, la pornografía le habla, estoy seguro. Usted sabe lo que busco. Por eso lo hice traer. Disculpe la manera, era más fácil así.

— Voy a agradecerle porque el secuestro me evitó tener que discutir con un búlgaro al que creo que le debo la renta.

Ha sido complicado saberlo, porque la gente de Bulgaria tiende a hablar exclusivamente en búlgaro, pero creo que estamos bien, en general. Aparte de la deuda, claro. Y ya que muy amablemente usted arregló el asunto de mis honorarios, estoy dispuesto a escucharlo —dijo Fallopian metiendo los audífonos en el bolsillo de la chaqueta, intentando no mirar el pecho de Benjamín.

— Hace dos días, un hombre se prendió fuego tras matar a hachazos a su familia. Las armas se le dan a cualquiera y luego la gente las dispara en lugares públicos. Nadie puede salir sin preguntarse si una bomba lo volará en pedazos. El mundo se está acabando.

— La definición del final del mundo varía mucho. El mundo siempre ha tenido lo que usted dice. Si tuviera razón, todo se ha estado acabado muy lentamente desde que empezó. La anomalía es obvia, es cierto, pero no es que el mundo se esté acabando, sino que estamos en un universo que no es de nuestra talla, nos queda apretado.

— No, se ha ido agravando. La paranoia está en el aire. Contagiamos el miedo a través de la información. La muerte no es tan grave, porque significa descansar. Pero igual nos aterra. El problema es que tenemos que vivir con lo que sea que nos está pasando, con el pánico de vivir. La desgracia es espiritual, no física. La información en el universo está hecha de miedo, nuestro cáncer es multimedia.

— El mundo lo asusta, lo entiendo.

En la lavandería quemaron mi chaqueta. Ahora nada tiene sentido. Sin una chaqueta completa, la vida no merece ser vivida —dijo Fallopian mostrándole la manga a Benjamín—. Todo es aterrador, aprenda a vivir con eso. Nos pasa a todos.

— ORMAC es una inteligencia que viene de otro universo —dijo Benjamín—. Llegó poco después de que todo fue creado y se fijó en la raza humana. No eran muy entretenidos, pero tuvieron sexo. ORMAC quedó fascinada al verlos. Poco a poco los obligó a probar cosas más arriesgadas mientras ella los veía y reproducía las imágenes telepáticamente en la memoria colectiva de los humanos. Ese fue uno de los primeros lenguajes. ORMAC le enseñó la pornografía a la humanidad, hubiera sido imposible que ellos hubieran tenido esa idea por sí solos. Gracias a ORMAC hay escenas de sexo en pinturas rupestres y coprofilia en los celulares.

— Hasta este momento, aparte de algunos detalles, usted suena como un muy mal villano de cómic. Lo he investigado. Usted sabe eso. Y definitivamente no tiene un buen perfil.

— Me he equivocado, cierto, pero era necesario. Quiero que encuentre a ORMAC y la capture. Que construya el Pornógrafo. Debe ser una trampa y una máquina de emisión. Al transmitir la señal, la gente no hará otra cosa que tener pornografía en la cabeza. Cuando usted se golpea, su cuerpo produce endorfinas que intentan parar el dolor. Al entrar en contacto con la transmisión del Pornógrafo, él no dará pornografía, sino que hará que el cuerpo la produzca naturalmente. Un estado de excitación constante. No podremos ni movernos para dañar al otro. Se acabarán las guerras, el odio y podríamos superar el miedo. Orden para el Universo. La pornografía que vemos a diario es nuestra única identidad verdadera; la selección de un video o de una imagen particular entre millones de opciones está determinada por quienes somos. Solo somos nosotros mismos con la pornografía. ¿Está

convencido?

—No. Pero mi trabajo es buscar cosas. Y, en ocasiones, encontrarlas. Usted me está pagando lo suficiente para lidiar con esto y para que ni el búlgaro ni yo lo juzguemos.

Cuando Benjamín se fue del búnker, Pafko le mostró a Fallopian su habitación, le dio en una bolsa una tarjeta con su nombre, una libreta y un lápiz infinito. Le puso un *lanyard* a la tarjeta.

Había pasado un mes desde esa conversación, pero parecía mucho más. Los días pasaban lentos en el búnker. Nicolás Fallopian se comió una tostada y dejó otra frente a Ezra. Si Benjamín tenía razón, ORMAC se replicaría en la conciencia de cada ser humano. Cada persona produciría pornografía naturalmente y no haría nada más. Toda la humanidad sería parte de la misma mente de enjambre. El mundo funcionaría. Fallopian oyó un golpe. Caminó hacia el taller. Era la única habitación completamente blanca, estaba rodeada de cámaras. En medio había una caja metálica de la que salían decenas de cables unidos a las paredes.

Al lado de la caja estaba el chasis del Pornógrafo, compuesto por Deep Blue, el computador que derrotó en varios juegos de ajedrez a Garry Kasparov en 1996, conectado al primer reproductor de Betamax, fabricado el 10 de mayo de 1975, culpable de tres masacres en Groenlandia esa misma semana. Del reproductor salían varios cables de colores que estaban conectados a los terminales metálicos debajo de los ojos, en la nuca y en la garganta de Hugo Tomás Lucasmateo, que estaba arrodillado en la mitad del taller. De las manos le salían varios dedos metálicos que se intercalaban con los de carne; los cables que los conectaban a su cuerpo se veían bajo la piel. Movía las extremidades en el aire, tocando algo que sólo él podía ver, las pupilas se separaban en fragmentos que se distribuían en los ojos; le susurraba código a la máquina, conversaba con ella. En el fondo de la habitación estaba

sentado Pafko; Fallopian lo había llamado. No lo había visto desde el primer día en el búnker, pero estaba seguro de que lo vigilaba a diario a través de las cámaras.

—¿La encontró?

—Casi. Algo así. Ya está entre nosotros. O está en camino de estar entre nosotros. Estará en camino de estar entre nosotros, al menos. Pero pronto —Fallopian se acercó a la caja metálica y le dio un par de golpes.

—¿Le lavó los dientes? —dijo Pafko.

—¿A ORMAC?

—No, imbécil, a Ezra.

—No comió.

—Yo sé que no come, pero debe lavarle los dientes a diario. Lo ha hecho, ¿cierto?

—Sí, supongo. Igual, no se va a quejar.

—¿Fue difícil encontrar a ORMAC?

—No hay que buscarla, hay que atraerla. Y ya está acá. Teóricamente. No puedo ni tengo que buscarla en un universo infinito. Hay que verla como es realmente. Todo lo que usted conoce es un holograma, la realidad que usted experimenta no existe. Imagine un cuarto completamente blanco lleno de todas las conciencias. Ahora imagine que toda la información que existe en el Universo está en medio de esas conciencias. Cada una la interpreta de modos diferentes, por eso nadie está de acuerdo en nada.

—No, espere. Si todo es un holograma, ¿qué sentido tiene? —dijo Pafko, apretando las manos sudorosas.

—Pues usualmente el Sentido es no saber que el Universo es un holograma y que nada existe realmente. Bueno, la información sí existe. Lo siento por arruinarle el Universo. Además, no importa que lo sepa, igual no va a notar la diferencia.

—¿Es cierto? ¿Nada existe? ¿Ni Ezra ni yo?

—Voy a continuar —dijo Fallopian, caminando en otra dirección—. ORMAC

viene de un universo que no es un holograma. Así que cuando entró, debió traducirse en información. Imagine que usted tiene un acuario. Toma un hámster vivo, lo mete en el agua y cierra la tapa. Hay dos posibilidades para que el hámster esté en el acuario, como un hámster muerto o que empiece a respirar bajo el agua. Es poco probable, pero puede adaptarse. En este universo, ORMAC se volvió lenguaje. El nombre y la cosa son lo mismo; así que, si logro encontrar su nombre real, no como lo llamamos nosotros, podré contenerlo.

Pafko se tocó el estómago, como si le doliera. Recordaba su infancia, que ahora había perdido todo el sentido.

—Cada cosa tiene la firma de su creador, una huella digital, si quiere — continuó Fallopian—. ORMAC creó la pornografía, así que su nombre está impreso ahí. Hay que saber buscarlo. Luego de encontrarlo, contenemos al nombre y a ORMAC en una caja completamente vacía, acelerada temporalmente, que existe pocos segundos en el futuro, adaptándose a todos los cambios posibles. La caja hace que lo que entre se vuelva su propia cerradura, sólo puede ser abierta si no hay algo dentro. Y con Lucasmateo hicimos funcionar una dimensión artificial dentro que es capaz de contener lenguaje. ORMAC no va a poder salir de ahí. Y, por cierto, vamos a hacer eso hoy, por eso lo llamé. Si Lucasmateo decide terminar, claro.

Hugo Tomás Lucasmateo, tecnópata, ocultista e ingeniero, era el Rey auto-proclamado de la Señal. Estaba seguro de que sólo había habido una trasmisión en la historia del universo. Segundo él, esa Señal había sido reciclada y convertida en comerciales de detergentes, telenovelas, pornografía y cualquier cosa que se pudiera reproducir eléctricamente. Lucasmateo podía hablar con las máquinas. Cuando creyó en la Señal, empezó a traducirse a sí mismo en tecnología, implantándose órganos cibernéticos. Empezó con los ojos y los dedos, luego reemplazó gradualmente los órganos que pudo pagar. No demasia-

dos, para empezar. Aunque el problema era económico, aseguraba que no quería perder lo que lo hacía humano. Su alma. Eso era lo que, al final, iba a unirse con la Señal. Los implantes eran el camino, pero no la respuesta. Según Lucasmateo, la Señal tenía cifrado el Sentido. Tras un momento, terminó de hablar con la máquina que iba a ser el Pornógrafo, se despidió de ella y se desconectó los cables de la cara.

Pafko y Fallopian cargaron la silla con Ezra hasta el taller. Necesitaban un telépata para compilar el nombre. Las palabras iban a pasar entre las cuatro conciencias, amplificando la señal y dándole sentido, Ezra iba a contener el nombre y proyectarlo en la trampa metálica en medio de la habitación. Lucasmateo puso la caja de la máquina en el suelo y se sentó en un círculo de tiza. Había que tener cuidado. Por un momento, antes de convertirse en una prisión, la caja sería una puerta. Cualquier variación en el nombre podría llamar al señor interdimensional del desollamiento, o transformar el aire en una cantidad infinita de arañas.

Lucasmateo giró varios potenciómetros conectados a los cables de la caja. Pafko y Fallopian pusieron a Ezra sobre la línea del círculo y se organizaron a su lado. Ezra emitió la señal telepática que recogía las letras. Las palabras se reunieron en su cabeza, y las transmitió a través de las tres conciencias para amplificar la señal. Una luz verde cubrió la caja, que empezó a temblar. Los cuatro hombres sangraron por los oídos. La caja se inclinó hacia la izquierda y parecía que iba a caerse, luego se inclinó hacia el otro lado. Cuando la caja se separó del suelo, levitando un par de centímetros, la cabeza de Ezra se movió un poco hacia adelante, las manos le temblaron y emitió un sonido ahogado y agudo desde el fondo de la garganta. La vibración amenazaba con romper los bordes de la caja. Lucasmateo se lanzó hacia adelante y giró un potencímetro; la caja se posó sobre el suelo casi sin ruido.

Pafko se puso de pie y abrazó a Ezra.

Fallopian y Hugo Tomás Lucasmateo levantaron la caja metálica, la metieron detrás de la pantalla del televisor y la conectaron dentro. Lucasmateo se conectó de nuevo al reproductor de Betamax y le fue dictando el código que luego iba apareciendo en letras verdes en la pantalla. Pafko rio y le susurró algo en el oído a Ezra.

—En unas horas va a estar listo —dijo Lucasmateo sin levantar la mirada.

—Me voy a dormir —Fallopian arrastró los pies hasta afuera del taller—. Cierre cuando termine.

Fallopian se despertó cubierto de sudor y con los dientes apretados. Había eyaculado mientras dormía. Era la décima vez que le había pasado en esa noche. Salió de la cama y no se limpió, lo había hecho las primeras tres veces. Caminó hacia la cocina, puso la boca bajo el grifo y lo abrió por completo. El agua que no alcanzó a tragar le llenó la nariz y le cubrió los ojos. Cerró la llave y caminó hacia el taller. Hugo Tomás Lucasmateo dormía sentado con la cabeza apoyada en el Pornógrafo. Movió un poco los hombros y el vientre, estaba eyaculando. Cuando abrió los ojos, vio a Fallopian frente a él.

—Me voy a deshidratar. Esto no me pasaba ni cuando tenía diecinueve años.

—Somos sujetos experimentales, Fallopian. La conciencia no puede existir sin interacción, y eso es lo que está adquiriendo el Pornógrafo. Eyacular es un subproducto de la pornografía, pero debemos dejar que lo experimente primero para corregirlo. Pafko va a trabajar para hacerlo estable. La Señal se está modificando, pronto va a funcionar correctamente. Cuando lo haga, va a darnos la respuesta del Universo.

—¿Benjamín sabe que usted busca eso? Igual, si le preguntamos al Pornógrafo la respuesta a una multiplicación, nos impactaría coprofilia en la cabeza.

—Eso, amigo mío, es una respuesta. Lo que aún no sabemos es la pregunta.

Un computador no sabe que juega

ajedrez. Sabe las jugadas, que son algoritmos. Pero no entiende qué es el juego. El Pornógrafo estaba aprendiendo de Fallopian y Lucasmateo para comprender qué debía hacer, el código le había dado dirección. Debía salvar al mundo con pornografía. ORMAC estaba aprisionada y no se sentía muy cómoda con eso.

*

Dos semanas después de construido el Pornógrafo, Nicolás Fallopian tendió la cama, se bañó, salió de la habitación y cerró la puerta. Dejó el *lanyard* con su tarjeta colgando del picaporte. El P-35 había sacado el Pornógrafo del taller para probarlo. Hasta ese momento, no habían dejado salir a Fallopian por si algo salía mal. Por un par de días, él estuvo seguro de que iban a matarlo. Pero finalmente le habían dado la autorización para irse. Caminó hacia el cuarto de Hugo Tomás Lucasmateo. Paró en la cocina y le dio un golpecito en el hombro a Ezra, que estaba sentado frente a la mesa. Pafko lo miró desde el mesón de la cocina, mientras servía huevos en dos platos; iba ocasionalmente al búnker, tenía los ojos rojos y las manos le temblaban. No había dormido, trabajando con el Pornógrafo. Fallopian golpeó en la puerta de Lucasmateo. No hubo respuesta. La empujó un poco. Se abrió. En medio del cuarto, Fallopian vio a Lucasmateo completamente desnudo colgando de un cinturón atado a un gancho en el techo. Movía la mano ya sin fuerza sobre el pene erecto. Fallopian corrió hacia él, se resbaló un poco en el suelo, le sostuvo las piernas y lo levantó para que dejara de ahogarse. Un olor a excremento le llegó a los pulmones. Fallopian gritó y Pafko llegó corriendo. Pafko se paró en la cama y soltó el nudo del cinturón, vio la marca roja que le había dejado en el cuello. Lucasmateo tenía la cara hinchada, pero seguía consciente. Fallopian y Pafko lo cargaron y lo acostaron en la cama. Lucasmateo intentó sentarse, pero cayó hacia atrás. Fallopian se resbaló de nuevo y miró hacia abajo.

—Encontré la pregunta y la respuesta —dijo Lucasmateo con voz ronca, señalando hacia abajo con la mano sucia—. El Pornógrafo me transmitió la Señal.

El suelo estaba lleno del excremento de Lucasmateo. Había escrito palabras con él.

Ni Pafko ni Fallopian podían entender lo que estaba escrito. Fallopian había borrado la mayoría al entrar corriendo y pisarlo. Los dos miraron a Lucasmateo que, tirado en la cama, empezó a vomitar. El líquido blanco mezclado con aceite le llenó la boca y se le derramó por los bordes. La garganta dejó salir un gruñido, buscando aire. Pafko movió a Lucasmateo hacia el lado, pero el hombre no reaccionó. Hugo Tomás Lucasmateo había muerto.

II

Nicolás Fallopian y Pafko estaban en el callejón detrás de la morgue donde descansaba el cuerpo de Hugo Tomás Lucasmateo. A varios metros de altura, colgados al lado del edificio, había decenas de columpios de látex y metal en los que se balanceaban varios sadomasoquistas ajustados dentro de ligueros, con máscaras negras y pelotas atascadas en la boca. Fallopian se acercó a la ventana de la morgue que estaba casi a ras del piso. Cargaba una batería de auto que cubría con su chaqueta; la balanceó hacia los lados para tomar impulso y la estrelló contra el vidrio. El cristal se regó sobre el piso de baldosa.

—¿Qué hace, imbécil? —dijo Pafko, intentaba no levantar mucho la voz— Nos van a oír.

—No. Por eso hice la llamada mientras veníamos. En este momento, la única persona que estaba en la morgue subió a la recepción porque su tío acaba de sufrir un accidente y no hay nadie que lo recoja. Pero no le hice nada al tío, así que no tenemos mucho tiempo antes de que se dé cuenta.

Con cuidado, Fallopian retiró las puntas de vidrio del borde de la ventana.

Miró hacia los sadomasoquistas que se balanceaban sobre sus cabezas.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó Fallopian

—¿No podríamos contarles el asunto del Pornógrafo? Podrían ayudarnos.

—No, imbécil. No funcionan así. Obviamente están velando a Lucasmateo, ¿acaso no sabe cómo funcionan los sadomasoquistas? No sea ridículo.

Pafko y Fallopian entraron a través de la ventana. El vapor de cloro de la morgue les irritó los ojos. La habitación tenía un horno apagado en una de las paredes. Varios compartimentos metálicos estaban incrustados en la pared opuesta. Las puertas de cada uno estaban marcadas con un número. Repartidas en la habitación, había varias camillas metálicas, encima había bultos cubiertos con sábanas. Varias balanzas colgaban de cadenas que venían del techo, tenían recipientes metálicos con órganos dentro. Pafko y Fallopian se movieron alrededor de las camillas.

—Bien, tenemos un cuarto lleno de gente muerta y debemos encontrar a uno solo. ¿Alguna idea de cómo encontrar a Lucasmateo? —dijo Fallopian.

Abrió uno de los compartimentos de la pared. Una tabla metálica salió impulsada a lo largo de un riel. Encima había un hombre con la cara inflada y verduzca. La piel colgaba en varias partes y despedía un fuerte olor a humedad.

—No. No es este —dijo.

Un hombre con una bata blanca entró, vio a Pafko y cruzó corriendo la habitación hacia él. Pafko se quedó inmóvil. El hombre lo agarró de los hombros, abrió la boca para gritar algo y, justo en ese momento, Fallopian le estrelló una bandeja metálica en la cabeza. El hombre cayó inconsciente al suelo.

—Realmente no tengo un plan. Aunque ahora hay un poco más de tiempo. Igual, no sé cómo vamos a encontrar nuestro cadáver.

Sin moverse, Pafko observó la morgue y señaló varias cajas plásticas al lado de la puerta. Dentro, había bolsas transparentes con las pertenencias de los muertos.

—¿Cómo llegó Lucasmateo acá? —preguntó Fallopian.

—El P-35 aceptó el pedido de su familia de darle un funeral tradicional. Tampoco querían tenerlo criogenizado más tiempo, esos meses ya fueron demasiado para todos.

—Podríamos preguntarle sobre lo que escribió. No sé si realmente el Pornógrafo le habló. Pero si tiene razón, y nos dice lo que él cree que es la respuesta del Universo, bien podría servirnos.

Fallopian caminó hacia las cajas, se arrodilló y revisó las bolsas marcadas. Pafko se movió entre las camillas. Fallopian aplaudió al fondo de la habitación, sacó la billetera de Lucasmateo de una bolsa de plástico y buscó entre los papeles. Sacó varios billetes y los metió en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Está el detalle de mis honorarios.

—¿En serio? ¿Robarle a un muerto? —dijo Pafko.

Fallopian cruzó la habitación, revisó los números de los compartimentos de la pared y haló uno de los de la mitad. El cuerpo de Lucasmateo salió de allí, acostado sobre una tabla metálica. Fallopian le vio en el cuello la marca roja que le había dejado el cinturón. Tenía los ojos cerrados y parecía calmado. En la comisura de la boca había varias burbujas de agua que se le deslizaban hacia el cuello. Antes de que les hicieran la autopsia, alguien limpiaba los cuerpos lanzándoles agua a presión con una manguera. No lo hacían bien y casi nunca los secaban. Había pliegues que quedaban llenos de agua. Para Fallopian eso siempre había sido un problema.

La muerte ya había hecho metástasis. Pasado tanto tiempo, las respuestas que daban los muertos solían ser muy ambiguas. Incluso podían negarse a colaborar. Pero Lucasmateo había sido bien

conservado por el P-35. Los tecnópatas funcionaban como una máquina, era como si lo estuviera reiniciando, tal vez la coherencia no iba a ser un problema. De una botellita de vidrio que traía en su chaqueta, Nicolás Fallopian sacó una sanguijuela. Sostuvo entre dos dedos al parásito que se revolvaba, trataba de zafarse. Fallopian lo tomó de un extremo, en el otro se abrió una boca que se pegó a la frente de Hugo Tomás Lucasmateo. El muerto no se iba a poder ir hasta que se lo quitara. Debía engañar al cuerpo, convencerlo de que no estaba muerto. Los cadáveres tienen un vestigio de conciencia por varias semanas, la sanguijuela es un conductor entre el plano físico y los fragmentos mentales que flotan cerca y van desapareciendo gradualmente después de la muerte. Con un escalpelo de la morgue, Fallopian hizo varios cortes alrededor de la cara de Lucasmateo, un circuito para que lo que quedaba de la conciencia se moviera hacia la sanguijuela que lo concentraría en el cerebro. Fallopian conectó los cables de la batería de auto a los terminales en la cara y el cuello de Lucasmateo. Con un tecnópata el proceso era más fácil, había remplazado con piezas electrónicas mucho de lo que lo hacía persona. Era como prender una licuadora que había tenido un velorio. Hugo Tomás Lucasmateo abrió los ojos.

Primero llegaba la negación. Había espasmos en un cuerpo que ya no era propio y que no podía mover a voluntad. La mayoría de veces no tenía tiempo suficiente para darse cuenta de que estaba muerto. Lucasmateo intentó mover el pecho, las venas del cuello se le hincharon. Movió los ojos de un lado a otro y abrió la boca buscando aire. Las manos le temblaban, como si quisiera moverlas. Fallopian le sopló en la nariz y el cuerpo aceptó que no iba a respirar. Lucasmateo abrió la boca y el hedor golpeó la cara de Fallopian. El muerto intentó mover los brazos, pero no pudo. Hizo fuerza para levantar la cabeza, pero no avanzó mucho; los músculos del cuello parecían a punto de romperse. Rindiéndose, dejó caer la cabeza sobre la

superficie metálica.

— ¿Estoy desnudo, cierto? — dijo, e hizo un borbotón con el agua que tenía en la boca.

— El Pornógrafo está matando gente — Fallopian le limpió la cara con el borde del saco — . Usted puede arreglarlo. Espero que pueda. Tal vez si me dice cómo cambiar el código.

— No hay ningún problema con el código. No hablamos de un Sega Saturno o de una calculadora, el Pornógrafo sabe lo que hace. Es un asunto heurístico, está aprendiendo de sus errores. ORMAC busca cómo mejorar sus acciones. Unimos la conciencia de algo superior a nosotros con un código, no sé qué pensaba que iba a pasar.

— La teníamos controlada — le dijo Pafko.

— Como sea — dijo Lucasmateo — . Nunca la vamos a poder entender del todo. Así es la Señal. Cada vez que encuentra a alguien, aísla los datos anteriores y aprende cosas nuevas. Se ejecuta de cero cada vez que se enfrenta a una persona diferente; los resultados varían. Queremos que salve a la humanidad, pero no notamos que cada persona es diferente. El Pornógrafo se dio cuenta. Le dimos una sola orden, salvar al mundo, así que está descubriendo persona a persona cómo hacerlo. No le hicimos la pregunta correcta, por eso no entendemos la respuesta. Tiene que aprenderlo todo, o al menos, lo que necesita. Cuando lo tenga, se va a reiniciar y va a salvar al mundo.

— ¿Cómo lo detenemos?

— ¿En serio? ¿No escuchó nada de lo que le dije? El Pornógrafo está haciendo algo lógico, no hay nada que arreglar. Puede que decida que la respuesta no está en matar a toda la gente. O lo contrario. O solo a algunos.

— ¿No programó alguna manera de apagarlo?

— No quiero que se apague, yo sabía que iba a pasar esto. Creo que usted debió

sospecharlo. En teoría, el sistema se apagaría si hubiera un error. Pero no lo hay. Creamos una de las únicas cosas inevitables en el universo. Incluso si destruyeran el Pornógrafo, La Señal quedaría confundida y flotando en medio del estadio.

— Hay miles de personas allá dentro.

— Y van a morir por un orgasmo masivo. Realmente no me importa, estoy muerto. Sí, ya me di cuenta. No nos queda mucho tiempo juntos. Tenemos que vivir con las consecuencias. Digo, ustedes tienen.

— ¿Y qué le dijo ORMAC? ¿Cuál es la respuesta que usted escribió en el suelo?

— Cuando La Señal, u ORMAC, como usted la llama, entró a este universo, hizo más que adaptarse. Se unió simbióticamente al holograma de todo lo que existe, a la información y a nuestras conciencias. Fallopian, nosotros, este universo, todo está hecho de pornografía. Atrapamos al universo en el Pornógrafo. No quiero continuar, déjeme seguir muerto, por favor.

Fallopian arrancó la sanguijuela de la frente de Lucasmateo, la criatura chilló y se le retorció entre los dedos, él la guardó en la botellita. Mientras Fallopian le desconectaba los cables de la cara, los ojos de Lucasmateo se movían rápidamente en varias direcciones. Era el flujo residual de la vida, se le iba a quitar pronto. Pafko le cerró los ojos a Hugo Tomás Lucasmateo mientras sentía el movimiento de las pupilas bajo los párpados. Pafko y Fallopian pusieron al médico de la morgue en una camilla vacía, metieron a Lucasmateo en el compartimento y salieron por la ventana.

— ¿Y ahora qué? — le dijo Pafko a Fallopian. Caminaba rápido detrás de él en la calle.

— Vamos al estadio y convencemos al Pornógrafo de que pare.

— No tiene un plan, ¿cierto?

— No sé. Algo así como un plan. Detalles, los puliré en el camino. Hablamos

de una inteligencia con la que podríamos razonar. Rompemos la caja. Debí haber traído el mazo. La caja es imposible de abrir desde dentro, no desde fuera. Liberamos a ORMAC del Pornógrafo y del código, y le pedimos que pare. Es simple, tenemos que convencer a alguien absurdamente inteligente de que el genocidio no es una muy buena idea.

Pafko se secó las manos sudorosas y siguió caminando. El conductor del taxi en el que se subieron Pafko y Fallopian giró el dial del radio. Paró en una emisora de noticias en la que el locutor aseguraba que había algo mal, aunque no dijo qué. Informaba que un hombre había atacado con una navaja a los pasajeros de un tren en Alemania. Esa misma mañana, una cocinera había envenenado a la gente de un restaurante. El conductor giró de nuevo el dial, una voz se escuchaba distorsionada en los parlantes viejos, decía que un hombre había matado a con una sierra eléctrica a la gente de su oficina. La voz no se oía bien, el taxista le dio un golpe al radio, un ataque con gas sarín mató a más de trescientas personas en la calle. Y, en algún lugar, alguien se prendió fuego. Eran las noticias de todos los días.

El taxi se detuvo. En medio de la calle había un grupo de autos que no se movía. Pafko salió del auto y vio a varias personas que corrían. Caminó rápido por la carretera. En un auto, un líquido rojo y negro se escurría en el vidrio panorámico. Pafko se hizo al lado de la ventana y vio los pedazos de lo que había sido la cabeza de un hombre repartidos por el interior del auto. En ese momento, el cuello del hombre cayó contra la ventana y se movió hacia abajo, dejando una gruesa línea de sangre. En el asiento trasero, una mujer miró a Pafko, se sacó trozos de la cabeza del hombre de la boca y se los mostró, apretándolos contra el vidrio. Otra mujer estaba sentada junto a ella, tenía la cabeza apoyada contra el respaldo de la silla, la mirada perdida y la boca a medio abrir, por la que le salía un hilillo de saliva. Las

venas de la cabeza y el cuello estaban hinchadas. Pafko reconoció el funcionamiento del Pornógrafo en ella. Fallopian salió del taxi, caminó hacia Pafko y le puso la mano en el hombro.

—Efecto de sangrado —dijo Pafko, quitándose la mano de Fallopian—. Son residuos de la transmisión que se filtran incluso antes de encender el Pornógrafo. Llegan más lejos de lo que esperábamos.

—El conductor del taxi empezó a masturbarse y eso me incomodó un poco —Fallopian puso la cara contra el vidrio de la ventana y miró a las dos mujeres—. Bueno, no demasiado, pero luego me puso la mirada encima y fue raro. Preferí salirme. ¿Por qué no corremos? ¿En serio se va a rendir? Si no me va a pagar, dígame y me devuelvo.

—¿Y si no podemos detener al Pornógrafo? Podría matarnos, junto a toda la gente del estadio. Podríamos devolvernos, huir a algún lado.

—Hay que confiar. Confiar en mí. ¿Y no quiere evitar un genocidio? La humanidad y eso que dijo antes, sonaba más o menos importante. Sonaba convencido, hasta me conmovió. Especialmente en la parte en la que no quería que Benjamín lo asesinara. Nobles razones, sin duda.

—Sí, es el trabajo de mi vida, quiero salvar al mundo. No quiero ser recordado como un asesino; pero estoy cansado y me aterra que fallemos. ¿Usted quiere parar todo esto?

—Yo solo hago mi trabajo, por lo que me pagaron, Pafko —dijo Fallopian. Sacó un dulce de la chaqueta, lo destapó y se lo echó a la boca—. Podemos ganar, sólo debemos liberar a ORMAC y hablar con ella. No es una misión suicida. Y tal vez Lucas-mateo tenga razón. Podríamos comprobar el Sentido. No quiero perderme eso. Todo va en los honorarios.

Pafko respiró profundo y se lanzó a correr en medio de los autos amontonados en la carretera. Las pocas personas que quedaban estaban masturbándose,

catáticos o sin cabeza. Fallopian caminó detrás de él.

Pafko se devolvió al lado de Fallopian.

—¿Puede ir más rápido? —le empujó el hombro.

Los dos hombres aceleraron el paso. No avanzaban muy rápido porque tenían que moverse entre los carros quietos. Tras varios minutos, llegaron al estadio. Los vendedores ambulantes se movían entre cientos de personas que se tomaban fotos en el parqueadero junto a las banderas de sus equipos, había varios camarógrafos corriendo hacia las entradas cargados con cámaras y micrófonos y las personas que no habían podido comprar boletas se reunían al lado de pantallas gigantes exteriores puestas sobre las paredes de cemento.

—Parece que no supieran lo que está pasando alrededor. Pafko se abría paso en medio de la multitud.

—El Pornógrafo aisló el estadio. Para ser una máquina homicida de otro universo, tiene bien planeadas las cosas.

Los dos hombres cruzaron la entrada del estadio en la que se amontonaban cientos de personas con camisetas de distintos colores. Pafko le pagó a un guardia para que los dejara entrar sin boletas.

Fallopian y Pafko bajaron corriendo por las escaleras de cemento. El vapor de la orina y la comida había invadido los asientos en los que cientos de asistentes esperaban ansiosos la llegada de sus equipos. Benjamín estaba en el palco de la tribuna norte, sentado en una silla de ruedas y con una manta que le cubría la parte inferior del cuerpo. Lo acompañaba la mujer del traje de látex y cientos de miembros del P-35 distribuidos por todo el estadio. Al llegar al final de la tribuna sur, Pafko saltó el borde de la barrera que daba a la cancha y cayó torpemente en el pasto artificial. Fallopian bajó por las escaleras metálicas al lado de Pafko. Frente a ellos, a varios metros de distancia, estaba el Pornógrafo. Al ver a los dos hombres, varios

miembros de seguridad del P-35 bajaron hacia la cancha.

Nicolás Fallopian corrió hacia el Pornógrafo, un guardia del P-35 se le cruzó en el camino y lo agarró de los brazos. Fallopian forcejeó y se liberó. Salió corriendo mientras el guardia gritaba. Pafko ya se le había adelantado. Fallopian sintió una explosión detrás de él, casi en la tribuna, un disparo de francotirador. Querían asustarlo, pero Fallopian sabía que no podían disparar tan cerca al Pornógrafo. Pafko sintió un golpe en la cara que lo hizo tambalearse, pero siguió corriendo, un guardia le había quebrado la mandíbula. Justo antes de que Fallopian y Pafko llegaran frente al Pornógrafo, el reproductor de video se encendió. Varios números brillantes aparecieron bajo la superficie plástica y empezaron a cambiar. Por un momento, el aire se llenó de una luz verde. El sonido de miles de personas excitándose al mismo tiempo hizo que Fallopian sintiera un dolor agudo en los tímpanos. Se puso las manos en los oídos por los que salía un hilillo de sangre. Pafko cayó de rodillas delante de él.

La pantalla del Pornógrafo se llenó de ruido blanco.

